

Sophie Saint Rose

Serie oficina

Demuéstrame

que

me quieres

2

Demuéstrame que me quieres 2

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Sybil parpadeó mirando a su cuñada, que estaba preciosa después de la luna de miel por Europa de la que apenas acababan de llegar hacía una hora. Ya le extrañaba a ella que la llamara desde el aeropuerto porque tenía un regalito que quería darle de inmediato. ¡Menudo regalito! Ni sabía qué decir. Miró de reojo a su hermano que reprimió la risa antes de carraspear. —¿Esto es cosa tuya?

—No. Es una idea de la privilegiada mente de mi amada esposa. Joder, necesito una copa.

Se levantó a punto de echarse a reír y Sybil entrecerró sus ojos azules. Le observó servirse un whisky. No se parecían en nada. Ella era rubia y él moreno. Él era alto y ella bajita. Él tenía los ojos grises y ella azules. Por eso nadie excepto los más allegados sabían que eran hermanos y era un secreto que guardaría siempre por respeto a Robert, el hombre que había hecho el papel de padre durante toda su vida. Pero si en algo se parecían, era en la sonrisa y la de Cameron indicaba que estaba entre partirse de la risa o reírse a carcajadas. Decidió mirar a su cuñada que la observaba con sus preciosos

ojos verdes expectante. —Olvídalo.

—Piénsalo bien. Es una empresa de alto nivel que te dará una experiencia y cualquiera mataría por una oportunidad así.

—Le odio —dijo yendo al grano—. Con toda el alma.

La risita de su hermano hizo que ambas le miraran e intentó ponerse serio. —Perdón.

—¡Cariño, no me ayudas nada!

—Preciosa, esto no tenía visos de salir adelante desde que se te ocurrió esa descabellada idea. Mi hermana puede trabajar en mi empresa cuando termine el master.

—Me voy a ir de cooperante.

Cameron la miró atónito casi cayéndosele el vaso y su mujer negó con la cabeza, pero ya no había quien le parara. —¿Qué has dicho?

Bueno, había llegado el momento. Sybil se pasó las manos por sus vaqueros desgastados y forzó una sonrisa. —Un grupo nos vamos a Sudáfrica a hacer un plan de inversión para desarrollar las zonas desfavorecidas. Tenemos que atajar el problema desde los países empobrecidos y empezaremos con Mozambique.

—Ay, madre —dijo Denise forzando una sonrisa—. ¿Mozambique?

—¡Si quieres ayudar, trabaja duro y dona el dinero, como hacemos

todos!

—¡Eso es lo que se hace siempre y no funciona! ¡Tienen que ser autosuficientes!

—La madre que...

—Cariño, déjame a mí. —Sybil la miró rogándole con la mirada que le convenciera. —Vamos a ver, ¿crees que no lo ha intentado mucha gente antes que tú?

Sybil frunció el ceño. —Somos los mejores de la clase.

—¿Hablas del master que estás haciendo?

—Sí.

—Los economistas más importantes del mundo han intentado buscar una solución a ese problema y no lo han conseguido. ¿Crees que cuatro estudiantes recién licenciados van a hacer lo que mentes mucho más privilegiadas que las vuestras han intentado antes? No es solo un problema de ideas, Sybil. Hay conflictos bélicos e intereses políticos por el medio. No conseguiréis nada.

—Si no hacemos algo sí que no se conseguirá nada.

—¡Perderás el tiempo! —exclamó Cameron—. Y llegarás frustrada porque no habréis conseguido nada.

—¡Y qué consigues tú con las donaciones!

—¡Al menos yo hago algo que en este momento es efectivo, porque se hacen colegios y la cultura es el futuro como bien sabes! Si quieres ayudar, de momento es la única manera efectiva. ¿Quieres que avancen? ¡Consigue dinero para universidades! Solo la cultura hará que se revelen contra esos gobiernos que les oprimen.

Sybil pareció pensarlo y de repente sonrió. —Qué listo eres.

Ambos suspiraron del alivio porque como le dijeran a Lori que su querida hija se iba a África, le daba un infarto.

—¿Quieres ganar dinero? Follman es la mejor opción —apuntó Denise con una dulce sonrisa—. Está forrado y tú puedes removerle la conciencia para que done un buen pellizco. Cameron colabora con una ONG que se dedica a fomentar la cultura en países desfavorecidos. Necesitan dinero para un hospital y un colegio en Boswana. ¿Qué me dices?

—Tú solo quieres que acepte ese trabajo con ese presumido. —La miró con desconfianza. —¿Por qué? ¿Qué te propones?

—John está esperando que le busque una sustituta y tú me has parecido la opción correcta. No puedo hacerle esperar más. Llevo dos semanas fuera.

—Que trabajes con John te dará una experiencia inimaginable. Tiene empresas en Japón y en Europa. Una multinacional. No como la mía que es nacional. Si te acepta, que lo hará porque me debe un favor gordísimo, y

aprovechas el tiempo, en unos años podrás dedicarte a lo que te dé la gana, pero con fondos.

—Ya tengo fondos de la herencia de papá.

—Que no tocarás hasta los veintisiete años como estipuló tu madre.

Se cruzó de brazos molesta. —Como si fuera una irresponsable con el dinero. No sé por qué estipuló eso.

—¡Sería porque con diecisiete años te detuvieron por robar en una tienda!

Jadeó indignada. —¡Era fruta tratada genéticamente! ¡Era una protesta!

—Qué bien te conoce tu madre. —Denise no salía de su asombro. —
¡Deja de protestar tanto y ponte a trabajar!

Sybil gruñó siseando —Me cae fatal.

—¡John es un hombre encantador! —protestó Denise haciendo que los hermanos la miraran mosqueados. Carraspeó sintiendo una náusea. Mierda, ahora no—. Cariño, yo solo te quiero a ti. —Tuvo una arcada y salió corriendo.

—Sí, ya veo lo bien que le cae.

Cameron sonrió como un tonto. —Está embarazada.

Sybil soltó un chillido levantándose y abrazó a su hermano con fuerza.

—¡Voy a ser tía!

—No queríamos decir nada todavía.

—Claro, porque Rodolfo te mata —dijo mencionando al hombre que había cuidado de Denise desde que su verdadero padre había fallecido.

—Entre otras cosas.

Soltó una risita. —María del Carmen y él son muy simpáticos. Me cayeron muy bien en la boda.

Cameron sonrió acariciando su mejilla. —¿Lo harás?

—Me echará el primer día.

—Tú dedícate a tu trabajo y lo demás rodará solo. John es mi mejor amigo y te tratará bien.

—¿Sabe lo nuestro?

—Sí, lo sabe desde el principio. Ni siquiera habías nacido y ya sabía que estabas de camino. Él me apoyó mucho con los problemas en casa. Es un buen amigo. Y si no fuera por él, igual hubiera perdido a Denise para siempre.

—Cameron apretó los labios. —Además le harás un favor a mi esposa, que está preocupada con dejarle en la estacada.

—No es bueno que se preocupe en su estado —dijo antes de morderse su grueso labio inferior—. ¿Entonces no termino el master? Me ha costado una pasta.

—Cuando veas tu primer sueldo no te quejarás tanto.

—Ya puede ser bueno.

—Lo es —gruñó su hermano antes de besarla en la frente. Escucharon una arcada y Cameron hizo una mueca—. Cariño, ¿estás bien?

—Dios, me muero.

Asustados fueron hasta el dormitorio y Cameron entró en el baño a toda prisa para ver a su mujer con la mejilla apoyada en la taza del wáter. —¿Nena? —Acarició su cabello castaño. —¿Un vasito de agua?

—Te odio.

Cameron sonrió. —Lo siento.

—¿No deberíamos ir al médico? —preguntó Sybil preocupada.

—Ya fuimos en París, en Londres y en Berlín. Dicen que es normal. ¿Una galletita? —Su mujer tuvo otra arcada y vomitó con ganas. —¿No?

Sybil reprimió una arcada y salió corriendo. Cameron sonrió. —Muy bien, nena. La has convencido.

Con los ojos llorosos levantó la cabeza del wáter tomando aire. —¿Tú crees? —Cameron mojó una toalla y se la pasó por la cara haciéndola sonreír. —Eres el mejor marido del mundo. Como jefe eres un tirano y estás algo chiflado, pero como marido...

—Vaya, gracias. ¿Un vasito de agua?

—Vale.

Bebió con ansias y Cameron la ayudó a levantarse. Cuando salían del baño vieron llegar a Sybil que tenía la mano en el vientre y estaba pálida. — Lo siento. Siempre me ocurre cuando veo a alguien echar la pota. —Sonrió de repente. —¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—¿Y cuándo empiezo?

—Mañana a las ocho y media ante la empresa. —Denise la miró de arriba abajo. —Y con traje, Sybil. Debes ir vestida según tu estatus.

—Eh, que mi madre ha sido la secretaria de Cameron durante años. ¡Sé lo que tengo que ponerme!

—Más te vale. —Denise se tumbó sobre la cama y le hizo un gesto. — Ahora atenta. Deberías apuntarlo.

—Nena, tiene memoria fotográfica —dijo su marido poniéndole la toalla húmeda sobre la frente.

—Ah, entonces da igual. Bueno, esto es lo que tienes que hacer porque su secretaria solo se encarga de coordinar vuestras citas, coger el teléfono y escribir cartas.

—¿Entonces qué hacías tú?

Denise levantó sus cejas castañas y sonrió maliciosa. —Quizás sí tendrías que ir a por un papel y un boli.

Sybil se miró discretamente a la puerta de cristal que daba acceso a Empresas Follman. Mierda, ¿qué hacía allí? Se pasó un mechón rubio platino tras la oreja sonriendo al ver los pendientes de diamantes que su hermano le había regalado en las últimas Navidades. Los estrenaba ese día porque no había tenido oportunidad de ponérselos antes. En la universidad llamarían un poco la atención, pero en el centro de Manhattan rodeada de trajeados que se gastaban tres mil pavos en un traje, quedaban perfectos. Se miró el traje azul que llevaba y se abrochó el abrigo camel. Había asaltado el armario de su madre y ésta le había dicho que daba una apariencia de lo más profesional. No sabía por qué tenía que vestirse así cuando la contrataban por su cerebro. Hizo una mueca. En realidad, ni la contrataban por eso. Aquello era un enchufe en toda regla y cuando había hablado con sus compañeros la tarde anterior, vio las distintas reacciones a su nuevo trabajo. Algunos parecían decepcionados y otros habían disimulado muy mal la envidia. Solo Lucinda se había alegrado por ella. Su mejor amiga del barrio le había dicho que era una oportunidad única y que John Follman era guapísimo. Gruñó sin poder evitarlo y un hombre que entraba en la empresa la miró de reojo sonrojándola. Disimuló alejándose de la puerta porque el portero ya la miraba raro y suspiró del alivio al ver que su cuñada salía de un taxi en ese momento. Hizo una mueca porque estaba

pálida.

—¿Las náuseas?

—Ni las menciones —dijo caminando hacia ella metiéndose en la boca una galletita. La miró de arriba abajo y sonrió radiante—. Perfecta.

—Oye, que no siempre voy en vaqueros.

—No, claro que no. En mi boda tuviste la deferencia de ponerte un vestido.

—Y era horrible.

—Vaya, muchas gracias. No sabes lo que me costó decidirme por el modelo de las damas de honor, guapa.

—El violeta no me sienta bien.

—Qué tontería. Eres preciosa y todos los colores te sientan bien. — Empujó la puerta giratoria entrando en la empresa y Sybil se quedó en la calle. Denise volvió a girar la puerta asombrada y la miró sin entender. —¿Qué?

—No lo veo claro.

—De verdad que... Qué paciencia tengo que tener con tu familia. —La cogió por el brazo metiéndola en el cubículo y pasaron las dos apretujadas al hall.

—Oye, que mi hermano es un ángel.

—Bajado del cielo a patadas. Suerte ha tenido de pillarme. —Sybil jadeó indignada y Denise se echó a reír. —¿Estás nerviosa?

—No, claro que no. —Levantó la barbilla con orgullo y Denise puso los ojos en blanco pulsando el botón del ascensor. —Esto está chupado.

—No creas. —Miró su Cartier y gimió. —Llegamos tarde.

—Cinco minutos.

—John es algo especial con la puntualidad. Ya te darás cuenta.

—¿No es raro que para ser dos amigos de toda la vida, le haya conocido en la boda?

—Bueno, vosotros no alardeáis de hermandad precisamente. John y Cameron son hombres muy ocupados. Cuando no viaja uno, lo hace el otro. En los tres años que trabajé para tu hermano no vi a John ni una sola vez por la oficina.

—¿En serio?

Su cuñada soltó una risita. —Pues no. Y eso les vino de perlas, te lo aseguro. —Hizo un gesto sin darle importancia. —Es una historia muy larga y ahora no tenemos tiempo. —Salió del ascensor sin esperarla y Sybil bufó. — ¡Sybil! ¡De verdad tienes que ser más ágil!

Salió del ascensor tras la sargento. Leche, lo que cambiaba la gente en el trabajo. Con el buen carácter que tenía. Casi corrió tras ella y vio como

empujaba una enorme puerta de cristal que ponía en letras doradas presidencia. Asombrada por el lujo miró a su alrededor casi chocándose con la puerta. Sonrojada la empujó siguiendo a su cuñada que había puesto el turbo. Se detuvo ante una mesa enorme donde una mujer de pelo castaño impecablemente peinado a la altura de la barbilla soltó un chillido levantándose de su sillón de piel y corriendo rodeó el escritorio para abrazarla. —¡Pero si estás guapísima! Se nota que te han sentado bien las vacaciones.

—Pues sí. —Sus preciosos ojos verdes brillaron de felicidad. —Han sido increíbles. —Sybil sonrió alegrándose por ellos porque se notaba que se amaban con locura. —Europa es precioso. Mires donde mires, tienes algo que ver.

—Me lo imagino. —La mujer la miró de reojo con sus ojos negros. —
¿Y quién te acompaña?

—Oh, ella es Sybil Hilson. Es nuestra nueva adquisición. Me sustituirá a partir de ahora. Sybil te presento a Angelica Maison. La secretaria de John.

Forzó una sonrisa sintiéndose algo intimidada y alargó la mano. —
Encantada.

—Denise, bonita... ¿John sabe esto? ¿No era una de tus damas de honor?

—Tienes buen ojo. Sybil es la hija de Lori. La secretaria de Cameron.

La observó de arriba abajo. —Se la va a comer con patatas.

—Qué va.

—Oh, sí. Nenita, ¿tienes experiencia en este trabajo? —preguntó con recochineo.

Gruñó por dentro antes de sonreír de oreja a oreja. —Puedes llamarme Sybil.

Denise se echó a reír a carcajadas. —¿Ves? No se va a dejar intimidar.

—Ni por ese ni por nadie —dijo levantando la barbilla.

—Bien, pues te deseo suerte.

—¿Y dónde está nuestro gurú de los negocios? —preguntó Denise dejando el bolso sobre la mesa.

—Tenía un desayuno de trabajo.

Denise gimió. —No fastidies.

—No podías haber tenido peor suerte —dijo divertida.

—¿Qué ocurre? —preguntó empezando a ponerse nerviosa de veras.

—Nada. —Su cuñada hizo un gesto sin darle importancia. —Es que a John le gusta desayunar solo.

Frunció el ceño. —No te ha entendido —dijo Angelica divertida.

—John es un poco especial. Se levanta a las seis y después hace ejercicio con su preparador. Después desayuna. Pero normalmente los desayunos de trabajo se hacen a las ocho y entonces no le da tiempo.

—Y tiene que desayunar con los clientes.

—Exacto. Hablan tanto que solo le da tiempo a tomarse un café y cuando llega a la oficina está de una mala leche que no puede con ella. Así que siempre que tiene un desayuno, debes asegurarte de que lo tiene preparado para cuando llega. En cuanto lo hace, está más relajado. Ah, y siempre lleva algo dulce en el bolso.

—¿Tiene problemas de azúcar?

—Tiene problemas de mala leche —dijo Angelica sentándose tras su mesa. La señaló con el lápiz—. Córdalo de raíz.

—Sí, porque sino John se pasa tres pueblos. —Su cuñada caminó hacia una puerta de caoba. —Este es tu despacho.

—¿Que le corte de raíz?

—Oh, sí. Se parece mucho a tu hermano. Puede ser un auténtico tirano. Pero como ya había trabajado con Cameron le corté las alas enseguida. Luego nos convertimos en amigos. —La miró fijamente dejando el bolso sobre la mesa. —Pero hasta ese momento, trabajé como una mula para demostrar mi valía. Tú todavía no has demostrado nada. No me dejes mal, Sybil. John no

perdona los errores. Y si los perdona, no lo parece durante un tiempo. No sé si me entiendes.

—Tiene mala leche en el trabajo.

Dio un paso hacia ella. —Bienvenida a la cima. Vas a descubrir cómo trabajan los mejores. Conoces a Cameron en la vida privada, pero en el trabajo es un auténtico tiburón. John es igual. Aprende a diferenciar esas dos facetas de su personalidad. Puede ser un amigo estupendo, pero como enemigo... Cúbrete las espaldas.

—No puede ser para tanto.

—Te pondré un ejemplo. Hace seis meses invirtió en unas acciones que le había recomendado un socio. Esas acciones cayeron a plomo en cuanto las compró. Pues ese socio debe estar en este momento durmiendo en un banco de Central Park porque se quedó con su empresa. Y con las acciones que tenía de ésta.

Sybil dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Es coña?

Denise rió por lo bajo. —Ah, no. No es broma. Se enteró de que este hombre quería ayudar a un amigo y le propuso a John que comprara esas acciones para inyectar capital, en lugar de arriesgar su propio dinero, pues sabía que era un pozo sin fondo. Y ese ha sido el resultado.

—Vaya. Si que tiene mal carácter cuando se enfada.

—¿Donde está mi desayuno, Angelica!

Ambas miraron a la puerta de comunicación con el despacho de John y Sybil tragó saliva sin poder evitarlo. Madre mía, ¿en qué lío se había metido? No tenía ni idea de que hacía allí cuando nunca había desempeñado ese trabajo.

—Hora de ponerse a trabajar. —Cogió una galletita del bolso y fue hasta la puerta de comunicación.

—¿Y si esperamos a que desayune?

—Tienes que ponerte a trabajar ya. No perdamos el tiempo. —Abrió la puerta sonriendo. —¡Sorpreesaaa!

—Coño, ¿no llegabas mañana? —preguntó su jefe con la boca llena.

Su cuñada entró en su despacho y a ella no le quedó otro remedio que seguirla. John Follman se había levantado mostrando el traje azul oscuro que llevaba y abrazó a Denise sin dejar de masticar. Cuando sus ojos verdes recayeron en ella, su estómago dio un vuelco sin poder evitarlo e incómoda se mordió su grueso labio inferior. Sin darse cuenta se lo comió con los ojos porque puede que fuera idiota, pero era digno de ver. Debía medir uno noventa y su cabello negro brillaba impecablemente peinado. Tenía un rostro de lo más varonil con un pequeño hoyito en el centro de la barbilla y cuando sus ojos cayeron en sus labios mordió más el suyo sin darse cuenta.

—Sí que es una sorpresa. —Sonriendo se apartó de ella. —Y te has traído a Sybil.

—Es mi sustituta.

John perdió la sonrisa de golpe. —¿Perdón?

Sí, estaba claro que no le gustaba un pelo. Denise sonrió. —¿Sabes? Estoy embarazada.

—¿Perdón? —preguntó con voz más aguda.

—Así que no me des disgustos. —Le hizo un gesto a Sybil para que se acercara. —Ya verás, es perfecta.

—¿Cómo va a ser perfecta? —preguntó levantando la voz—. ¡Si está en la universidad!

—Ya he terminado.

—¿Ves? Ya ha terminado.

—¡No tiene experiencia en este trabajo! ¡No tiene experiencia en nada!

—La señaló con ambas manos. —¡Si es una cría!

—Solo le llevo tres años más o menos —dijo Denise asombrada.

—¡Ya, pero son tres años muy pero que muy importantes!

—¡Me he graduado cum laudem! —dijo indignada.

—Mira guapa... No quiero que te disgustes por esto...

—¿Disgustarme yo? —preguntó asombrada cuando estaba deseando salir de allí a toda pastilla.

—¡Pero como estaba diciendo, no tienes ni puta idea de este trabajo!

—Yo tampoco sabía cuando empecé con Cameron. Y mírame ahora.

—¡Pero es que Cameron te enseñó bien!

—¿Estás diciendo que tú no puedes instruirla? —preguntó indicándole con la mirada que fuera más delicado.

—¡Es que yo no tengo que enseñar a nadie! ¡Para eso pago! ¡Para que vengan enseñadas! —Miró su desayuno. —¡Y se me ha enfriado el café!

—Enseguida llevo otro —dijo Angelica al otro lado demostrando que lo había oído todo.

—Yo me largo —dijo Sybil asombrándola.

—¡Ni te muevas de ahí! —gritó su cuñada deteniéndola en seco por su tono. Cualquiera le decía que no. Ambos la miraron mientras ponía los brazos en jarras caminando de un lado a otro como si pensara lo que iba a decir—. Mira John... Sé que no tiene experiencia. Pero necesito que la tenga. —John frunció el ceño. —Dentro de unos años tendrá que ocuparse de parte de la empresa para descargar a su hermano de trabajo, que es para lo que se ha preparado, y no confío en que Cameron sea lo bastante duro con ella, no sé si me entiendes.

Su amigo se sentó en la esquina del escritorio y la miró fijamente sonrojándola. —Quiero que seas exigente con ella, quiero que le lloren los ojos de trabajar. —Sybil dejó caer la mandíbula del asombro. ¡Estaba loca! — ¡Quiero que se convierta en la ejecutiva más dura del gremio y solo la puedes enseñar tú! ¡Demuéstrame que puedo confiar en ti y deja de poner excusas estúpidas!

—Cameron no me ha hablado de esto —dijo fríamente sin dejar de observarla.

—Mi marido no es muy objetivo respecto a ella. Aunque no tenga acciones en la empresa, confía en que en el futuro tenga un papel muy activo en ella, pero no tiene el carácter necesario. —Denise le señaló con el dedo. —Y tú lo sabes tan bien como yo. ¡Por Dios, si quiere ser cooperante! Se la comerán viva en una junta de accionistas.

Que no tenía carácter decía. Ésta no la conocía. Levantó la barbilla con ganas de pegar cuatro gritos. La estaban poniendo a caldo entre los dos.

John levantó una de sus cejas negras. —Cooperante. Niña, lo que te queda por aprender.

—Eso mismo le dijo mi marido.

Él suspiró como si recayera sobre él una actividad que detestaba y la miró de arriba abajo como si fuera un auténtico desastre. —Y tengo que

instruirla, como tú dices para que después me deje tirado como tú.

—Es ley de vida. Los pequeños vuelan.

Aquello era humillante. ¡Si su cuñada solo tenía tres años más que ella!

—Al menos sabe cuándo quedarse callada.

Denise sonrió maliciosa y Sybil entrecerró los ojos. Ésta se guardaba algo. Lo veía en sus ojos.

Iba a decir algo cuando ella preguntó a toda prisa —¿Lo harás?

—Qué remedio. Os debo una.

Su cuñada sonrió satisfecha. —¡Y no te des por vencido o nos defraudarás! ¡Y por mucho que quiera irse, insiste! Puede ser muy cabezota cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

¿Desde cuándo su cuñada, a la que había visto un par de veces antes del día de la boda, la conocía tanto? ¡Aquello era el colmo!

—Lo sé. Cameron me ha contado muchas cosas. —Se incorporó estirando la chaqueta. —Todavía recuerdo su arresto.

—¡Por Dios, robé unas manzanas!

Un jadeo al otro lado de la puerta la hizo gemir. Estupendo. La puerta se abrió y Angelica la rodeó para llevar otra bandeja con un montón de comida hasta la mesa. Pero cuánto comía ese hombre. Aunque con ese cuerpo

tenía que alimentarse.

—Muy bien, pues yo os dejo. —Su cuñada besó a John en la mejilla antes de hacerle un gesto con la mano discretamente para que la siguiera. —
¿Esta noche cenamos en nuestra casa?

—Tengo una cena de negocios.

—Oh, Sybil te acompañará.

—¿Tendré vida propia? —preguntó con ironía siguiéndola.

—¡Cuando yo lo diga! —exclamó John sobresaltándola.

—Vale...

—¡Vale señor Follman!

—Tranquilo colega —dijo para fastidiarle antes de entrar en su despacho y cerrar la puerta mientras él gruñía. Se volvió de golpe para ver a su cuñada sonriendo encantada de la vida cruzada de brazos como si esperara una batalla—. ¿Se puede saber que estás haciendo? —susurró acercándose mientras se quitaba el abrigo y lo tiraba sobre el escritorio.

—Te he hecho un favor. Ya me darás las gracias.

—¿Un favor? Yo no quiero quedarme con ese... ese...

Dio un paso hacia ella levantando una ceja. —Escúchame bien. Alguien que saca matrículas de honor en cada una de las asignaturas quiere llegar a la cima. Bien, yo te he ahorrado mucho trabajo, te lo aseguro. Ahora

trabaja duro y puede que llegues a tener algo así algún día. Una empresa que dona más de sesenta millones de dólares al año. —A Sybil se le cortó el aliento. Cogió su bolso. —¿Quieres ayudar? Ponte a trabajar. —Fue hasta la puerta y se detuvo con el pomo en la mano. —Ah, y si piensas en claudicar... —Volvió la cabeza sobre su hombro para mirarla fijamente a los ojos. — Recuerda que Cameron confía en ti. Que John es su mejor amigo y que nos defraudarás a todos.

—¡Serás chantajista emocional! —siseó con rabia.

—Pero lo más importante es que te habrás defraudado a ti misma porque no habrás conseguido realizar un trabajo para el que estás plenamente preparada.

Y se fue como si nada dejándola con la palabra en la boca.

—¡Sybil! ¡Mueve el culo hasta aquí!

Reaccionando corrió hacia el despacho de John que se metió medio croissant en la boca antes de coger varios expedientes y soltarlos ante ella. — Revisa esas inversiones y haz un informe. Lo quiero para antes de la comida —dijo con la boca llena antes de gruñir bebiendo de su café—. En la comida hablaremos de ello, así que tienes que estar preparada. Reunión de directivos a las tres y que sea la última vez que yo te digo la agenda.

—Sí, señor Follman.

—Así me gusta. ¡Porque seas hermana de mi mejor amigo no hay que perder las formas! Y para la cena de esta noche... —Dejó otro expediente gordísimo sobre los demás. —¡Y rapidito que no tengo todo el día!

—Enseguida. —Sería capullo, pensó cogiendo los expedientes.

—Antes llévate esto —dijo apartando la bandeja antes de coger un dossier.

—Sí, señor Follman.

Le daba la sensación de que iba a salirle una úlcera de tanto repetir su nombre. Él gruñó en respuesta mientras cogía la bandeja e iba hacia la puerta principal. —¡Por ahí no! Puede estar mi cita de las nueve y media esperando.

—Oh, claro.

Pasó por su despacho y cuando salió no había nadie excepto Angelica que con el lápiz le indicó dónde debía dejarla. Entró en el pequeño cuartito que estaba tras ella y dejó la bandeja al lado de la otra. Frunció el ceño y cuando salió preguntó —¿Tenías otra bandeja de repuesto?

—Siempre se le enfría la primera porque le interrumpen. Lo que no ayuda mucho a mejorar su humor. Hoy estará gruñón todo el día —contestó distraída mirando la pantalla de su ordenador—. Café.

—¿Cómo?

—¿Dónde está mi café? —gritó él desde el despacho.

Asombrada la miró a los ojos. —¿Quiere más?

—Es un hombre de grandes apetitos. Ya te darás cuenta. Tienes la jarra preparada.

Volvió a entrar y cogió la taza que estaba al lado de la cafetera, sirviendo el café a toda prisa. Fue hasta el despacho y lo dejó sobre la mesa a su lado antes de coger los expedientes. Él cogió la taza y levantó una ceja al ver que ponía en un lateral “A la madre más guay del mundo”. Gimió interiormente porque debía ser la taza de Angelica y forzó una sonrisa. —
¿Algo más?

—No. De momento...

Casi huyó hacia su despacho y cerró la puerta lentamente. Corrió hasta su bolso y cogió su móvil a toda prisa buscando el teléfono de su madre. Pulsó sobre su nombre y esperó impaciente mirando distraída las vistas. Leche, menudo despacho. Había pasado todo tan rápido que ni se había dado cuenta.

—Hola cielito.

—¿Puedes hablar?

—Claro. Cameron está reunido y Denise no ha llegado todavía. ¿Qué ocurre? ¿Todo va bien?

Gimió sentándose en su sillón de piel blanca. —No sé qué hago aquí.

—Labrarte un futuro. Hija, ¿sabes lo que haría la gente por conseguir

ese puesto que se te ha ofrecido en bandeja?

—Lo sé, pero...

—¡Déjate de peros, Sybil! —Asombrada miró el teléfono. —¡Y no la cagues! Quiero que aproveches el tiempo, ¿entiendes? Follman es uno de los grandes. ¡Mucho más que Cameron! ¡Así que aprende todo lo que él sabe y llega a la cima! ¿Para qué he pagado tantos estudios?

—Los pagó mi padre. ¡El biológico quiero decir!

—Shusss, ¿quieres que se entere alguien?

—John ya lo sabe. ¡Se lo dijo Cameron!

—Mierda. Bueno, da igual. Él no dirá nada.

Suspiró abriendo el primer expediente. —¡Es que este puesto es demasiado importante para ser mi primer trabajo y mierda, mamá, nunca me divierto!

—¡Ya te divertirás cuando puedas pagarte las vacaciones en Aspen!

—Ya puedo pagarme las vacaciones en Aspen, pero no dejas que acceda al dinero de mi padre.

Su madre jadeó indignada. —Sí, para que lo tires por ahí en viajes.

Puso los ojos en blanco porque era una contradicción con patas. Aquella llamada no la iba a ayudar nada. —Ahora ponte a trabajar, mi vida —dijo cariñosa—. Estoy muy orgullosa de ti. ¡Ay, mi niña... qué lejos ha

llegado!

Asombrada miró el teléfono. ¡Le había colgado! Estaba claro que su familia era la más chantajista emocional que nadie podía echarse a la cara.

Suspiró dejando el móvil sobre la mesa y se concentró.

Capítulo 2

El muy capullo era una máquina de trabajar. Durante todo el día le había dado órdenes de manera déspota, había destacado sus defectos y le había impedido comer y cenar porque no dejaba de hacerle preguntas. Parecía que esperaba a que se fuera a meter el tenedor en la boca, para bombardearla como si estuviera en un examen y se sintió como la examinada todo el puñetero día. No le extrañaba que desayunara tanto.

Cuando abrió la puerta de su casa con los tacones que le habían provocado dos ampollas en la mano, su hermano David pasó ante ella corriendo y levantando el brazo como si el avión que llevaba estuviera volando. Benditos diez años. Él sí podía divertirse. —Hola, enano.

—¡Ya has llegado!

—¿No deberías estar dormido ya? —preguntó acariciando su cabello castaño herencia de su padre.

—Es que tengo deberes.

Gimió sin poder creérselo. —No fastidies, David.

—¡Es que las mates se me dan fatal!

—Estoy molida.

Su madre llegó al salón con una toalla enrollada en la cabeza y en albornoz. —¿Cómo ha ido el día, cariño?

—¿Horrible?

—Ya te acostumbrarás.

—¿Por qué nadie ha ayudado a David con los deberes? —preguntó molesta.

—Porque solo quería que le ayudaras tú. Tus hermanos lo intentaron.

Fulminó a David con la mirada que sonrió radiante. —¡He hecho una carrera completa!

Ahora lo entendía, quería comentarle su partido de beisbol que ella no había podido ver porque estaba trabajando. Sonrió sin poder evitarlo. —¿No me digas? —preguntó cogiéndole en brazos con esfuerzo—. Pesas mucho.

—Es que ya soy un hombre —dijo mirándola con sus mismos ojos azules.

Caminó hacia la cocina. —Así que una carrera completa, ¿eh?

—Fui el mejor del equipo. Lo dijo el entrenador.

—Pues a ver si te haces rico y famoso para sacarnos a todos de pobres. —Le sentó sobre la mesa de la cocina y su madre apoyó el hombro en el marco de la puerta observando como abría la nevera.

—Sabes que no deberías cenar tan tarde.

—Mamá, te aseguro que como no coma algo no pegaré ojo. —Sacó algo de jamón de la nevera y su madre chasqueó la lengua al verla coger la mahonesa. —No me fastidies, por favor. No te imaginas el día que he pasado.

Lori la miró fijamente con sus ojos azules. —David vete a por tus deberes que tu hermana te ayudará ahora.

—Vale. —Saltó de la mesa pasando ante su madre corriendo.

—¿Papá ha llegado? —preguntó untando la mahonesa sobre el pan.

—Tenía turno de noche. Se fue hace dos horas.

—Genial.

—No te va a dar la razón. —Apretó los labios colocando el jamón sobre la lechuga. —Tampoco habrá sido para tanto.

—Odio ese trabajo.

—¿Por qué? —preguntó acercándose y sentándose ante ella.

—No es lo que yo quiero hacer. —Le dio un mordisco al sándwich con saña conteniendo las ganas de gritar.

—¿Y qué quieres hacer, hija? Porque te recuerdo que has estudiado para hacer ese trabajo.

—No, ese trabajo no. No estudié para seguir a Follman como un

perrito faldero.

Lori la miró incrédula. —¿No te das cuenta de la...?

—¿Suerte que tengo?

—¡Sí! —Miró sobre su hombro. —Mira, hemos tenido una suerte increíble dadas nuestras circunstancias.

—Lo dices como si no tuviera derecho a todo. ¡Era hija suya como Cameron!

—Shusss, ¿estás loca? ¿Quieres que se enteren tus hermanos?

Se sonrojó con fuerza. —Lo siento.

Lori sonrió con tristeza. —Cielo, ¿qué es lo que quieres? Has estudiado todo lo que has querido. Cameron te dará un buen puesto de trabajo más adelante, de eso estoy segura. —Mordió el sándwich con saña y Lori abrió la boca entendiendo. —Querías trabajar con tu hermano.

—¡Ni me lo ha propuesto! Despachada a Follman. Como siempre — dijo dolida.

—Cariño no lo veas así. Trabajar con Follman es todavía mejor. — Cogió su mano sobre la mesa. —Y el sueldo es mucho más suculento, te lo aseguro.

—Bah, da igual. —Se levantó cogiendo su plato y metiéndolo en el lavavajillas.

—No da igual. Mi vida, para Cameron eres su hermana con todas las letras. Te lo aseguro. Si no ha dicho nada es...

—Por papá. Lo sé. Yo tampoco quiero que se sepa.

—Entonces dime, ¿qué ocurre?

—¡No lo sé!

Salió de la cocina dejándola con la boca abierta de la impresión y Lori entrecerró los ojos. —No, otra vez no —gimió siguiéndola a toda prisa, pero había huido al baño.

David llegó corriendo con el avión en la mano y le preguntó asombrada —¿Y tus deberes?

—Ya los he hecho, mamá.

—¡A la cama!

—¿Sybil tiene una crisis?

—¿Una crisis?

—Mi amigo Arthur dice que su hermana tiene crisis todos los meses. Que se pone tonta. —Lori le cogió por los hombros haciéndole caminar hacia su habitación. —Pero Sybil no es tonta.

—No, tu hermana no tiene una crisis. —Al menos esperaba que no.

—Lo sabía. —Metió a David en la cama y le arropó.

—Ahora a dormir y como vuelvas a usar ese truco para esperar a tu hermana, te quedas sin Play una semana.

Su hijo pequeño bostezó y Lori sonrió besándole en la mejilla. —¿Vas a echarle la bronca, mamá?

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre frunces el ceño antes de atacar.

—¿No me digas? —Divertida se levantó y apagó la luz. —Tomaré nota para cuando te la vaya a echar a ti.

David soltó una risita abrazando a su osito. —Te quiero.

Lori le miró con amor. —Y yo a ti, mi vida. —Cerró la puerta con cuidado pasando ante la habitación de Sean. Abrió la puerta para ver a su hijo de catorce años dormido como un tronco con la pierna fuera, pero no le arropó porque Sean era de los que se despertaba y después no había quien le durmiera de nuevo. Cerró la puerta y al pasar ante la siguiente puerta llamó. —¿Robert?

—Sí, mamá, ahora apago. —Ella abrió la puerta para verle ante el ordenador. —¡Mamá!

Su hijo de diecisiete años cerró la pantalla del portátil a toda prisa. —¿Qué estabas mirando?

—Nada.

Lori gruñó yendo hacia él y encendiendo la pantalla. Se quedó asombrada al ver que estaba mirando viajes a Europa. —¿Qué es esto, Robert?

—Es que en fin de curso varios se van a ir y...

Apretó los labios enderezándose. —¿No me digas?

—Tengo ahorrados trescientos pavos.

Sybil se detuvo ante su puerta ya duchada y en bata secándose el cabello.

—Robert, ese viaje será carísimo —dijo su madre preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermana acercándose para darle un beso a su hermano en la punta de la nariz antes de revolverle su cabello castaño.

—Quita, pesada.

—Tu hermano quiere ir a un viaje a Europa en fin de curso.

Sorprendida miró a su hermano. —¿De verdad? Qué guay.

—Sí, pero mamá no me dará el dinero.

—Cariño sabes que el dinero no nos sobra. Somos seis.

Robert suspiró mirando la pantalla del ordenador. —Da igual.

—No, no da igual. ¿Tus amigos van? —Su hermano asintió. —Vale, pues reserva la plaza.

—¡Sybil! De eso nada.

—Mamá, yo no pude ir, pero Robert va a hacerlo. Yo se lo pagaré. Algo bueno tiene que tener esa mierda de trabajo. —Su hermano chilló de la alegría y se levantó abrazándola. Sybil se echó a reír. —Pero nada de locuras, ¿me oyes?

—Te lo prometo.

Lori gruñó, pero sus hijos la ignoraron como siempre. —Y por cierto... —dijo Sybil con malicia de la que salía de la habitación—. El sábado me mudo.

—¿Puedo quedarme con tu habitación?

—Claro.

—¡De eso nada! —exclamó Lori siguiéndola—. ¿Cómo es eso que te mudas?

Su hija soltó una risita entrando en su habitación. —Pues el trabajo me ofrece piso gratis. ¿Qué te parece?

—Es genial —dijo Robert emocionado desde la puerta—. Debe ser un trabajo de la leche. —Lori le cerró la puerta en las narices. —Jo mamá. ¡Qué mala baba tienes!

—¡A la cama! —Señaló a su hija con el índice. —Vamos a ver, ¿que vas a hacer qué?

—Pues me ofrece piso gratis en el centro. Al lado de la oficina, así que venir hasta Brooklyn me viene fatal. Sobre todo a las horas que terminamos. —Se empezó a cepillar su largo cabello rubio y su madre la observó pensativa.

Se detuvo en seco al darse cuenta de que no iba a decir palabra sumida en sus pensamientos. —¿Mamá?

—Pues tienes razón. Ya va siendo hora de que vueles sola.

Parpadeó del asombro viéndola salir de la habitación y decir — Buenas noches, mi vida.

—Buenas noches.

Confundida se quedó mirando la puerta. Que su madre le diera el visto bueno la dejó de piedra. Se sentó en la cama sin entender nada. ¿Su madre estaba de acuerdo en que se fuera? ¡Creía que exigiría que se despidiera de inmediato! Si la había controlado toda su vida como con el viaje de fin de curso que se negó en redondo. Decía que ya tendría tiempo para viajar. Esa era una de las razones por la que había querido irse de cooperante, para salir del nido, poner algo de distancia y de paso conocer mundo. Y ahora le daba vía libre. Aquello le olía muy mal.

La puerta se abrió sobresaltándola y miró a su madre con los ojos como platos. Ya le parecía a ella. —Hija...

—¿Sí, mamá? —Sonrió de oreja a oreja. —¿Qué ocurre?

—¿Te sientes atraída por Follman?

Eso sí que la dejó helada. —¿Perdón?

—Es que... —Se apretó las manos como si no supiera cómo decírselo y ella entendió.

—Mamá, no me va a ocurrir lo mismo que a ti.

Lori suspiró del alivio. —Menos mal porque lo pasé muy mal, ¿sabes? No me gustaría que pasaras por esa experiencia. —Se sentó a su lado. —Entonces no te atrae nada. ¿Nada de nada?

Bueno, tampoco había que exagerar. —Nada de nada.

Lori sonrió de oreja a oreja. —¿Quieres que te ayude a hacer las maletas? Tienes mucho que llevarte.

Hala, que la echaba ya. —En el fin de semana...

—Mañana me pongo a ello. Solo en libros son un montón de cajas. Sí, cuanto antes empecemos mucho mejor. —La besó en la frente y sonrió radiante. —¡Estoy tan contenta por ti! Sé que ahora es duro porque no has trabajado en tu vida. —Jadeó indignada. —Pero te acostumbrarás y aprenderás muchísimo. Cameron estará muy orgulloso cuando entres en la empresa. Ya verás.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Aunque si Follman ve que tienes potencial, puede que no te suelte. —Soltó una risita. —¿Te imaginas?

—Mamá, si no me traga. Denise tuvo que chantajearle con algo que no entendí para que me aceptara.

Los ojos de Lori brillaron divertidos. —Bah, ya se dará cuenta de lo que tiene. Te lo digo yo. Ahora descansa que mañana será un día duro.

—Eso me temo.

—Hasta mañana, que descanses.

—Que descanses mamá.

En cuanto la dejó sola, se tumbó en la cama y suspiró mirando el techo. ¿Que si le gustaba? Dios, era como pedir la luna. En solo un día de trabajo le había demostrado su inteligencia mil veces y no solo eso. Era tan rápido en sus conclusiones, tan seguro de sí mismo que la dejaba sin aliento. Y ese cuerpo.... Volvería loca a cualquier mujer a millas a la redonda. Esos ojos verdes hacían que su corazón pegara un brinco en su pecho y tenía una sonrisa que le hacía temblar las piernas. Pero... Era idiota. Con mayúsculas. Prepotente, altivo, creía que lo sabía todo y lo peor, la trataba como a una niña.

Se dio cuenta en la boda de Denise y su hermano. En cuanto le presentó el novio como su mejor amigo, puso esa sonrisa de la hermanita de mi colega

y no le dirigió ni una mirada más para comerse con los ojos a una prima de Cameron que pasó en ese momento. Su culo lo debía tener grabado en la memoria por todo lo que lo había mirado.

Pensando en ello gruñó girándose para abrazar la almohada. Como una estúpida se había acercado a él en el cóctel mientras los novios se sacaban las fotos y disimulando hizo que tropezaba con él. Ni se dio cuenta mirándole el escote a la susodicha, que en ese momento se reía como una hiena de algo que él había dicho a su oído. No le hizo caso en toda la boda. Justo antes del discurso ella sonrió a su mesa, pero él hizo que no la veía lo que la molestó muchísimo. Ni siquiera bailó con ella cuando había bailado con todas las damas de honor y eso le sentó como una patada en el estómago porque había esperado su turno como las demás. Pero ese momento no llegó y se fue a casa con su madre como una niña buena después de verle largarse con otra de las damas de honor que no era la prima de Cameron. Estaba claro que las tenía a patadas y que ella no le interesaba en absoluto. Como volviera a llamarla niña, se lo cargaba. Vale que le llevaba trece años, pero tampoco era para tanto. Sus padres se llevaban nueve y eran muy felices. Se le cortó el aliento porque se dio cuenta por qué no quería trabajar con él. Para no sentirse decepcionada a cada minuto del día porque él no le hiciera ni caso. ¡Pues eso no podía ser, Sybil! Era un trabajo estupendo. Todo el mundo lo veía. Ella lo veía, pero seguir a su lado hora tras hora sería como poco difícil. Bueno, no

pasaba nada. En cuanto pasaran unas semanas se acostumbraría. Y su horrible carácter la convencería del todo sobre que solo era su jefe. Alguien de quien aprovecharse intelectualmente para llegar a donde quería. ¿Y a dónde quería llegar? Gimió tapándose la cara con la almohada. Mejor dormía en lugar de pensar chorradas. Pero los ojos verdes de John fue lo último que vio en su mente antes de que el sueño la venciera.

Capítulo 3

—¡Sybil! ¿Qué coño es esto?

Gimió levantándose de su sillón a toda prisa y corriendo hacia su despacho que tenía la puerta abierta como si tuviera que controlarla. —¿El qué?

—Eso me pregunto yo. —Tiró unos papeles sobre la mesa y ella los recogió echándoles un vistazo.

—Ah... Es mi propuesta para...

—¿Te la he pedido? —preguntó interrumpiéndola.

—Como me pidió que leyera el informe de la fábrica de cosechadoras... —Se encogió de hombros.

La fulminó con la mirada. —¿Sabes lo que cuesta una hora de mi tiempo?

—Mucho, supongo. —Se sonrojó intensamente.

—¡Y mientras leo eso, dejo de ver propuestas de negocio realmente

viables! ¡No eres consejera! ¡No eres experta en mercados! ¡Solo tienes que dedicarte a hacer exclusivamente lo que te ordeno porque de esa manera me descargas de trabajo!

—Sí, señor Follman.

—Tráeme un café —siseó como si hubiera matado a alguien.

—Sí, señor Follman. —Fue a su despacho y dejó los papeles sobre la mesa suspirando. Bueno, no pasaba nada. Era la primera vez que se lanzaba a hacer algo así desde que trabajaba con él. Y solo llevaba allí un mes. Tenía mucho tiempo por delante. No debía darse por vencida.

Fue a por el café y Angelica la miró de reojo con sus inteligentes ojos negros. —Ese no es tu trabajo.

—No me cuesta nada. Así camino. Me paso muchas horas sentada.

Cuando salió con la taza de café del jefe, su secretaria susurró —Sí que le ha gustado. —Se volvió mirándola sin entender. —El informe. Sí que le ha gustado.

—Me ha dicho que no.

—Pues no le ha debido parecer tan mal porque ha llamado a su asesor en el sur para que busque fábricas de tratamiento de alfalfa. Y tiene un amigo en los Emiratos Árabes que es un posible cliente. Al parecer vamos a exportar alfalfa porque tienen recortes de agua para los cultivos y por lo tanto no hay

forraje para los animales. ¿No era eso lo que decía el informe que has hecho tú?

Se quedó con la boca abierta del asombro antes de asentir. —¿Hablas en serio?

—Totalmente, pero yo no te he dicho nada.

Pensando en ello sin entender nada, entró en el despacho de John y en silencio puso la taza ante él que ni levantó la vista de los papeles que estaba firmando. Fue hasta su despacho y se sentó en su sillón cogiendo su informe. Levantó una ceja al ver que los folios estaban bastante sobados. En ese momento escuchó que alguien llamaba a la puerta del despacho de John.

—Adelante —dijo concentrado.

Sybil estiró el cuello para ver quién era. —¿Señor Follman?

La voz de Meagan Jaster la hizo gruñir por dentro. La vio pasar con su impecable traje de pantalón en verde y sus perfectas hondas en el cabello que caían sobre su espalda sin un pelo fuera de su sitio. Sonreía encantada de la vida por haber subido al templo. Trabajaba de secretaria para el jefe del departamento legal de fusiones y adquisiciones y en lugar de utilizar el servicio de mensajería interno de la empresa como cualquier otro, le encantaba subir al menos una vez a la semana por el despacho del jefe. Y siempre con un traje distinto.

—El señor Hammenberg me ha pedido que le traiga esto. Son los nuevos contratos.

—Gracias Meagan.

—De nada. Me preguntaba si este año va a asistir a la fiesta de la empresa.

—Cierto, llegan las navidades. Por supuesto que asistiré.

—Si quiere puedo colaborar en la organización.

Sybil jadeó indignada porque eso era tarea suya. Lo sabía por Angelica y ya se había estrujado los sesos pensando en algo original.

—No es necesario, pero gracias por el ofrecimiento —dijo él agradablemente. Esas palabras le hicieron daño sin poder evitarlo porque a ella nunca le daba las gracias por nada. Ni siquiera había usado ese tono con ella jamás. O le hablaba como si fuera idiota o con un tono autoritario. Nunca había sido amable con ella y sin darse cuenta miró los papeles que tenía sobre la mesa reprimiendo las lágrimas.

—Oh, no es nada. Como Sybil es nueva y no conoce la empresa, igual le costaba un poco organizarla. Pero si no es necesario...

—Mi ayudante es perfectamente capaz de organizar la fiesta. —Se le cortó el aliento por su defensa mirando hacia la puerta.

—Sí, por supuesto.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Follman. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

La vio pasar ante la puerta y no parecía afectada por sus palabras. Es más, le sonrió con descaro como si estuviera satisfecha. ¡Esa tía quería su puesto! Antes muerta.

—¡Sybil!

Se acercó de inmediato y pasó a su despacho. —¿Sí, señor Follman?

Él la miró fijamente. —¿Tienes conjuntivitis?

—¿Yo?

—Tienes los ojos rojos.

Juró interiormente. —¿De veras? —Forzó una sonrisa. —Ya sé lo que ha pasado. Una pestaña.

—¿Una pestaña?

—Sí, se me metió en el ojo y...

—¿Y te ha puesto los dos ojos rojos?

—Pues... ¿Quería algo?

Él frunció aún más el ceño. —Más te vale que la fiesta salga estupendamente.

—Oh, tranquilo. Las fiestas son lo mío. —Sonrió aliviada porque se olvidara del tema.

—¿De qué te ríes? —preguntó como si fuera una loca o algo así.

Perdió la sonrisa de golpe. —De nada.

—¡Quiero una fiesta memorable! Si necesitas ayuda, pídesela a Angelica.

—No es problema.

—Son más de setecientas personas invitadas —dijo como si no se fiara un pelo.

—Lo sé.

—Y tienes un presupuesto.

—Ni siquiera llegaré a la mitad.

—¿Cómo has dicho?

Se tensó por su tono. —¿Tengo que gastarlo todo?

—¡Claro que no! ¡Pero si no lo gastas, es que no haces bien tu trabajo!
Como falte comida...

—No va a faltar de nada. Ya está todo en marcha.

La miró sorprendido. —¿Cómo has dicho?

—Ya está todo encargado. El día veinte a las seis de la tarde en el

garaje. —Sonrió encantada con su idea. —Un sitio resguardado lo suficientemente amplio y no faltará de nada.

John se levantó de golpe. —¡Cómo que el garaje! ¡Cómo voy a dar mi fiesta en un garaje!

—Es la fiesta de la empresa y...

—¿En el garaje?

—¡Y les encantará! No tienen que desplazarse por la ciudad para ir a un local con el tráfico que hay en navidades. Hay música en directo y mucha comida y beberán todo lo que quieran que es lo que pasa en las fiestas de Navidad.

—¿Y tú qué sabrás lo que ocurre en las fiestas de Navidad?

Se sonrojó con fuerza. —Me lo imagino. A mí me concibieron en una.

La miró como si quisiera estrangularla. —Cambia el emplazamiento de la fiesta.

Gimió por dentro. —No puedo.

—¿Cómo has dicho?

—Ya está todo ocupado. ¡Por eso elegí el garaje! ¡Me lo dijiste demasiado tarde!

—¿Me estás gritando? —preguntó sorprendido.

—No, claro que no. —Levantó la barbilla. —Solo dejo clara mi postura. Para que te quede claro, esos locales y más para una empresa de la envergadura de la nuestra, reservan con un año de antelación. ¡Y que yo sepa, solo llevo aquí un mes!

—¡Angelica!

Su secretaria entró en ese momento como si estuviera esperando su entrada. —¿Si, jefe?

—¿Por qué no se reservó en el lugar del año pasado?

—Sí que se reservó, jefe. Pero el local se incendió hace más de seis meses. Te lo dije.

Él la miró sorprendido. —¿Me lo dijiste?

—Estabas demasiado ocupado con la llegada de Denise. Más bien distraído.

—¿Y por qué te iba a distraer a ti mi cuñada? —preguntó indignada. Jadeó llevándose la mano al pecho—. ¡Madre mía, estás enamorado de ella!

—¿Pero qué dices, loca?

Suspiró del alivio. —Menos mal, porque menudo lío. Cameron te mataría.

—¿Me estás tuteando?

—¡Ella te tutea!

—¡Ella lleva conmigo diez años!

—Ah, que esto va por antigüedad. Lo siento, jefe. —Frunció su precioso ceño. —Denise te tutea.

—¡Ella es amiga!

Se sonrojó con fuerza. Estaba claro que ella solo era una empleada. Y nueva, además.

John juró por lo bajo pasándose la mano por su cabello negro. —Así que no tenemos local.

—La idea de la chica no me parece mal. Además, ese día todo el mundo bebe y no puede llevar el coche. Se prohíbe aparcar ese día y asunto solucionado.

Sonrió a Angelica dándole las gracias. —¡Es que me parece lo más cutre del mundo!

Ya estaba el jefe para hundirle la moral. —Se decorará, habrá orquesta y disjockey... Saldrá bien. Como le he dicho las fiestas son lo mío.

La fulminó con la mirada. —Como salga mal...

—¿Me despedirá, jefe? —preguntó como si le hiciera una ilusión tremenda.

—¡No!

—Cachis.

Angelica se rió por lo bajo, pero cuando su jefe reparó en ella casi sale del despacho chocándose con la puerta en su prisa por huir. Y eso que llevaba con él diez años. —Vuelve al trabajo.

—Jefe, ¿la tarta de chocolate o de nata con fresas?

—¿Y qué más da?

—Quiero ser original. Normalmente se pone de chocolate, pero eso está muy visto, ¿no cree? —dijo empezando a divertirse porque sabía que en ese momento le tocaba los pinrreles que ella le hiciera esas preguntas.

—Pues de fresas. —Se sentó en su sitio.

—¿Y qué opina de un castillo hinchable?

La cara de su jefe casi le hace partirse de la risa. —¿Un castillo hinchable has dicho?

—A veces cuando la gente bebe se comportan como niños. Vamos a darles un motivo.

—¡No!

—¿Seguro? Mire que es una ganga. No debe haber muchas fiestas de cumpleaños infantiles en diciembre y...

—¡Largo!

Decidió dejarlo de momento. —Muy bien. ¿Le traigo un café?

—¡No!

—Menos mal porque toma mucha cafeína.

John entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—Que me voy a trabajar. Para prepararme para esa comida de negocios en los que no probaré bocado porque no me dejan. —La miró con asombro. —Picaré algo ahora. Sí, será lo mejor. Llevo un sándwich en el bolso. ¿Quiere la mitad?

—¡No!

—¿No? Mire que es de huevo con beicon. Aprovecho en el desayuno y hago también el tentempié.

—Muy sano.

—Es que yo no tengo preparador físico. Pero no me hace falta. Soy joven y puedo comer lo que quiera.

Parecía que su jefe se acababa de tragar un palo y a Sybil se le cortó el aliento cuando la miró de arriba abajo, pero sonrió como si nada y fue hasta su despacho. Al mirar sobre su hombro vio que le miraba el trasero. No supo que se le pasó por la cabeza en ese momento, pero se detuvo y miró hacia su culo.

—¿Tengo algo?

John carraspeó mirando los papeles de nuevo. —Una carrera en la media.

—Mierda —dijo de la decepción sin darse cuenta apoyando la mano en el marco de la puerta y levantando una pierna. Allí estaba la puñetera. No ganaba para medias. Menos mal que tenía unas de repuesto. Y ella pensando que le estaba mirando el culo. Entró en el despacho y apoyándose en el escritorio, abrió el cajón para coger un paquete de medias negras. Con lo bien que se estaba en vaqueros. Tenía que llamar a mantenimiento para que le cambiara la silla porque debía tener algo que se las enganchaba. Se volvió para ir al baño deteniéndose en seco al ver a su jefe en la puerta de comunicación. —¿Sí?

—Esta noche no hace falta que vengas a la cena con los Kennedy.

Le miró sorprendida. —Pero ya me he estudiado todos sus activos y...

—¡Iré solo, Sybil! —Cabreado se volvió para regresar a su mesa.

—Muy bien... —Pasó ante la puerta viendo que se había puesto a trabajar y parecía muy tenso. Estaba claro que lo de la fiesta en el garaje no le había sentado demasiado bien. Se encogió de hombros y fue hasta el baño que solo utilizaban Angelica y ella porque John tenía el suyo dentro de su despacho. Como allí no entraría nadie, se levantó la falda de tubo mirándose al espejo y se bajó los pantys dejando caer los zapatos de tacón sobre el mármol blanco. Se sacó las medias por los pies y extrajo las nuevas de lycra del envase. Las extendió ante ella metiendo la mano para llegar al empeine y apoyó la planta del pie sobre la encimera del lavabo. Estaba cubriendo los

dedos cuando se abrió la puerta y ella atenta a dejarla recta en el talón sonrió.

—Salgo enseguida, Angelica.

—No pasa nada.

Se sobresaltó al oír la voz de su jefe y asombrada vio que se acercaba al lavabo con una mancha en la camisa. Cogió una toalla casi pegándose a ella y abrió el grifo mojándola antes de frotarse la camisa. Sin saber qué decir se quedó en la misma posición.

—Sybil, ¿quieres darte prisa? Nos vamos en diez minutos —dijo mirándose al espejo.

—Sí, claro —respondió roja hasta la raíz del pelo. ¡Le había visto el culo! ¡Y las bragas! No sabía lo que era peor. Se subió la media y agachó la pierna para meterse la otra. De lo nerviosa que se puso se balanceó cuando metió el otro pie y su cabeza chocó contra su trasero. Y vaya duro que lo tenía.

—Uy, perdón.

Él miró hacia abajo viéndola dar saltitos mientras se subía las medias.

—Interesante método.

—Jefe, ¿no tiene baño?

—No tiene agua. —Levantó una de sus cejas negras cuando la vio apretar las piernas para que no se le viera nada subiéndose la goma de una manera que podría llegarle al cuello. Cuando al fin llegaron lo bastante arriba,

soltó la goma que le cubrió hasta el pecho. Queriendo morir de la vergüenza se bajó la goma lo más rápido que pudo para hacer lo mismo con la falda antes de agacharse para coger los zapatos. Sin darse cuenta ni de lo que hacía, se agarró en su brazo poniéndose uno y después el otro. —Lista. —Salió del baño a toda leche mientras él volvía la cabeza hacia el otro lado para verla caminar hacia la presidencia.

—Sybil...

Gimió dándose la vuelta. —¿Sí, jefe?

—Se te ve el culo.

Se llevó la mano al trasero para ver que la parte de atrás de la falda se le había quedado dentro. Juró por lo bajo sacándosela mientras Angelica se reía a carcajadas. Pasó ante ella con ganas de matarla. —Muy graciosa.

—Sí que ha tenido gracia.

—¡Sybil, esta mancha no se quita! ¡Consígueme una camisa! ¡Y date prisa, joder, vamos a llegar tarde!

Su jefe era todo un amor. Resignada fue hasta el armario de su despacho y lo abrió deteniéndose en seco al ver las veinte camisas de distintos colores que allí tenía. ¿Por qué no se había cambiado la camisa primero? ¿Limpiar una mancha? No, eso no era lo suyo. Miró hacia la puerta del baño y entró a toda prisa para abrir el grifo. No, no tenía agua. Pero al tocar el lavabo

de la que se volvía levantó la mano porque estaba húmedo. ¡Había cortado el agua! Atónita reaccionó a toda prisa y salió del baño cerrando la puerta sin hacer ruido corriendo hacia el armario. Cogió una camisa blanca y corrió hacia el otro baño llevándola en la mano. —Ya estoy aquí.

—¡Has tardado mucho! —gruñó arrebatándosela.

—Es que no sabía qué color escoger —dijo sin aliento viendo cómo se deshacía la corbata de malos modos. Juró por lo bajo cuando escucharon un chasquido.

—¡La ha roto! —exclamó indignada porque estaba segura de que esas corbatas eran carísimas.

La miró como si quisiera matarla. —Tráeme una corbata.

Puso los ojos en blanco como si fuera un desastre corriendo hacia su despacho y Angelica reprimió la risa. Cogió la primera que pilló siseando — Te lo estás pasando en grande.

—Pues sí —dijo con descaro.

Entró en el baño y se detuvo en seco al ver su pecho. Sabía que hacía ejercicio, pero ver ese pecho cubierto por ese vello negro en el centro sobre sus musculosos pectorales era para que te diera un infarto de la impresión. Él cogió la camisa limpia de la encimera y se la puso a toda prisa. Sybil con la corbata en la mano no se cortaba un pelo siguiendo esos dedos mientras

abrochaban la camisa. —Esa corbata no queda bien. Busca otra —dijo con la voz ligeramente ronca.

Sybil sin querer le miró a los ojos—. ¿Qué?

—¡Otra corbata, Sybil!

Miró la que tenía en la mano y gimió porque era verde. No, no pegaba mucho con el traje gris oscuro que llevaba ese día. —Leche. —Salió corriendo de nuevo ignorando a Angelica y miró las corbatas colgadas del soporte de la puerta. Uff, qué difícil. No se decidía entre una azul con rayas grises o una gris con rayas blancas. Sintió a John tras ella y miró sobre su hombro para verlo alargar el brazo cogiendo la gris casi acorralándola en el armario. Él no dio un paso atrás lo que la dejó allí metida viéndole como se ponía la corbata como si fuera lo más normal del mundo, pero Sybil sintió que algo le subía por el estómago porque era una situación de lo más íntima. — ¿Sabes hacer el nudo? —Levantó la vista de lo que estaba haciendo para mirarla a los ojos.

—Se lo hago a mi padre los domingos. —Sin aliento alargó las manos poniéndose muy nerviosa y cuando rozó sus manos sintió que una descarga eléctrica la recorría de arriba abajo.

—Nunca me queda perfecto.

Ella se había dado cuenta hacía tiempo y que lo reconociera la

enterneció sin poder evitarlo. —Casi no se nota.

—Pero a mí me gusta la perfección.

Se sonrojó intensamente porque ella no era perfecta en absoluto, así que jamás tendría una oportunidad con él. Se tensó sin poder evitarlo y forzó una sonrisa tirando del lazo de atrás dejándole un nudo perfecto. Estiró los cuellos ignorando el olor de su after shave y dijo —Perfecto. Como el jefe quería.

John asintió dando un paso atrás y se alejó hasta el perchero donde tenía la chaqueta que se puso en silencio. —Nos vamos.

No era una pregunta. Era una orden como siempre, pero algo en su tono cambió y para Sybil fue muy evidente. —Voy a por mi bolso.

—¡Sybil date prisa!

Se detuvo ante su escritorio y suspiró porque estaba claro que había sido un espejismo. Una ilusión, y al ver el informe que le había hecho se dio cuenta de que ella no le importaba nada. Si fuera así, la hubiera felicitado por el trabajo.

Tenía que aprovechar que trabajaba con él para encontrar contactos, para aprender, dejarse de tonterías y de lavabos con agua. Quería ver cosas donde no las había y eso era una locura. Por Dios, si era el mejor amigo de su hermano. ¡Solo la tenía allí para hacerle un favor! Ella le importaba un pito y

era evidente para todos que no la hubiera contratado si no hubiera sido por Cameron. Intentaría no tomárselo todo tan a pecho y aprovechar la oportunidad que le tendían.

Fue hasta su despacho con el bolso en la mano y el abrigo ya puesto. Al verle ya preparado con su impecable abrigo negro sonrió. Él la miró con desconfianza. —¿Qué pasa?

—Nada. Estoy lista —dijo incómoda perdiendo algo la sonrisa.

John gruñó saliendo del despacho sin esperarla y como siempre le seguía un paso atrás porque parecía que nunca quería su compañía. Entraron en el ascensor y a Sybil le sonó el teléfono. Lo sacó del bolso a toda prisa y gimió porque era su madre. Seguramente quería quedar para comer. —Hola, hoy no puedo.

—¿No? —preguntó decepcionada—. Esperaba que me ayudaras a buscar un regalo de cumpleaños para David. No tengo ni idea de qué comprarle. Y todavía quedan las navidades.

—Una raqueta de tenis. Tengo que dejarte, vamos a una comida de negocios.

—Hija, qué envidia me das. Siempre vas a esos restaurantes tan exquisitos. ¿Qué toca hoy?

Miró de reojo a su jefe que parecía concentrado en sus cosas. —El

París.

—Oh, es precioso. Tu padre me llevó una vez en un aniversario.

—Sí, ese. Tengo que dejarte.

—Te quiero. Te llamo luego.

—Vale. —Colgó a toda prisa y John miró hacia ella. Forzó una sonrisa. —Mi madre.

—Seguro que hubieras preferido comer con ella.

Su ironía no le pasó desapercibida. —Estoy trabajando.

—Ya —dijo de una manera cortante que ponía los pelos de punta. Salió del ascensor y ella le siguió sin saber qué decir. Parecía que cada palabra que salía de su boca le alteraba y se dijo a sí misma que era mejor no decir nada.

Angelica se debía haber encargado de llamar al chófer que ya estaba esperando. John se metió en el coche sin esperarla y ella sonrió a Manuel antes de seguirle. Dejó el bolso ante ella y volvió a sacar el móvil para repasar la agenda. Se sintió observada y distraída levantó la vista hacia él que apartó la cara como un resorte para mirar por la ventana. —¡Manuel llegamos tarde!

—Sí, jefe. Intentaré coger un atajo.

—¿Ves? Eso es eficiencia.

Asombrada le miró. Ya estaba bien, ¿no? —Sé que estoy aprendiendo, pero procuro...

—¡Pues deja de procurar y hazlo!

Sybil se encogió como si la hubiera golpeado y el móvil cayó de su mano. Pálida se agachó para cogerlo y él hizo lo mismo. —Joder, Sybil. — Exasperado le tendió el teléfono y ella lo recogió sin mirarle porque sentía un nudo en la garganta con unas ganas de llorar terribles. Respiró hondo mirando por la ventanilla para intentar calmarse y se sintió observada todo el trayecto, pero ella no le miró ni una sola vez. Igual debería hablar con su hermano. Sabía que él tampoco querría que se sintiera incómoda con su mejor amigo y la libraría del problema rápidamente. Pero tampoco podía irle con sus problemas de nuevo. Cameron siempre estaba ahí para ella y no era justo. Ahora estaba casado e iba a tener a su familia. No, lo que pasaba es que ella tenía que endurecerse. Hacer que esos comentarios le resbalaran. Estaba en un vaivén emocional que la volvería loca como no se pusiera una coraza a su alrededor.

El coche se detuvo ante el restaurante y no esperó a que el chófer se bajara, sino que abrió ella misma haciendo que John apretara los labios antes de seguirla. Su jefe se cerró la chaqueta y le dijo al chófer que ya estaba a su lado —Te llamaré para que nos recojas.

—Sí, jefe.

Caminó hacia el restaurante y siseó —Ni se te ocurra volver a abrir tú la puerta, ¿me oyes? Eso es trabajo de Manuel.

Otra cosa que había hecho mal. John tiró de la puerta del restaurante y ella cruzó cuando le cedió el paso.

El restaurante estaba a rebosar, pero el maître se acercó de inmediato después de entregar los abrigos. —Su mesa está preparada, señor Follman.

—Perfecto. Un whisky con hielo —dijo siguiéndole.

—Enseguida. ¿Y la señorita?

—Cola light. —Forzó una sonrisa sentándose donde su jefe le indicó y ella puso el bolso en el suelo a su lado.

El maître asintió antes de alejarse y se hizo un tenso silencio. Disimulando miró a su alrededor gimiendo cuando vio a su hermano con su mujer sentados varias mesas a su derecha. Se reían y él le dio un beso en los labios demostrándole todo lo que la quería. Agachó la mirada sintiéndose algo celosa de su felicidad porque ella no era feliz en absoluto.

—¡Sybil! —Denise se acercaba a la mesa con su marido y John levantó la vista sorprendido antes de sonreír de oreja a oreja levantándose. —
Estáis aquí.

—Tenemos una comida de trabajo —dijo John besándola en la mejilla —. Estás preciosa. El embarazo te sienta muy bien.

Denise se echó a reír. —Al menos las náuseas han desaparecido. —Se acercó a Sybil que se había levantado y la besó en la mejilla. —¿Cómo te trata este cafre?

—Eh. —Se echaron a reír, todos menos Sybil que casi le salió una mueca.

Cameron frunció el ceño. —Cielo, ¿estás bien?

—Sí, claro que sí. —Incómoda se apretó las manos. —Tengo que ir al lavabo.

John apretó los labios viendo cómo se alejaba y Denise perdió la sonrisa como su marido antes de mirarle como si fuera el demonio. —¿Qué está pasando aquí, John? —preguntó Cameron muy tenso.

—No tiene un buen día, eso es todo. ¿Así que el embarazo bien?

—Corta el rollo —respondió Denise—. ¿Qué ocurre?

John se tensó. —Esto no funciona.

—¿No es eficiente en su trabajo?

—No soy adecuado para formar a nadie. Tú ya llegaste formada. Debería trabajar en vuestra empresa. Cameron lo haría mucho mejor que yo.

Su amigo apretó los labios. —¿No es eficiente en su trabajo?

John cogió el whisky y se lo bebió en dos tragos. —No funciona. Simplemente eso.

—No nos dijiste nada en todas estas semanas —dijo Denise confundida.

Cameron le miraba fijamente y John juró por lo bajo. —¿Qué queríais que os dijera? ¿Que no me llevo bien con ella? No es como tú, Denise. ¡Ni siquiera puedo tener una conversación con ella sin que me ponga de los nervios, joder! Es como salir con una estudiante que no tiene ni idea de nada. Comete errores continuamente y sabes que los odio. ¿Sabes lo que hizo el viernes? ¡Se equivocó en darme unos balances de cuentas e hice un ridículo espantoso en la reunión con los accionistas! Y sabes perfectamente que no me gusta hacer el ridículo.

—Eso puede pasarle a cualquiera. —Denise entrecerró los ojos. —Y más a una persona que no está acostumbrada a trabajar con tu volumen de empresas. ¿Comete el mismo error dos veces?

—¡Quiero que lo deje, joder! —dijo alterado haciendo que varios les miraran.

—No —sentenció Cameron antes de sonreír malicioso—. Te jodes, amigo. Sabes que nos lo debes. Quiero que aprenda todo lo que pueda de ti, así que ya te estás espabilando. —Cogió a su mujer de la cintura. —Vamos, cielo. Está algo gilipollas, así que necesita otro whisky.

—Por cierto, queremos que seas el padrino —dijo Denise como si

nada—. ¿Y adivina quién será la madrina? —Dio un paso hacia él y le señaló con el dedo. —Pásate un pelo y te envío a Lori. La secretaria de mi marido se aburre un poco últimamente. A ver cómo te arreglas con ella. Tú sabrás lo que haces. —Sonrió radiante. —Pero sin rencores, amigo. Uy, me voy al baño. Para darle ánimos y decirle lo mamón que puedes llegar a ser. —Le guiñó un ojo mientras Cameron se reía a carcajadas viéndola alejarse.

—¿A que es fantástica?

John gruñó sentándose en su silla y Cameron se sentó en la de Sybil apoyando los codos sobre la mesa. —Muy bien, ahora dime la verdad.

—Ya te la he dicho. —Le hizo una seña al camarero pidiéndole otro trago.

—Muy bien y lo he escuchado. —Tomó aire enderezando la espalda. —De hecho, casi lo prefiero porque como la razón sea otra... como por ejemplo que te la quieres tirar y no puedes por mi causa, tienes toda la razón. —Se acercó a él y siseó —Tócale un pelo a mi hermana y te corto los huevos. Eso te lo juro. También puedo enviarte a mi suegro que tiene muy mala hostia. —Le dio una palmada en la espalda levantándose. —Me ha alegrado verte, amigo. ¿Quedamos este jueves en el club? —John le miraba como si se hubiera tragado un palo. —¿Sí? ¿A la hora de siempre? Perfecto. —Se agachó a su lado y le susurró al oído —Recuérdalo, como le pongas un dedo encima te capo. —Se enderezó sonriendo. —Ay, mi mujercita se retrasa, pero parece

que llegan tus invitados. Te veo el jueves.

Se alejó hacia su mesa y John se levantó poniendo su sonrisa más profesional mientras juraba por lo bajo.

Capítulo 4

Sybil sentada en el asiento del wáter gimió tapándose la cara con las manos. Estaba haciendo el ridículo. ¡Tenía que comportarse!

—¿Sybil? —Volvió a gemir al escuchar la voz de su cuñada. —Puedes huir de mí, pero no puedes esconderte. Sal ahora mismo.

—Déjame.

—¡Qué salgas, que se me enfría la pasta!

Puso los ojos en blanco estirando el brazo para abrir el pestillo y Denise levantó una de sus cejas castañas. —Muy profesional.

—Olvídame.

—Cuéntame qué ocurre.

—¿Aparte de que me odia? ¡No hago nada bien! ¡Me echa la bronca continuamente! —Se levantó indignada. —Nunca me da las gracias. Cualquiera otro hace todo bien menos yo.

Denise entrecerró los ojos. —¿No me digas? ¿Nunca te da las gracias?

—¡Ni una sola vez en un mes! En lugar de hacerlo encuentra algo que

no hago como él quiere y me ladra. —Su cuñada reprimió la risa. —¡No tiene gracia! —Pasó ante ella y abrió el grifo del lavabo. —Esta noche teníamos una cena. He estudiado muchísimo para estar a la altura. Pues antes me ha dicho que no tenía que asistir. Horas de trabajo desperdiciadas.

—No están desperdiciadas. Les sacarás partido más adelante. —Le tendió una de las toallitas que había sobre el lavabo. —¿Te mira?

Sybil la miró sorprendida. —¿Qué?

—¿Te ha mirado de alguna manera poco profesional?

—No. —Se sonrojó con fuerza. —Cree que no soy perfecta y él solo quiere la perfección.

—La perfección no existe. —La miró de una manera que la puso como un tomate. —Te gusta.

—No, qué va.

—A cualquiera le gustaría. Si no estuviera colada por mi marido me lo ligaba. O al menos lo intentaría. Vamos... es guapo que te mueres y rico. Eso por no hablar de su inteligencia y todo lo demás.

Sybil agachó la mirada. —No le intereso.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque no estoy ciega! ¡Ni soy sorda!

—¿Quieres hacer una prueba?

—¿Una prueba?

—Flirtea con el tío que tengas al lado en la comida. El que sea. A ver cómo se comporta.

—¡No quiero hacer el ridículo, gracias!

Su cuñada chasqueó la lengua. —Suéltate el pelo.

—¡No!

—¡Haz lo que te digo! —Se acercó a ella y Sybil chilló cuando le tiró de las horquillas. —Serás pesada.

—¿Estás loca? —Se apartó de ella espeluzada y al mirarse al espejo soltó un chillido del susto. —¡Definitivamente te falta un tornillo!

—No sé por qué razón pensaba que eras más como tu madre, guapa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Arréglate el cabello y mucha suerte. —Abrió la puerta del baño. —Ah, y si se pone celoso, plántale un beso en el coche de vuelta a la oficina. Ya verás cómo cambian las cosas.

—Me va a echar —dijo como si eso fuera lo peor del mundo.

—Qué va. —Soltó una risita. —Me lo estoy pasando genial. Ahora entiendo a tu madre.

—¡No tengo ni idea de lo que hablas, pero ya que hablas de ella me ha

dicho que ni se me ocurra acercarme a mi jefe!

Denise chasqueó la lengua. —Es que ella tiene unos antecedentes... Bah, pasa de ella y vive un poco.

Salió dejándola con la palabra en la boca. Y menos mal que se había ido porque estaba tan de los nervios que estaba a punto de soltarle cuatro gritos. Exasperada se miró en el espejo. Mierda no tenía su bolso. Sería bruja. Se quitó las pocas horquillas que le quedaban y se alisó el cabello con los dedos pensando en lo que le había dicho Denise antes de tomar aire. —Bueno, ¿qué tienes que perder? ¿Te va a echar? ¿Y quedar mal con Cameron? Ni hablar. —Sonrió maliciosa. —No dirá ni pío.

De hecho, podría plantarse en pelotas ante él y no diría ni palabra porque no hubiera conflictos. Si la había aceptado por su relación, no iba a estropear su amistad por chivarse. Ah, no.

Sintiendo fuerzas renovadas salió del baño y con paso firme caminó entre las mesas. Denise la vio llegar y sonrió. Ella le guiñó un ojo acercándose a la mesa por la espalda de John sonriendo de oreja a oreja. —Siento el retraso. —John miró hacia ella y se levantó como los demás. —Siéntense caballeros.

—Michael Duncan —dijo John señalando al hombre de unos sesenta años que tenía a su izquierda. —Y su hijo Philip Duncan. Es mi mano derecha,

Sybil Hilson.

—Mucho gusto —dijo dándole las manos antes de sentarse—. Continúen por favor. —Sonrió a Philip que correspondió a su sonrisa.

—Estábamos hablando de la fábrica de Tenesse. La de neumáticos. Michael está interesado en comprar, pero ya le he dicho que no me interesa, así que quiere invertir en ella para ampliar su producción.

—¿Y por qué cree que le necesitamos cuando podemos ampliarla nosotros? —Sonrió de tal manera que los tres se quedaron sin habla. Incluso John y eso le dio una satisfacción enorme.

Philip se echó a reír. —Muy agudo. Pero como usted sabrá...

—Tutéame por favor —dijo mirándole fijamente haciendo que John entrecerrara los ojos.

—Pues como sabrás, Sybil, nunca habéis hecho nada con ella más que el mantenimiento y nos preguntábamos si queríais ampliarla. O venderla como ya ha dicho el señor Follman.

—Oh, pero eso no nos beneficiaría en nada a nosotros. ¿No cree, jefe? —dijo mirando los ojos castaños de Philip que se la comía con la mirada.

—No, no lo creo —dijo muy tenso.

Michael carraspeó. —Por supuesto que estamos interesados en ella. Aportaríamos veinte millones de dólares para su ampliación, pero si decidiera

venderla...

—Yo nunca vendo y nunca pierdo —dijo John fríamente mirando a Philip a los ojos. El pobre se sonrojó con fuerza desviando la mirada hacia su padre.

Sybil se echó a reír de manera encantadora. —Pero eso no significa que no admitas socios, John. Están aquí para negociar. Oh, ahí viene el camarero. Ni he mirado la carta. ¿Qué vas a pedir tú, Philip? —preguntó con voz suave.

—Ensalada de langosta y salmón.

—Perfecto —dijo mirándole a los ojos sin cortarse. Se echó a reír—. Tienes un gusto exquisito.

Su padre se revolvió en la silla. —Sobre la fábrica...

John le hizo un gesto con la mano acallándole antes de levantarse y cogerla del brazo como si nada. —Sybil acompáñame un momento.

—¿Ahora?

—Ahora —siseó con ganas de matar a alguien.

—Vale. Volvemos enseguidita.

Tiró de ella hasta una esquina del restaurante tras un árbol de mentira. —¿Qué coño estás haciendo?

—¿Yo? Nada.

—¿Cómo que nada? ¡Estás ligando con ese tío en una comida de trabajo?

—¿Ligar yo? ¡No! Solo intento ser amable. —Le miró fijamente. ¿Estaba celoso? ¿No? Era difícil saberlo cuando se pasaba cabreado con ella casi todo el tiempo.

—Amable... —Miró alrededor de su cabeza. —¿Y qué te ha pasado en el pelo?

—He perdido dos horquillas y se me deshacía el recogido —mintió como si tal cosa.

—No es profesional.

—Meagan lleva el cabello suelto y nunca te he oído quejarte.

—¡Meagan no es mi asistente!

—¡Trabaja para ti!

Él miró sus labios y su corazón pegó un brinco que casi se le sale del pecho. Sin dirigirle la palabra John volvió a la mesa dejándola allí mientras todo su ser gritaba de la alegría. Sonrió encantada de la vida. Allí había tomate. Vaya si lo había. Se había resistido un mes, pero éste no se le escapaba. Vaya que no.

Apartó su melena de su hombro regresando a la mesa y se sentó en su sitio. —Me apetece lo mismo que a él —dijo al camarero haciendo sonreír a

Philip—. También me encanta el pescado.

John gruñó. —¿Volvemos al tema?

—Estupendo —dijo Michael advirtiéndole a su hijo con la mirada. Este se puso serio enderezando la espalda y Sybil sonrió. Total, ya sabía lo que quería. Mucho hacerse de rogar y solo la trataba así porque no quería acostarse con ella. Menuda tontería. Tampoco es que quisiera casarse. Era muy joven todavía. Pero una cana al aire... Sonrió a John que perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Ella le ayudó. —Tienes toda la razón. No les necesitas para eso. —Miró a sus acompañantes. —¿Ofrecen algo más que pueda interesarnos?

—Si vendiera por un buen precio, podría quedarse con una fábrica de cereales a cuarenta kilómetros de la que nos interesa. Hemos decidido cerrar esa parte de los negocios, pero da beneficios, se lo aseguro

—Uhhh. —Giró la vista hasta su jefe. —Nos vendrían bien para exportar, ¿no crees, John?

Él gruñó bebiendo su whisky de golpe. Divertida porque no daba ni una, alargó la mano bajo la mesa y le tocó el muslo sobresaltándolo de tal manera que se levantó de golpe tropezando con sus pies y cayendo hacia atrás al romper la silla. Sybil gritó del susto levantándose. —¿Estás bien?

La miró como si fuera la culpable de todas las plagas de la tierra. —

Sí, estoy bien.

—Oh, lo siento señor Follman. La silla no debía estar bien —dijo el maître mientras Denise y Cameron se partían de la risa—. No sabe cómo lo siento.

John se levantó con ayuda del maître. —No pasa nada. Que traigan otra silla y... —La miró a los ojos. —A ver si podemos comer en paz.

—Claro que sí. Por supuesto están invitados a la comida.

—Eso no es necesario —dijo ella sabiendo que era la culpable—. No es responsabilidad de nadie. Solo ha sido un accidente.

—Gracias señorita.

John se sentó en la silla nueva. —Siéntate, nena.

A Sybil se le cortó el aliento porque lo había dicho sin pensar, estaba absolutamente segura, pero todos los de la mesa se dieron cuenta. —Como estaba diciendo mi ayudante puede que la fábrica de cereal me interese. Hábleme de ella.

Sonrió sentándose a su lado y él le advirtió con la mirada haciéndola reprimir la risa. La comida se le hizo eterna y eso que tuvo oportunidad de comer porque ellos no dejaban de hablar dejándola fuera de la conversación. Y casi que lo agradecía porque el salmón estaba delicioso. Chasqueó la lengua cuando vio que le retiraban el plato a John casi sin tocar. Eso no podía ser.

Tenía que cambiar el chip porque no se alimentaba como debía.

Estaban en el café cuando se giró para ver que su hermano y su cuñada no perdían ojo. ¡Tendrían cara! ¡Ya debían haber regresado al trabajo! Su cuñada le hizo un gesto con la mirada para que atacara y miró al frente de golpe. No podía hacerlo otra vez. ¿O sí?

Alargó la mano y tocó su muslo tensándole con fuerza. —Uff, qué tarde se ha hecho.

Michael le miró confundido. —¿De veras? Es una pena porque todavía...

—Sybil les dará hora para verme en mi despacho. Solo tienen que llamarla. Necesitamos más tiempo para hablar del asunto, pero ahora debo irme. Tengo otra reunión. —Se levantó cogiéndola del brazo.

—Oh sí, la reunión. Ha sido un placer —dijo sonriendo de oreja a oreja—. Llame cuando quiera.

Se levantaron para darle la mano, pero John ya tiraba de ella hacia la salida. —Nena... me has cabreado.

—¿No me digas? —Pasaron ante el maître que les miró confundido. — Póngalo en su cuenta. Estaba todo buenísimo.

—Muchas gracias, señorita. señor Follman...

John gruñó sacándola de allí a toda prisa después de recoger los

abrigos, jurando por lo bajo cuando vio que no estaba su chófer. —No le has llamado —dijo divertida—. ¿Quieres que le diga a mi hermano que nos lleve?

Se acercó a la acera tirando de ella y levantó un brazo. De inmediato se detuvo un taxi ante ellos. —Sube al puto coche.

—Enseguida, cielito.

—No tiene gracia. —Abrió la puerta con tal ímpetu que casi la arranca. —¡Sube!

—No hace falta que grites. —Entró en el taxi a toda prisa. Tenía un cabreo de primera. —Qué carácter tienes.

John se sentó a su lado dando la dirección de la empresa y ella le sonrió. —Sybil...

—¿Sí? —Se arrimó a él sin cortarse y la miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Quieres darme un besito? —Estiró los labios. —Venga, que te dejo.

—¿Estás loca? —le gritó a la cara antes de mirar su boca—. Deja de hacer eso.

—Encima que te lo pongo fácil. —Puso morritos. —¿No te gusto?

—Definitivamente se te ha ido la cabeza. ¿Has bebido? —Se pasó la mano por el cuello de la camisa y se aflojó la corbata. ¡Estaba nervioso! Casi se murió de gusto en ese momento y le miró con adoración.

—Claro que no. Nunca bebería en el trabajo. Eso no estaría bien. —
Alargó la mano y le tocó el muslo, pero él se la apartó como si tuviera la peste.

—¡Sybil déjate de tonterías! —La miró asombrado. —Ya sé lo que pasa. Has oído lo que me ha dicho Cameron y quieres joderme, ¿verdad?

—¿Lo que te ha dicho Cameron? —preguntó confundida.

—¡Esto es una venganza por cómo te he tratado! ¡Pues bienvenida al mundo real! —La señaló con el dedo. —¡A mí no me vas a fastidiar con tus chiquilladas! ¡Cameron es mi mejor amigo!

Se quedó sin aliento porque lo decía como si no tuviera más amigos que él. Y puede que no los tuviera porque alguien que ocupaba el puesto que ocupaba él, siempre tenía gente a su alrededor que querían utilizarle. Como estaba haciendo ella, ¿no? Quería aprovecharse de él para aprender todo lo que pudiera. Pero jamás le haría algo que le perjudicara y su hermano era mayorcito para aceptar que con su vida hacía lo que le daba la gana y si quería liarse con John, era problema suyo. Además, la culpa era de su mujer que se lo había metido en la cabeza y cuando algo se le metía en la cabeza era muy difícil que se olvidara. Solo desistiría si encontrara algo mejor y no iba a encontrar algo mejor que él.

Sonrió acercándose más. —Cameron no se enterará. —Volvió a poner

la mano sobre su muslo y sintió como se tensaba con fuerza. —Te lo prometo.

—No podría ni mirarle a la cara.

—Si no estuviera Cameron...

Él la cogió por la nuca acercándola a su rostro. —Si no estuviera Cameron, no te habría conocido, no trabajarías para mí y esto no estaría pasando. —Ella miró sus labios sin poder evitarlo y John gruñó —Nena... no puede ser.

Su aliento la estaba volviendo loca y cerró los ojos mientras el nudo que sentía en la boca del estómago la hacía suspirar. Pero él no se movió ni un centímetro y de repente abrió los ojos impaciente. —¿Qué esperas?

—¡Espero que se te pase la tontuna! —le gritó a la cara.

Sybil entrecerró los ojos. —¿Me estás provocando?

—¡Estás loca!

—Ya lo sé. Quieres que dé yo el paso. No pasa nada.

La apartó como si tuviera la peste, pero Sybil se tiró sobre su cuerpo. John gritó atónito antes de que ella le agarrara por el cuello con las dos manos. —Tú no te me escapas. —Le soltó antes de besar sus labios.

Él intentó apartarse, pero Sybil besó su labio inferior tirando de él hasta que se escapó. John la miró a los ojos con la respiración agitada y Sybil sintió por primera vez lo que era sentirse deseada por encima de todo. —

John... —Él atrapó sus labios y casi chilló de la alegría cuando invadió su boca. Sus caricias la marearon y medio tumbada sobre él acarició su cuello inclinando su cabeza para saborearle mejor. Sus labios le hacían experimentar algo que no había sentido nunca y supo en ese momento que era el hombre de su vida. La persona por la que lo daría todo.

John se apartó suavemente y ella suspiró abriendo los ojos. —Esto va a complicarme mucho la vida.

Sonrió acariciando su cuello. —Pero merecerá la pena.

—¿Tú crees?

Que lo dudara hizo que perdiera la sonrisa poco a poco. —No hagas eso.

—¿El qué?

—Comportarte como si te importara una mierda.

John apretó los labios y desvió la mirada. —Hemos llegado. Arréglate.

Se alejó de él cogiendo el bolso. Se apartó la melena y rápidamente sacó el espejito para ver que tenía los labios muy hinchados por sus besos. Apartó el cabello de los hombros y metió el espejo en el bolso justo cuando se abría la puerta. Salió colgándose el bolso del brazo y caminó hasta la puerta volviéndose cuando llegó hasta ella. John se acercaba abrochándose la

chaqueta del traje bajo el abrigo.

Estaba realmente serio y se preguntó si les daría una oportunidad. Cuando puso una mano a su espalda para entrar en la empresa sonrió sin poder evitarlo. Le miró de reojo caminando a su lado. —¿Quedamos esta noche?

—Shusss —chistó haciéndola reír—. ¿Estás loca? No quiero que se entere nadie.

—No sabía que tenía que ser tan clandestino. Vale, corto y cierro.

—Muy graciosa.

—¿Entonces cenamos o no? —Él gruñó pulsando el botón del ascensor y esperó impaciente. —Bueno, si no quieres cenar, por mí perfecto. —Pasándosele en grande le guiñó un ojo. —No sé si me entiendes. —John se pasó la mano por la nuca nervioso. —Cariño, no me digas que es tu primera vez.

—Sí, tienes un sentido del humor muy divertido.

—Mis hermanos se tronchan conmigo, te lo aseguro. —Entró en el ascensor con John detrás y cuando se cerraron las puertas Sybil se tiró a él reclamando sus labios. Se besaron como posesos y John la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. Al sentir la dureza de su sexo gimió en su boca. Cuando él apretó su nalga, creyó que se moría y apartó la boca necesitando aire.

—Esta noche tengo una cena, ¿recuerdas? A ver si estás más atenta a tu trabajo.

La soltó de golpe saliendo del ascensor mientras ella se sujetaba en la barra aún recuperándose de ese momento. Vaya hombre. Había cambiado su objetivo en la vida, porque solo pensar que no sentiría eso de nuevo, era algo que empezaba a torturarla. Tomó aire y salió del ascensor tropezando con el tacón al salir casi cayéndose de morros en el hall. Fue hasta la puerta de cristal soltando una risita y cuando Angelica la vio entrar frunció el ceño. — ¿Estás bebida? ¿Por eso está tan cabreado?

—Claro que no —respondió poniéndose seria antes de entrar en su despacho y cerrar la puerta. Corrió hasta la puerta de comunicación y la abrió para encontrarse con John ya sin el abrigo mirando el enorme ventanal con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones muy tenso.

Algo en su interior le dijo que no tenía que acercarse en ese momento y se quedó allí de pie observándole. —Cuando tu hermano tuvo problemas con sus padres por tu causa, yo le apoyé. —Sybil perdió parte del color de la cara. —Joder éramos unos niños, pero supe de inmediato que era lo correcto porque tú eras inocente en todo lo que ocurría. Escuché durante meses las presiones de su madre para que olvidara el asunto y como tu padre le ignoraba para darle una lección. Yo fui la primera persona a la que llamó para decirle que habías nacido. Ni siquiera llamó a su casa. Sabía que allí no se alegrarían de

tu nacimiento. —Sonrió con pena. —Estaba haciendo los deberes y mi institutriz me castigó por coger el teléfono, pero mereció la pena porque mi amigo estaba tan contento... nunca le había visto tan contento como en esos días. Tres años después murieron mis padres y quedé a cargo de abogados y niñeras. —Se volvió para mirarla a los ojos. —Cameron ha sido la única familia que he tenido desde entonces y jamás he querido hacer algo que le dañara. Puede que haya cometido errores, pero Cameron siempre ha estado ahí si le necesitaba. —Apretó los labios antes de decir —Nunca habrá nada entre nosotros. Jamás. Que te quede claro desde ya. Lo que ha ocurrido en el coche ha sido un error por haberme dejado llevar y no va a volver a pasar.

—Pero... —Dio un paso hacia él sintiendo un nudo en la garganta. — Es nuestra vida.

—En el restaurante me ha dejado claro que ni se me ocurriera ponerte la mano encima. —Le miró sorprendida. —Cameron me conoce muy bien. No voy a negarte que me sentí atraído por ti, pero solo es deseo sexual que puedo satisfacer en cualquier sitio. —Sybil perdió todo el color de la cara. —No te necesito, pero a Cameron sí.

Ni sabía qué decir. —No me necesitas.

La miró con desprecio. —No. Eres totalmente prescindible para mí, tanto en el trabajo como en mi vida privada. No eres nada, ¿entiendes Sybil? ¡Ahora ponte a trabajar de una puta vez y olvídate del asunto porque estoy

empezando a cabrearme de veras!

Sintió que el suelo se tambaleaba a sus pies y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que estaba enamorada de él. Agachó la mirada avergonzada por haberse hecho ilusiones como una idiota y regresó a su despacho cerrando la puerta lentamente. Su labio inferior tembló y se tapó la boca reteniendo el llanto. No le importaba nada. Solo sentía deseo por ella. La vergüenza la traspasó y apoyándose en su escritorio consiguió sentarse. Se sentía humillada. Había dejado que su cuñada le metiera ideas raras en la cabeza cuando esa misma mañana estaba convencida de lo que John le acababa de decir y ahora ni sabía si podría mirarle a la cara. Era un hombre. Cualquier mujer que se le pusiera a tiro, podría excitarle si se empeñaba y ella se había empeñado. Eso no significaba que fuera importante para él. Dios, se estaba volviendo loca. Se había lanzado sobre él en el taxi como una chiflada. Se llevó las manos a la cabeza apartando su pelo rubio cuando una lágrima cayó por su muñeca. Sorprendida la miró porque ni se había dado cuenta de que estaba llorando. Angustiada por si entraba alguien, cogió dos tisúes de la caja y se los pasó por la mejilla a toda prisa antes de levantarse y mirar en el interior de su bolso sacando el pequeño neceser de maquillaje. Respiró hondo varias veces intentando calmarse, pero la frase que no era nada no dejaba de pasar por su mente una y otra vez.

Tardó una hora en reponerse y cuando al fin lo consiguió, se maquilló

ligeramente disimulando su palidez. Se quedó allí sentada mirando la ventana sin darse cuenta de cómo pasaba el tiempo. Que llamaran a la puerta la sobresaltó y vio que Angelica metía la cabeza sonriendo. —Hasta mañana, Sybil.

—¿Ya son las cinco? —preguntó con voz ronca. Carraspeó incómoda cuando la secretaria asintió—. Pues hasta mañana.

—No te quedes mucho. Hasta mañana.

Asintió forzando una sonrisa y la mujer cerró la puerta. No era nada. Sus ojos cayeron sobre la superficie del escritorio y sobre los papeles que lo abarrotaban. Claro que no era nada para él. Tampoco lo había sido para su padre. Todavía recordaba el día en que Cameron fue a verla a casa para decirle que había muerto. Sybil se puso a llorar porque siempre había pensado que algún día podría conocerle. Que se arrepentiría de lo que había ocurrido y que querría formar parte de su vida. Pero no. Jamás tuvo la intención de conocerla y no quería saber nada de ella. Lo demostró en el testamento pues ni siquiera la mencionó. Fue Cameron quien lo impugnó privadamente para que ella recibiera lo que le correspondía. Sonrió con pesar. Así que su hermano no quería que John le pusiera un dedo encima. Sería por algo. Cameron era una persona que siempre había buscado lo mejor para ella. Y si había decidido eso, es que debía quitárselo de la cabeza. Seguro que su cuñada le había aconsejado aquello porque vivía en una nube de romanticismo que a ella le

había explotado en la cara.

Miró los papeles y apretó los labios tensándose. Quería que trabajara allí para aprender del mejor y es lo que iba a hacer. Y cuanto antes acabara para perderle de vista mucho mejor.

Capítulo 5

—Hija, ¿te ocurre algo?

Levantó la vista sorprendida. —¿Qué?

—¿Ocurre algo? —Apartó su taza de café preocupada para cogerle la mano sobre la mesa. La había llamado para desayunar juntas y Sybil no había podido negarse, aunque estaba hecha polvo. —Algo te preocupa. ¿Las cosas no mejoran en el trabajo? ¿Quieres que hable con Cameron?

Esa frase la tensó y negó con la cabeza. —No, todo va bien.

Lori frunció el ceño apartando la mano. —No quieres contármelo.

—No hay nada que contar, de verdad.

—Hija, te conozco como si te hubiera parido. De hecho te he parido y sé que a ti te ocurre algo. A mí no me la pegas. Estás disgustada.

—Es que ayer no dormí mucho. —Bebió de su café desviando la mirada y Lori apretó los labios.

—¿Tiene que ver con Follman?

—Mamá...

—¡O me lo cuentas o no te levantas de ahí en todo el día! ¡Los del Starbucks nos van a tener que regar como a las plantas!

—¿Cómo está David?

Su madre se cruzó de brazos sin contestar y Sybil gruñó por dentro porque hasta que no le contara algo no la dejaría en paz. Era capaz de seguirla hasta la oficina. Miró su taza de café tomando aire. —Mi jefe no está contento con mi trabajo.

Su madre jadeó indignada. —¿Qué dices? Has sido la mejor de tu clase. Eres organizada y muy entregada.

Demasiado entregada. Hizo una mueca. —Lo de estudiar era más fácil que esto.

—¿Te ha dicho algo? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Como te despida...

—No me va a despedir. Cameron le importa demasiado, mamá. Tendrá que soportarme, pero...

—Tú querías que apreciara tu trabajo.

—Sí —susurró mirando su taza.

—Cariño, tarde o temprano verá tu esfuerzo y el resultado será que se dará cuenta de que eres imprescindible.

A Sybil se le retorció el corazón y disimuló bebiendo de su taza. Tragó

asintiendo y forzó una sonrisa. —Tienes razón. Yo a seguir trabajando y a no darme por vencida.

—Exacto —dijo su madre mirándola a los ojos—. No te des por vencida jamás. Las mujeres de nuestra familia siempre salimos adelante.

Entró en la oficina y le guiñó un ojo a Angelica que se sentaba en ese momento. —Estás muy guapa, Sybil.

—¿Te gusta? —Se giró ante ella mostrando su traje verde. —Mi madre insistió en que me lo comprara el fin de semana pasado.

—Pues ha acertado totalmente. Y el cabello suelto te favorece.

—Gracias. —Pasó ante ella y entró en el despacho pensando en su cabello. Como de todas maneras John iba a buscar cualquier excusa para criticarla, decidió dejárselo suelto como lo llevaba siempre porque el maldito moño le daba dolor de cabeza, así que decidió ser práctica. Como había dicho el día en que le ofrecieron ese maravilloso puesto, estaba allí por su cerebro. E iba a demostrar que lo tenía. Vaya que sí.

Se sentó en su asiento y encendió el ordenador mientras revisaba la agenda del día. Frunció el ceño porque al día siguiente la agenda estaba despejada de citas y pulsó el intercomunicador. —Angelica, ¿John mañana se

va de viaje?

—No. Espera que voy.

Sorprendida vio que entraba en su despacho a toda prisa y se acercó a la mesa. —Es que mañana es el aniversario de la muerte de sus padres y ese día siempre se va a la casa que tiene en Montana que es donde están enterrados. Seguramente se irá por la tarde.

—Oh, no lo sabía.

La mujer sonrió con pena. —Eran unas personas excelentes, ¿sabes?

—¿Les conociste?

—Les vi en varias fiestas de Navidad de la empresa y la señora Follman era conocida por sus obras de caridad. Siempre estaban muy ocupados, pero parecían muy agradables. —Se acercó más y susurró —Fue terrible lo que ocurrió. En la empresa afectó mucho.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó sin poder evitarlo.

—Su coche se despeñó por un acantilado. Al parecer se quedó sin frenos. Creo recordar que fue en los Ángeles, pero no estoy muy segura. De lo que sí me acuerdo es que iban a una gala benéfica. Durante semanas en la prensa se habló de la carrera benéfica de la señora Follman. Incluso más que del señor. Aunque bueno, la empresa no era lo que es ahora.

—¿Ah, no?

—No. John la ha multiplicado por diez en pocos años. Te aseguro que los accionistas hacen palmas con las orejas desde que se tomó la decisión de que él se hiciera cargo.

No pudo hacer más que admirarle porque había llegado hasta allí sin ayuda de nadie. No como ella que tenía un enchufe de primera. —Así que mañana no trabaja.

—Bueno como hoy es miércoles, seguramente regresará el lunes.

Revisó la agenda del viernes y vio que no tenía citas. Sonrió a Angelica que dijo divertida —Después de tantos años le voy conociendo. Así que despejé la agenda.

—Gracias por la aclaración.

—Por cierto, ayer te llegó un paquete. Espera que te lo traigo.

—¿Un paquete?

Angelica regresó con un pequeño paquetito en la mano y se lo dejó sobre la mesa. —Llegó a última hora y se me olvidó dártelo, lo siento.

—No pasa nada. Gracias. —Lo cogió de su mano y vio que el papel de estroza estaba su nombre y su dirección de la oficina, pero no tenía remitente.

—Qué raro. ¿No te dijeron quién lo envía?

—No. Vino con todo el correo de la tarde. No era certificado.

—Gracias Angelica.

La secretaria asintió antes de salir de su despacho cerrando la puerta y arrancó el papel para ver una cajita de cartón. Al abrir la tapa frunció el ceño al ver dentro una hoja de papel doblada. La desdobló tranquilamente y parpadeó al leer su contenido escrito con ordenador: *“No deberías meter las narices donde no te llama nadie, puta. Lárgate”*.

Chasqueó la lengua haciendo una bola de papel y tirándolo a la papelerera. Algún listillo que quería su puesto. De verdad que podían decírselo a la cara. Con todo el papel que se desperdiciaba, mira que mandar notitas como si estuvieran en el colegio... Suspiró poniéndose a trabajar.

Estaba tan concentrada repasando unas cifras que ni escuchó que se abría la puerta de comunicación con John. Pero cuando le sintió a su lado se sobresaltó mirándole sorprendida. —Ah, hola.

—¿Qué haces?

—Repasando las cifras que han enviado de Tokio. Creo que...

—Para eso ya está el departamento contable —dijo fríamente—. Vete al departamento legal. Diles que quiero que empiecen a preparar los borradores de los contratos con los Kennedy.

Ahora sí que la había dejado de piedra. —¿Vas a asociarte con ellos?

—Sí.

—Pero en mi informe te detallé específicamente que era un negocio de alto riesgo. Y de dónde sacan el dinero no está demasiado claro. —John fue hacia su despacho como si no la hubiera escuchado. —¿Por qué me haces redactar informes si luego no les haces ni caso? ¡Se supone que estoy aquí para allanarte el camino y después haces lo que te da la gana!

Él entró en su despacho cerrando de un portazo y frustrada apretó los puños con ganas de gritar. Sybil entrecerró los ojos y apoyando las manos sobre la mesa empujó la silla hacia atrás antes de coger los listados de contabilidad. Furiosa entró en su despacho y John bufó como si fuera una pesada. Tiró los papeles ante él. —Se han equivocado. Según los informes anteriores tiene que haber más activos. Faltan tres fábricas que yo haya visto.

Sin decir ni una palabra más salió del despacho con ganas de matar a alguien y mientras Angelica la observaba con el ceño fruncido, fue hacia el ascensor para bajar dos pisos. Caminó hasta el despacho de Josep Hammenberg y pasó ante Meagan ignorándola por completo. Abrió la puerta sin llamar y entró cerrando de un portazo, sobresaltando al abogado que la miró con la boca abierta antes de colgar de inmediato. —¿Ocurre algo?

—El jefe quiere que prepares los contratos con los Kennedy.

El hombre que debía tener sesenta años y tenía el culo pelado de hacer

fusiones frunció el ceño quitándose las gafas para mirarla con sus ojitos castaños. —¿Seguro?

—Yo opino lo mismo. Pero él manda. Hala, ya he dado el recado.

Se pasó la mano por la barbilla. —No me gusta.

—Ni a mí.

—He oído cosas.

—Pues parece que él no las ha oído. ¿Podrías hablar con él? Igual a ti te hace más caso.

Josep asintió. —¿Está libre?

Miró el reloj de la pared. —No tiene citas hasta dentro de una hora.

—Subo ahora mismo. En cuanto haga unas llamadas.

Sybil sonrió guiñándole el ojo y el hombre se sonrojó antes de reír por lo bajo. Salió de allí y Meagan la bloqueó en su huida. —Oye, guapa...

—¿Sí?

—Para llegar a él tienes que pasar por mí.

—Pues he llegado hasta él y no te he necesitado para nada. Ahora apártate de mi camino —dijo fríamente.

Meagan entrecerró sus ojos azules. —¿Quién coño te crees que eres? Todo el mundo sabe que eres un enchufe de Birkenhead, así que a mí no me

toques los huevos. Tu puesto se lo has quitado a alguien que realmente se lo merecía.

—Déjame adivinar... ¿Alguien como tú?

—Pues sí. Alguien como yo que llevo trabajando aquí desde los diecinueve. Tu puesto me lo merecía yo, que he trabajado como una posesa para llegar hasta allí.

—A ti lo que te gustaría es trabajarte al jefe.

Meagan rió falsamente. —Como a ti, hermosa. Si se te cae la baba cada vez que le miras. —La señaló con el dedo. —¿Pero sabes qué? Al final te largarás y seré yo quien ocupe tu puesto... y su cama.

Sybil se tensó porque seguro que aquella rubia de bote tenía más posibilidades que ella. —Pues mucha suerte.

—No la necesito. —Sonriendo volvió a su sitio y se sentó cogiendo el lápiz para colocarlo en el cubitero.

Sybil pasó dándole un manotazo tirando los lápices al suelo antes de poner las manos sobre la mesa. —Te aconsejo que dejes de enviar notitas como si estuvieras en el instituto. Ya has dejado clara tu postura. Otra cosa es que consigas lo que quieres porque ese puesto es mío y me voy a quedar.

—¿Qué notitas? —preguntó divertida.

—Estás advertida.

—No te digo por dónde me paso tus advertencias, pardilla.

—Lo mismo digo.

Caminó hacia el ascensor ignorando a los abogados que sentados en sus mesas la observaban. Pero ya le importaba todo un pito. Teniendo en cuenta que tenían que tragarla, a partir de ahora no se iba a cortar un pelo. Ni con John. Trabajaría como una mula, pero a partir de ese momento no iba a tener pelos en la lengua. No como el mes anterior que parecía que era tonta diciendo sí a todo. Y eso que su cuñada le había dicho que le pusiera en su sitio desde el principio. Ahora entendía que quería decir.

Volvió a dirección y vio que la puerta de John estaba abierta y que hablaba con Angelica, pero pasó de largo para entrar en su despacho. Se sentó en su sitio gruñendo por lo bajo al ver el expediente de los Kennedy y lo apartó para empezar con el siguiente. Angelica se acercó a su mesa con el block y unos papeles en la mano cerrando la puerta. Cuando se acercó le dijo dejando los papeles sobre la mesa —Quiere que te encargues de hablar con Tokio sobre el problema de contabilidad. Y que seas dura.

Se le cortó el aliento antes de mirar hacia la puerta. —¿Por qué no me lo dice él?

Se encogió de hombros y Sybil apretó los labios. Era obvio que no quería disculparse. Típico. ¿Cómo iba a reconocer que había metido la pata?

No, John no era así. —Gracias Angelica.

La secretaria forzó una sonrisa y Sybil levantó el teléfono dispuesta a solucionar el problema, pero le daba la sensación de que ese tema le iba a llevar horas. Y efectivamente le llevó solucionarlo hasta las seis de la tarde y cuando al fin llegaron por mail, estaba que se subía por las paredes porque se estaba perdiendo el cumpleaños de David. Con los papeles en la mano fue hasta el despacho de John y se quedó helada cuando se lo encontró vacío. Estupendo. Ya ni le echaba la bronca cuando se iba. Dejó los papeles sobre la mesa e iba a regresar a su despacho a coger el abrigo cuando vio algo en la papelerera que le llamó la atención. Frunció el ceño al ver unas letras pegadas en un papel y se agachó para tirar de él, pero solo era una esquina. Gruñó al ver una de sus propuestas de negocio. Pues era buenísima, él se lo perdía. Sacó el resto de los pedazos y los unió. —¿Pero qué...?

Leyó la nota sin poder creérselo. *“Cambia de opinión o no vivirás mucho tiempo. Eso te lo juro por lo más sagrado.”* Sybil palideció leyéndola de nuevo una y otra vez. Se mordió el labio inferior porque era evidente que había recibido más amenazas, pero que las había tirado porque no se las tomaba en serio. Metió los otros papeles en la papelerera y cogió los pedazos yendo hacia su despacho. Los dejó sobre la superficie de la mesa y buscó en su papelerera la nota que había recibido, colocándola al lado. A ella la amenazaban por meter las narices donde no debía y a él con cargárselo

directamente. Estaba claro que a ella querían asustarla para que se largara. ¿Por qué? Se quedó mirando las notas fijamente. Aquello no tenía nada que ver con que había conseguido el trabajo como había pensado al principio. Pero si querían vengarse de John, porque no había cambiado de opinión, ¿por qué necesitaban asustarla a ella?

Separó los labios sin darse cuenta. —Porque tú revisas los expedientes antes de que él les dé el visto bueno. Creen que vas a rechazar algo.

Miró los expedientes de encima de la mesa, se levantó a toda prisa para pasarlos uno por uno cuando se detuvo en seco. Estaba claro que lo que querían era que se aprobara uno de esos proyectos. Y si ella no estaba, los revisaría otra persona. Alguien que podía aceptarlo antes de que llegara a John, aconsejándole que era un buen negocio. ¿Pero por qué amenazarle a él? No tenía sentido. Además, John nunca le hacía ni caso. Aunque eso pocos lo sabían.

Entonces se le cortó el aliento por el proyecto Kennedy. Ella lo había rechazado y ahora John lo aprobaba. Había recibido su primera amenaza ese mismo día después de la reunión con los Kennedy la noche anterior. Alguien había leído su informe porque el paquete en realidad se lo habían enviado la tarde anterior. Justo antes de la cena. Se le cortó el aliento. ¿Para que no asistiera a esa reunión? Se quedó mirando las notas fijamente. A ella le dicen

que se largue y como no asistió a la cena seguramente pensarían que había dado resultado, pero algo pasó en la cena que provocó la segunda nota a John. La amenaza de muerte. Y John había cambiado de opinión durante el día. Dios, por eso lo había aceptado y por eso la querían largar a ella, para que no metiera las narices donde nadie la llamaba.

Se sentó sintiéndose agotada y apoyando los codos sobre la mesa, se apartó el cabello de la cara sobresaltándose cuando sonó el móvil. Suspirando vio que era su madre y descolgó rápidamente. —Lo siento, mamá. Ya he terminado.

—Date prisa. Queremos esperarte para cenar y el niño está muy excitado esperando sus regalos.

—Lo siento. Cogeré un taxi para llegar antes.

—Bien.

Mierda, precisamente ahora tenía que largarse. Pero no podía defraudar a su hermano. A toda prisa recogió y metió las amenazas en su bolso. Con el abrigo en la mano, corrió hasta la puerta y en el ascensor pensó en qué hacer. Debía hablar con John y sacó su móvil para marcar su número. No contestó la llamada y juró por lo bajo antes de marcar de nuevo. Corrió por el hall con el teléfono al oído y al salir de la empresa levantó un brazo ignorando el frío que hacía. Seguía sin responder. Un coche negro frenó en

seco ante ella y sonrió al ver que era Manuel, el chófer de John.

—Cómo me alegro de verte —dijo entrando en el coche—. Es el cumpleaños de mi hermano, ¿sabes? ¿Me llevas hasta Brooklyn?

—No fastidie, señorita. Iba a meter el coche en el garaje —dijo echándole un vistazo por encima del hombro.

Aquello era el colmo. ¿Para qué se había detenido entonces? Claro, no debía pensarse que quería ir a casa de sus padres. Mejor ponerse bruta, a ver si colaba. —¡Mira, quiero ir a Brooklyn! ¡Así que ya estás metiendo caña a este coche que voy a llegar tarde al cumpleaños de mi hermano o hablo con John! —gritó furiosa al cristal de separación—. ¡No se cumplen once años todos los días!

El chófer gruñó antes de meter la marcha y Sybil volvió a insistir al teléfono elevando la luna de separación para que no escuchara nada.

—¿Qué coño quieres? —preguntó furioso.

—Tenemos que hablar. Me han amena... —Los pitidos continuos la dejaron sin aliento. ¡Le había colgado!

Decidió enviarle un mensaje y para que se lo creyera sacó el anónimo del bolso para sacarle una foto. De repente el coche frenó en seco y Sybil del impulso se golpeó con la cabeza en la luna de separación mareándose con el golpe. Se llevó la mano a la frente y gimió porque sintió los dedos pringosos.

—Vaya, vaya. Pero que hermosura tenemos aquí. Me alegro de conocerte, Sybil. —Confundida miró la mampara, pero no era Manuel quien había hablado. Giró la cabeza y chilló al ver a un hombre que no conocía de nada sentado a su lado e intentó salir por la otra puerta, pero éste la cogió por la melena golpeando su cabeza dos veces contra la ventanilla antes de caer desmayada sobre sus muslos.

Capítulo 6

Intentó abrir los ojos por el dolor continuo que tenía en la frente, pero le pesaban tanto los párpados que le costaba. Sintió náuseas y se puso de costado teniendo arcadas, pero como no había comido nada desde el desayuno casi no tenía qué expulsar. Intentó abrir los ojos de nuevo chillando cuando alguien la agarró por la melena tirando de su cabeza hacia arriba. —Al fin te has despertado.

Vio un hombre muy alto ante ella con un traje gris de calidad y perdió todo el color de la cara al ver quien era. El tipo le pegó un bofetón que la tiró al suelo de nuevo y se echó a reír. —¿Te acuerdas de mí, Sybil? Me dijiste que te tuteara. Espero que no hayas cambiado de opinión.

Asustada pataleó hacia atrás sobre el viejo suelo de madera clavándose algo en la mano, pero ni se dio cuenta chillando —¿Qué quieres?

Él apretó los labios acuclillándose ante ella. —Por tu culpa, zorra, he perdido mucho dinero. Me has echado a perder el trato con Follman con tus tonterías.

—No, él quería hacer negocios.

—¡Bajo sus condiciones! —gritó Phillip Duncan furioso—. ¿Sabes lo que tardamos en conseguir esa puta cita? Un año. Un maldito año esperando esa oportunidad y nos habéis tratado como a leprosos. Y necesitamos esa fábrica para lo que distribuimos, querida. —Le pegó una patada en el estómago que le robó el aliento. —Le advertimos hace tiempo que debía vender esa fábrica. No debió sorprenderse mucho cuando recibió nuestra oferta, ¿no es cierto? Solo tenía que aceptarla. Era fácil. Se deshacía del problema y asunto resuelto. Pero nos dejó con la palabra en la boca sin escuchar toda nuestra propuesta. —Se echó a reír. —Que te llamáramos para continuar hablando... Era obvio que no quería cerrar el trato. Y nosotros no tenemos por qué rogar a nadie. No va con nuestro carácter. Ahora nos va a suplicar que le compremos la maldita fábrica. Te aseguro que sí. Esta vez será todo oídos cuando reciba el mensaje.

Dios, la iba a matar, pensó muerta de miedo. La agarró por el cuello levantándola y sonrió con una malicia que le puso los pelos de punta. —¿Sabes? Esto es lo que más me gusta de mi trabajo. —Miró su cuerpo que casi no se tenía en pie. —Igual debería probarte. —Pasó la lengua sobre su mejilla haciéndola cerrar los ojos del asco. —¿No te gusta? Esto te va a encantar. —La lanzó de cara sobre una vieja mesa de madera que se desplazó del impulso y le metió la mano entre las piernas haciéndola gritar del horror cuando tocó su sexo haciéndole daño. —Vamos, sé que te encanta, putilla. Me comías con

los ojos, ¿recuerdas? Esos ojitos azules pedían precisamente esto. —Abrió la falda tirando de la abertura trasera y agarró su trasero con saña haciéndola gritar de nuevo mientras lloraba sin poder evitarlo. —¿Gritas? Si no es para tanto —dijo divertido bajándole las medias con un movimiento brusco antes de desgarrar sus bragas—. Vas a disfrutar, te lo garantizo. —Sus dedos entraron en su interior y Sybil gritó histérica intentando volverse cuando la puerta se abrió de golpe y Michael Duncan entró bajando tres escalones. —Joder padre, ahora no.

—Tenemos que irnos —dijo muy serio mirándola mientras temblaba como una hoja sin cubrirse siquiera—. Nuestro contacto me acaba de decir que ya han avisado a la policía de su desaparición. Están rastreando el móvil.

Phillip juró por lo bajo subiéndose los pantalones. —Por favor —susurró sollozando muerta de miedo—. Si me sueltan...

—Mátala —dijo Michael fríamente—. Y que sufra. No quiero que ese cabrón se olvide de esto jamás.

Su hijo sonrió al verla gritar. Sybil intentó correr hacia la puerta que aún estaba abierta, pero sintió un golpe en la espalda que la lanzó contra la pared. Al volverse Philip estaba ante ella con un bate de beisbol. —Esto va a doler.

Angustiada susurró —Por favor... Déjame ir.

—Deja de rogar, puta. No te servirá de nada. —La golpeó con el bate en el brazo y Sybil sintió como se rompía antes de caer al suelo. Abrió los ojos intentando arrastrarse mientras escuchaba la risa de John en su cabeza. Cerró los ojos arañando la madera del parquet viendo la cara de John el día de la boda. Estaba tan guapo de smoking. Phillip empezó a golpearla con saña una y otra vez. Vio a Cameron bailando con Denise mientras se miraban a los ojos reflejando su amor y a sus hermanos ante el árbol de Navidad el año anterior. Una lágrima corrió por su mejilla hinchada cuando dejó de sentir dolor. En su mente confusa su madre le dio un beso en la mejilla diciéndole que la quería por encima de todo y Sybil la llamó a gritos justo antes de perder el sentido.

Lori corrió por el pasillo del hospital viendo como Cameron se llevaba las manos a la cabeza por algo que le estaba diciendo un policía de uniforme mientras Denise se echaba a llorar. Al verla se apartó pálido para interceptarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Sybil?

—Lori...

—¿Dónde está mi hija? —gritó histérica—. ¡Venía al cumpleaños de

David y no ha llegado! ¡Y eso fue hace horas!

Robert la cogió por los hombros. —Cariño, deja que hable.

Muy asustada le miró a los ojos. —¿Qué le ha pasado a mi hija, Cameron?

Cameron negó con la cabeza. —No lo saben. La han encontrado dentro de un contenedor a veinte metros de la empresa de Follman.

Lori intentó retener las lágrimas e hizo la pregunta más desgarradora de su vida —¿Me estás diciendo que mi hija está muerta, Cameron?

—No. —Los ojos de Cameron se llenaron de lágrimas. —Aún está viva.

Cerró los ojos del alivio dejando que las lágrimas cayeran por sus mejillas y sonrió. —Está viva Robert.

—Es una noticia estupenda —dijo su marido muy tenso por la cara de Cameron—. ¿Está muy grave?

Cameron asintió. —Muy grave. Tuvo un paro cardíaco en la ambulancia y la tuvieron que recuperar dos veces. Al parecer tiene una hemorragia interna y...

El grito desgarrador de Lori les puso los pelos de punta y Robert tuvo que sujetarla antes de que cayera al suelo de la impresión. Unas enfermeras corrieron hacia ellos y la sentaron en una silla de ruedas mientras un médico

pedía un calmante. Denise lloraba al teléfono mientras Cameron hablaba con la policía. Robert se acuclilló ante su mujer después de que la inyectaran y le cogió las manos intentando no llorar. —Vamos, preciosa. No puedes hundirte ahora. —Besó sus manos. —Nuestra niña es muy fuerte. Está viva. Si ha conseguido sobrevivir a eso, no se detendrá ahora. Seguro que no.

Lori asintió. —Tienes razón. Nuestra niña no nos dejaría.

—Claro que no.

—A las once y dos minutos después de estar seis horas en quirófano, Sybil era declarada muerta después de luchar por su vida de una manera que hasta sorprendió a los médicos.

Cameron vio cómo su amigo le miraba desde detrás de su mesa como si no entendiera lo que acababa de decir. Se sentó agotado en una de las lujosas sillas ante su escritorio y apoyó los codos sobre las rodillas. —John, ¿me has entendido?

Muy tenso le miró a los ojos. —Me estás diciendo que este jueves Sybil...

Asintió mirándole fijamente. —Todavía no sabemos lo que ha pasado, pero supongo que la policía te interrogará para saber dónde estabas y esas

cosas.

—Estaba en Montana.

—Amigo, conmigo no tienes que justificarte. Ya sabía dónde estabas.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó casi sin voz.

—Porque la situación era horrible. —Se pasó una mano por los ojos emocionado. —Todavía no me lo puedo creer. He tenido que encargarme de todo porque Lori ni puede hablar. Denise está tan impresionada que el médico ha tenido que darle sedantes. Robert no es capaz ni de atender a los niños, que como puedes imaginar, están destrozados por haber perdido a su hermana.

—¿Dónde está?

Levantó la vista sorprendido. —¿Quién?

—¿Dónde está Sybil? —Cameron vio en sus ojos verdes el dolor y negó con la cabeza sin poder creérselo. —¿Ya la habéis enterrado?

—Joder, tío... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Eso ya no es importante, ¿no crees?

Cameron se pasó la mano por la mejilla borrando las lágrimas. —Está en el depósito. Todavía tienen que practicarle la autopsia.

Tomó aire asintiendo antes de levantarse e ir hacia el enorme ventanal.

—Quiero verla.

—John... yo la he visto y no es agradable. No he dejado a nadie que pasara. Está irreconocible por los golpes. —Su amigo apretó los puños —La identificaron por la poca ropa que llevaba y la documentación que todavía quedaba en su bolso. —Cameron sollozó. —La destrozaron, John. Le rompieron los brazos y las piernas. Y su preciosa cara...

John cerró los ojos como si no pudiera soportarlo cuando la puerta se abrió y Rodolfo entró en el despacho con su compañero, deteniéndose en seco al ver a Cameron.

—¿Qué ocurre? —preguntó levantándose al ver al que consideraba su suegro.

—Veníamos a hacer unas preguntas por la empresa. —Miró la espalda de John que parecía abatido. —Veo que ya se lo has dicho.

—¿No debería haberlo hecho?

Rodolfo chasqueó la lengua como si hubiera metido la pata y le hizo un gesto a su compañero que se acercó a John. —¿Señor Follman? Esto es una orden de registro para su despacho y el despacho de Sybil Hilson.

Sin mirar la orden susurró —Es el despacho de al lado.

—Jefe, ¿qué ocurre? —preguntó Angelica desde la puerta mientras se apretaba las manos.

Dos agentes de uniforme entraron en el despacho de al lado y varias

personas vestidas de blanco de arriba abajo entraron en las estancias. Rodolfo asintió. —Será mejor que nos traslademos a otro sitio. Mi gente tiene que trabajar.

John asintió tomando aire antes de volverse y todo el mundo pudo ver que estaba roto de dolor por su cara desencajada. Rodolfo entrecerró los ojos. —¿Tiene una sala de juntas o...?

—Sí, por supuesto —dijo Angelica rápidamente—. Pasen por aquí.

Cameron se acercó a John y le dio una palmada en la espalda. —Joder, tío. Siento esto, pero tienen que investigar todas las vías. Mi suegro es concienzudo.

—No pasa nada.

—Será rápido, ya verás.

Horas después estaba sentado ante Rodolfo con la mirada perdida. —¿Cómo la conocí? En realidad la conozco desde que nació.

—¿No me digas?

Sonrió con tristeza. —Cameron siempre me tenía al tanto de lo que hacía o lo que dejaba de hacer. Nunca he visto un hermano más orgulloso. Nació cuando teníamos trece años, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

—Cameron llegaba al instituto y si la había visto la tarde anterior me relataba todas sus travesuras. —Se echó a reír. —Una vez nos pegó el sarampión. —Rodolfo sonrió. —Sí, fue la leche. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Pero la primera vez que la vi en persona fue en la boda de Cameron. —Se quedó pensando unos segundos mirando al vacío. —¿Sabe? Es extraño ver mil fotos de alguien, saber toda su vida y después conocerla en persona. Sí, muy extraño.

—Yo estuve en esa boda. No recuerdo verte bailar con la dama de honor más guapa. Flirteaste con todas, pero con ella no.

Sonrió mirándole a los ojos. —Usted sabe por qué lo hice.

—¿Para que no pensarán que tenías ningún interés en ella?

Chasqueó la lengua. —Exacto. —Tomó aire apoyando los codos sobre la mesa y pasándose las manos por su cabello negro. —Joder, todavía no me lo puedo creer.

Rodolfo vio a un hombre torturado y susurró —¿Qué ocurrió con Sybil, John? ¿Le hiciste daño?

—Tenía que haber sido sincero —dijo expresando en voz alta sus pensamientos sin darse cuenta—. Tenía que haberle dicho la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, John?

Levantó la vista clavando sus ojos verdes en él. —Le dije que no me importaba —dijo con dolor—. Que era prescindible en mi vida. Le di la espalda. Creía que no la necesitaba. Murió pensando que no la quería, que no la apreciaba, que no era buena en su trabajo... Murió creyendo que no era nada para mí.

Rodolfo asintió tragando saliva porque era casi imposible no sentir pena por ese hombre. Seguramente tendría una losa sobre su cabeza el resto de su vida. —Háblame del miércoles de la semana pasada. ¿Qué ocurrió ese día? Fue el último día que fuiste a la oficina, ¿no es cierto?

John asintió. —Sí, al día siguiente tenía el aniversario del fallecimiento de mis padres. Todos los años me voy a Montana. Me fui el miércoles por la tarde y regresé el domingo. Tengo casa allí. Era de mis abuelos.

—¿Y no ocurrió nada ese día? ¿Algo extraño?

—¿Aparte de que me comporté como un gilipollas con ella? —Sonrió con tristeza. —No. En realidad, casi no hablamos. O yo no hablé con ella.

—¿Cuándo te enteraste de que había desaparecido?

—El jueves recibí un mensaje de Angelica diciendo que no había ido a trabajar, pero... —Desvió la mirada apretando los puños.

—¿Pero?

—No contesté. Pensé que le estaba dando una pataleta por no querer tener una relación con ella. Mi secretaria no insistió. Cuando me extrañé fue esta mañana. Aunque ya empezó rara y...

—¿Rara?

—Mi chófer no se ha presentado a trabajar. Y es extraño porque Manuel no falta nunca.

Rodolfo frunció el ceño y apuntó en una libreta. —Continúa hablando de Sybil.

—Esta mañana cuando no apareció pensé en llamarla, pero no lo hice porque eso le daría esperanzas. Joder, tenía que haberla escuchado la noche en que desapareció.

—¿La noche en que desapareció?

—Me llamó sobre las seis. Pero cuando me dijo que teníamos que hablar, le colgué el teléfono.

—¿Pudo ser por algo del trabajo? ¿Estás metido en algo turbio? — John le miró sin comprender y Rodolfo suspiró. —Mira John, el cuerpo de Sybil fue encontrado en un contenedor a veinte metros de la empresa y con la experiencia que tengo en este trabajo, sé que esto es un mensaje para ti.

Palideció escuchándole. —¿Qué dices? Eso no puede ser.

—¿No puede ser? —Abrió una carpeta que tenía ante él. Joder, a veces

odiaba su trabajo. Puso ante él la foto del rostro de Sybil y la señaló con el dedo. —¡Esto es algo personal, John! ¡Esto no es un asalto al azar! ¡No le robaron nada! ¡La golpearon una y otra vez hasta matarla! Sufrió muchísimo antes de morir. ¡Ahora vas a contarme qué coño te traes entre manos para que a esta muchacha la hayan dejado así!

John, pálido como la cera, no reaccionaba mirando la foto y con la mano temblorosa la cogió entre sus dedos. Vio en su rostro la incredulidad porque ni la reconocía. Rodolfo apretó los labios cuando se tapó los ojos con la mano porque no lo soportaba y vio cómo se levantó furioso saliendo de la sala de juntas dando un portazo. La puerta se abrió de nuevo y Harry, su compañero, levantó una ceja. —Que le sigan. Puede ser el próximo objetivo.

—Ya he dado la orden.

—Perfecto. ¿Se sabe algo de criminalística?

—Las astillas de su cuerpo indican que son de madera de nogal. Y la golpearon con algo parecido a un bate de beisbol.

—Tenemos que encontrar a esos cabrones. —Cogió la foto y la miró.

—Esto no va a quedar así.

—El registro de llamadas indica que llamó a éste tres veces esa noche. Solo habló con él unos segundos.

—No quiso hablar con ella. Seguro que ahora se arrepiente.

Su amigo le miró fijamente con sus ojos castaños. —¿Está metido en esto?

—Creo que no sabe hasta dónde está metido. Pero sí. Él es el detonante. Estoy seguro. ¿La secretaria todavía está fuera?

—Sí. Le he impedido que se vaya por si querías interrogarla de nuevo.

—Haz que pase. Va a aclararme muchas cosas.

Rodolfo suspiró sentado en su mesa en la comisaría y volvió la vista hacia el tablero donde estaban pegadas las fotos de todos los relacionados con Sybil. Joder, ya era martes y no tenía nada.

Harry llegó corriendo en ese momento y por la sonrisa que tenía se enderezó en la silla. —¿Tenemos algo?

—Han encontrado al chófer de Follman degollado en un callejón de Harlem. Su mujer lo ha identificado en el depósito. Nos traerán las pruebas cuanto antes.

—¿Al chófer de Follman? No me jodas. ¿Era su coche el que la recogió?

Harry asintió. —Las cámaras de seguridad no dejaban ver la matrícula, pero ahora todo indica que era su coche, ¿no crees? Por eso ella entró

tranquilamente. —Su compañero se puso ante el ordenador. —Pero Follman no iba en el coche.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira. —Puso las imágenes y señaló la hora. —Las seis y doce. —Cogió los registros de llamadas. —Se realizaron en el coche.

—¿Estás seguro que los relojes están bien sincronizados?

—Seguro.

—Así que se subió a su coche para que la llevara a Brooklyn. Tenemos que seguir a ese coche hasta encontrarlo. —Rodolfo se enderezó y gritó — ¡Quiero que me encontréis ese vehículo en todas las cámaras de tráfico desde el miércoles a las seis de la tarde! ¡Quiero saber dónde se detuvo y si alguien se subió a ese maldito coche! —Señaló a Harry. —Tráeme pruebas de que nuestra chica se subió a ese coche. Pueden refutar las imágenes en el tribunal. Pide una orden y que lo registren de cabo a rabo. Tráeme sangre, Harry.

Su compañero asintió y Rodolfo apretó los labios cuando escuchó que su teléfono sonaba. Juró por lo bajo al ver que era Denise. Suspiró cogiéndolo preocupado por ella. —¿Cómo estás?

—¿Se sabe algo? —preguntó con la voz congestionada de llorar.

—Cielo, no puedo comentar nada de la investigación. Lo sabes.

—Dime que tienes algo, por favor.

—Cariño, no fue culpa tuya.

—Sí que lo fue —respondió llorando—. Yo la metí a trabajar con John. Ella no quería. La presionamos entre todos para que aceptara el trabajo. Si le han hecho daño es por mi culpa.

Rodolfo frunció el ceño sentándose. —¿Y por qué la presionasteis?

—Porque en la boda me di cuenta de que le atraía John y...

—Te pusiste en su lugar.

—Cameron me había hablado mucho de ella. De su carácter y de cómo luchaba por lo que quería. Deseaba que torturara algo a John antes de enamorarle. No sé, creía...

—Creías bien.

—¿De verdad?

—Sí, Denise. Se atraían, pero John se negó a tener una relación con ella por Cameron. Por no fallar a su amigo.

A Denise se le cortó el aliento. —Pero Cameron también lo deseaba. Dios, en el restaurante se la veía tan enamorada y se lo estaba pasando estupendamente. John estaba descolocadísimo, pero parecía celoso...

—¿En el restaurante?

—El día antes de desaparecer, tenían una comida de negocios. — Denise le explicó todo lo que había ocurrido y como Cameron para divertirse

había amenazado a John presionándole para que no la echara. —Se puso muy celoso por la atención de ese hombre. Tanto que se fueron del restaurante. No veas lo mosqueados que se quedaron los que estaban con ellos. De hecho estaban furiosos. Al levantarse empujaron a un camarero para salir como matones.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Sí, claro.

—Llámalos a todos y quedar en tu casa mañana por la tarde. A todos los implicados. La familia... Todo el que pueda aportar algo. Excepto los niños. Dejémoslos fuera de esto.

—¿Lori también? Será duro para ella. Todavía no habla.

Rodolfo suspiró. —Pobre mujer. Pero sí, la necesito.

—Y John...

—Está en su casa de Park Avenue. No ha salido de allí desde ayer. Iré a hablar con él ahora mismo.

—Dios... —Denise se echó a llorar. —Les he destrozado la vida.

—Ni se te ocurra pensar eso, ¿me oyes? Solo doy gracias a Dios porque tú ya no trabajabas con él y estás sana y salva. Ahora tómate uno de esos calmantes que voy a llamar a Carmen para que vaya a tu casa.

—No, no hace falta.

—Hazme caso, cielo. ¿Dónde está tu marido?

—Ha ido a ver a John. No le cogía el teléfono.

Rodolfo juró por lo bajo y dijo rápidamente —Tengo que dejarte. Te llamo luego.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

Salió de la comisaría a toda prisa y condujo hasta Park Avenue poniendo la sirena. Esperaba llegar a tiempo. Detuvo el coche ante el portal y corriendo le mostró la placa al portero. Impaciente miró las luces del ascensor mientras subía y salió llevándose la mano a la espalda para sacar la pistola que llevaba en la cintura. Caminó lentamente hacia la puerta entornada. Abrió la puerta suavemente escuchando las voces y frunció el ceño al escuchar a su yerno alterado. Entró viendo las botellas de alcohol tiradas por el salón y apretó los labios al ver la pistola sobre la mesa. Siguió las voces por el pasillo y levantó una ceja al ver como Cameron intentaba subir a la cama a John que estaba completamente borracho. Dejó caer la mano con la pistola antes de golpear con los nudillos la puerta dos veces. Cameron volvió la cabeza y suspiró del alivio. —Menos mal. Joder, ayúdame. ¡Pesa lo que no está escrito!

Al verle totalmente sin sentido se acercó. Todavía llevaba los

pantalones del traje y los zapatos. Su camisa estaba abierta hasta la cintura. —
¿No deberíamos llamar a una ambulancia?

—¿Estás loco? Como se entere la prensa de esto, se tiran sobre él. Cógelo de los pies. —Se agachó y entre los dos le subieron a la cama. —
Menos mal. Creía que tenía que dejarle ahí.

—Lo de la prensa será inevitable. He conseguido contenerles diciéndoles que la víctima era una prostituta, pero no son tontos. Alguno tirará de alguien del depósito o del hospital y todo se descubrirá. Su nombre saldrá a la luz tarde o temprano. Y el tuyo también. Vuestro secreto será público.

—Me importa una mierda que sepan que era mi hermana. ¡En este momento lo que me preocupa es perder a mi mejor amigo! Mira esto. —Salió de la habitación y él le siguió.

—Ya he visto la pistola.

—¿Y no te pone los pelos de punta?

—De hecho, de la que venía hacia aquí pensaba que ya se lo habían cargado, así que ha sido un alivio ver que no la ha usado. —Su yerno se acercó al sofá levantando un cojín y cogió un álbum girándolo. Rodolfo frunció el ceño al ver fotos de Sybil con distintas edades. —¿Y eso?

—No lo sé —respondió frustrado—. Son fotos que he ido sacando a lo largo de los años. Pero ni se las había enviado. —Mostró una foto de Sybil de

animadora en el colegio. —Esta tuvo que sacarla de mi casa porque ni tenía cámara en el móvil en aquella época.

—¿Tiene llaves de tu casa?

—No. Pero cuando va tiene acceso a todo. Confío en él totalmente.

Rodolfo cogió el álbum y volvió las páginas para ver una foto de Sybil en la boda de Cameron. Sonreía a la cámara con el ramo de novia en la mano. Estaba realmente preciosa. —Lleva queriéndola toda la vida.

Cameron se llevó las manos a la cabeza. —¡Joder! ¡Por qué nunca me dijo nada!

—¡Porque temía perderte, Cameron! ¡Tú eres lo único que tiene! ¡Y ella era la hermana que siempre quiso hasta que la conoció! ¡Erais su familia! Tuvo que elegir a quien renunciar y renunció a ella por seguir teniendo tu amistad. ¡Le dijiste que ni se acercara a ella! Seguro que anteriormente lo hiciste también. ¿En la boda, por ejemplo?

Cameron apretó los labios. —Me dijo que estaba preciosa y yo le respondí que se fijara en otra. —Se pasó una mano por la nuca mirando la pistola. —Ni sabía que la tenía.

—Pues tiene otra en el despacho. —Le miró sorprendido. —Ambas registradas a su nombre. Siéntate Cameron. Vamos a hablar de tu amigo.

Suspiró sentándose y Rodolfo lo hizo ante él. —Empieza por el

principio. ¿Cómo os conocisteis?

Capítulo 7

Después de hablar durante dos horas ambos se miraron a los ojos. — Así que es habitual.

—Ni se te ocurra decírselo a Denise. No quiero preocuparla más.

—Tranquilo. ¿Y cómo haces para que nadie las intercepte?

—¿Las amenazas? —Hizo una mueca. —Normalmente el correo personal lo abro yo. Denise me da las cartas sin abrir que no llevan membrete. O al menos eso hacía antes de casarse conmigo. Es algo que aprendí hace mucho cuando una secretaria tuvo un ataque de nervios al leer una.

—¿Y os las tomáis a pitorreo? ¿Estás loco?

—¡Nunca me ha pasado nada! ¡Son bravuconadas de empleados descontentos o rivales en el trabajo! Quien trabaja a este nivel no llega sin ganarse enemigos, Rodolfo. A mi padre también le pasaba. Un par de veces le mostré a John alguna de ellas y nos reímos juntos sin tomárnoslo en serio.

Rodolfo miró la pistola. —Pues John se lo tomaba en serio.

—Y después de lo que ha pasado... Joder.

Le miró a los ojos. —Quien ha hecho esto se cree impune. —Cameron apretó los labios y asintió. —No es la primera vez que lo hacemos y tenemos que seguir el plan. No flaquees ahora, Cameron. Hablo en serio.

—¿Sabes algo?

—El cuerpo de la prostituta sigue en el depósito listo para la autopsia, que se está retrasando porque el forense me debe un favor.

—¿No la ha reclamado nadie?

—De momento no.

—¿Puedo ver a mi hermana?

—Sabes que no. Todavía está en coma terapéutico. Mis chicas no se separan de ella. La clínica privada donde está no sabe su verdadera identidad y que tengas fondos suficientes para no estar en un hospital nos ha facilitado mucho la vida, te lo aseguro.

—Joder, dime algo. ¿Se recuperará? —preguntó angustiado.

—No lo sé, Cameron. De momento sigo la investigación y no he recibido noticias como esperaba. Solo tienen que llamarme si fallece.

Cameron se pasó las manos por la cara frustrado y apoyó la espalda en el respaldo del sofá. —Esto es una pesadilla. Lori no deja de llorar y Robert me ha preguntado cuándo podrán enterrar a su hija. Es horrible mentir a todo el mundo. Están sufriendo.

—La que está sufriendo y luchando por su vida es tu hermana. Es la única que me interesa de momento y es por quien estamos haciendo esto. La investigación está yendo bien. Déjame hacer mi trabajo. Si te lo dije a ti es porque necesitaba tu ayuda para ponerla a salvo. Debéis seguir comportándoos como si estuvierais de duelo. Es lo mejor para Sybil. — Cameron miró hacia el pasillo. —No.

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora?

—De momento voy a seguir trabajando. Me hubiera gustado hablar con él, pero ya que está fuera de servicio, seguiré por otro lado. Por cierto, el coche negro era el de John.

Cameron le miró asombrado. —¿Qué?

—Su chófer ha aparecido muerto. —Hizo una mueca. —La recogió ante la empresa.

—¡Hijo de puta! —gritó levantándose—. ¿Estaba implicado?

—Por eso quería hablar con tu amigo —dijo divertido—. En cuanto se le pase la borrachera, llámame. Y no le cuentes nada.

John se llevó las manos a la cabeza y sintiendo que le estallaba se sentó en la cama con esfuerzo. Parpadeó al ver a Cameron sentado en una silla

mirando las fotos del álbum. Se pasó los dedos por los ojos apoyando los brazos sobre sus rodillas y mirando al frente.

—Muy bonito.

—No me jodas, Cameron.

—No tenías que elegir, ¿sabes? Lo hubiera entendido tarde o temprano.

—Sonrió divertido.

—Y una mierda. —Sacó las piernas de la cama mareándose. — Joder... —Se llevó la mano a la sien. —Me va a estallar la cabeza.

—Mejor una resaca que lo que se te pasó por la mente. —Cerró el álbum y lo dejó sobre la mesilla. —Puede que me hubiera cabreado, pero al final... dentro de diez años seguramente te hubiera perdonado.

—No quiero hablar de eso.

—¿Y de qué quieres hablar? ¿Hablamos de la pistola? —Bufó levantándose de la cama y entrando en el lujoso baño. John abrió el grifo y se pasó el agua fría por la cara. —No me lo dijiste.

—¿Y que querías que te dijera, Cameron? ¿Que un gilipollas decía que vendiera? ¿Cuántas de esas has recibido tú?

—¿Qué fábrica?

—Una de Tenesse. Empecé a recibir las amenazas después de la compra. Eso fue hace año y medio o así. ¡No pasó nada en un año, joder!

¡Recibía esas notas de vez en cuando recordándome que vendiera o si no me mataban! —Se le cortó el aliento. —Sybil estuvo en esa comida.

Cameron frunció el ceño tensándose. —¿Qué comida?

—El martes. Me reuní con los Duncan en el restaurante. Tú estabas allí.

—¿Los matones? —Su amigo se acercó hasta él. —¿Qué ocurrió en esa comida, John?

—Sybil se mostró descarada —susurró sin poder creérselo—. Ellos querían comprar o invertir, pero a mí no me interesaba. Solo había quedado con ellos por cortesía porque habían esperado mucho una cita conmigo. Sybil les habló un par de veces como si nosotros no les necesitáramos para nada y que así elevaran su oferta. Después...

—¿Después qué?

—El hijo parecía interesado en ella y me cabreeé más aún. Me tocó el muslo y decidí que aquello se acababa allí, así que en mi urgencia por hablar con Sybil les dejamos tirados, aunque ya estábamos en el café.

—Pues no les sentó muy bien. Empujaron a un camarero que cayó sobre una mesa en sus ganas por salir del restaurante. Todos les miramos asombrados por sus modales. Estaban cabreadísimos.

John entrecerró los ojos. —Sé donde se alojan. El padre lo comentó en

la comida. Si todavía están aquí...

Cameron le miró furioso. —Pues es lo que vamos a averiguar.

Sentados en el coche ante el hotel donde se hospedaban en el Downtown les vieron salir riéndose a carcajadas. Cameron apretó los labios mirándolos fijamente. —¿Son esos?

—Sí. Son padre e hijo —respondió muy tenso fijándose en el hijo antes de que entrara en el coche que les estaba esperando—. Phillip tiene un arañazo en la mejilla.

—Malditos hijos de puta. —Un tipo muy alto cerró la puerta del coche cuando entraron y mirando a su alrededor se cerró la chaqueta. —Ese es un guardaespaldas. Y tienen un coche detrás.

John asintió viendo como rodeaba el coche y se subía.

—Síguelos.

Su amigo encendió su Mercedes último modelo y juró por lo bajo. —Tengo que dar la vuelta. Me verán.

—Ahí viene una camioneta de reparto. ¡Hazlo tras ella!

John salió en ese momento girando el volante para cambiar el sentido de la marcha haciendo que el coche que venía detrás tuviera que frenar en seco

tocando el claxon. Iba a adelantar a la camioneta en su ansiedad por no perderles cuando su amigo le cogió por el brazo. —Espera. Ahora estarán mosqueados.

—Les vamos a perder. —Apretó el volante con fuerza y Cameron estiró el cuello mirando por el costado de la camioneta. —¿Siguen ahí?

—Sí.

Después de seguirlos unos minutos, John juró por lo bajo de nuevo. —Tío, creo que van hacia el Manhattan Bridge.

—Sí, yo también lo creo. —Cameron sacó el móvil.

—¿Qué coño haces?

—¡Voy a avisar a Rodolfo! ¡Esos son de la mafia, John! —Su amigo apretó los labios. —No podemos encargarnos de esto solos. Le necesitamos. Joder, necesitamos al FBI. ¡No sabemos hasta dónde llega esto!

Sorprendidos vieron que no iban hacia el puente, sino que se dirigían hacia el puerto. Cameron observándoles dejó el móvil en su mano. —Van a uno de los trasteros de alquiler.

No queriendo acercarse más detuvieron el vehículo al final del puerto y se bajaron del coche. Detrás de un contenedor vieron como metían varias maletas de marca dentro del maletero del coche donde iban los Duncan mientras los demás vigilaban. —Sí, esto es muy gordo —dijo Cameron

fríamente.

—Quieren mi fábrica para distribuir.

—Exacto. —Miró de reojo a su amigo. —Cuidado John, no pierdas los nervios o podemos acabar todos muertos.

—Vamos, aquí nos van a ver.

Regresaron al coche a toda prisa y lo escondieron en un callejón. Les observaron pasar y John esperó unos segundos antes de seguirles. Detuvo el coche en seco cuando un vehículo negro les bloqueó el paso y en ese momento se bajó un hombre en vaqueros con pinta de delincuente y con una placa colgando del cuello. Furioso se acercó a su coche. —¡Largo de aquí! ¡Vais a estropearlo todo, joder!

Asombrados vieron que subía al coche negro de nuevo antes de salir quemando yanta.

Cameron giró la cabeza hacia John. —Creo que el FBI ya lo sabe.

—Pues si lo sabe, ¿por qué no impidieron que mataran a Sybil? —gritó fuera de sí antes de golpear el volante.

Cameron suspiró. —Les cogerán.

—Pero no es suficiente —dijo con rabia arrancando el coche de nuevo.

La noticia de la detención de un peligroso cártel apareció en todos los noticiarios apenas cinco horas después y todos sentados ante el televisor en casa de Cameron no perdieron detalle de como los Duncan esposados sonreían a la cámara mientras les llevaban a la comisaría.

—¿Ese hombre mató a mi hija? —preguntó Lori con rabia—. ¿Ese cabrón que se ríe mató a mi hija?

—Cariño, por favor... —Robert la abrazó mientras su mujer se echaba a llorar desgarrada. —Cálmate.

John se apretaba las manos mirando la televisión y Cameron le miró de reojo porque sabía que estaba a punto de hacer una tontería. Llamaron a la puerta y la chica que limpiaba la casa abrió de inmediato. Cameron se levantó del sofá y Rodolfo asintió. —Tenemos pruebas en su contra.

—¡Bien! —exclamó Cameron aliviado.

—Pero no podemos utilizarlas.

John se levantó lentamente. —¿Qué has dicho?

—Tenemos su ADN por las uñas de Sybil. Tenemos sangre de Sybil en tu coche. Y en el cuerpo del chófer también había pruebas físicas. Incluso hemos encontrado un video donde el esbirro de los Duncan está subiéndose al coche poco después de que Sybil saliera de la empresa. Todo está cerrado,

pero no podemos utilizarlo porque... —Miró a Cameron a los ojos. —Joder, no sé cómo decir esto. La razón por la que no podemos utilizarlo es porque no quiero ponerla en peligro en el futuro con un caso de esta envergadura, así que dejaré que trabaje el FBI y cerraré el caso. —Al ver que no comprendían carraspeó. —Se ha despertado.

Cameron sonrió. —¿Tiene secuelas?

—Ha preguntado por Lori. —Lori levantó la vista demostrando que no había escuchado una palabra y a Robert se le cortó el aliento viendo como Rodolfo sonreía. —Ha preguntado por su madre.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Denise asombrada.

—Teníamos que protegerla. Es una testigo que creían que estaba muerta. Debían seguir pensando que era así.

Lori se llevó una mano al pecho asombrada. —¿Mi hija está viva?

—Está en una clínica de Staten Island. Está viva y quiere verte.

Su madre se echó a llorar y Denise chilló de la alegría abrazando a Cameron. John se sentó en el sillón como si estuviera derrotado pasándose las manos por su cabello una y otra vez. Cameron besó a su mujer en los labios y al apartarse vio cómo su amigo estaba hundido. Denise perdió la sonrisa poco a poco y se sentó en el brazo del sillón a su lado. —Se pondrá bien.

—Sí. —Forzó una sonrisa apretándose las manos. —Es una noticia

maravillosa. La más increíble que escuchado en mi vida. —Miró a Lori con los ojos empañados. —Me alegro muchísimo por vosotros.

—Gracias —dijo emocionada levantándose—. Quiero verla. Quiero ver a mi niña.

—Sí, por favor—dijo Robert aún impresionado.

Todos siguieron a Rodolfo y Cameron se quedó mirando a su amigo. —Vamos, John.

—No. —Se apretó las manos de nuevo. —Id vosotros. Yo no pinto nada allí.

Denise sonrió. —Claro que sí, se alegrará de verte. —Le acarició la espalda.

—Eres de la familia —dijo Cameron preocupado—. ¿No estás deseando verla?

John le miró a los ojos torturado. —Sabes que sí. Pero no puede ser. Si está así es por mi culpa. —Se levantó y salió del piso a toda prisa.

—¡John no te vayas! —Cameron frustrado miró a su esposa que le abrazó por la cintura. —Está hecho polvo.

—Se calmará en cuanto vaya mejorando. —Cogió su bolso y sonrió. —Vamos a verla.

Su marido respondió a su sonrisa cogiéndola por la cintura. —Sí,

vamos a ver a mi hermana.

Sybil soltó una risita cuando su hermano le pintó el dedo gordo con el rotulador.

—¡Estate quieto, David! —protestó su madre al ver que después de pintarrapear la escayola se había dedicado a ponerle topitos en los dedos.

—Es un artista. —Levantó la vista hasta su madre. —Tengo sed.

—Oh, sí. —Acercó un vaso hacia ella y le puso la pajita en sus labios.

—Sí, mamá. Soy un artista. Quiero ir a clases de arte.

Lori puso los ojos en blanco. —¿Y el tenis?

—También.

—Ya, claro. ¿Y el beisbol?

Su hermano frunció el ceño con el rotulador en alto. —También.

—No puedes hacerlo todo.

—Dejo el cole.

—¡No! —exclamaron las dos a la vez.

—Bah, sois unas aburridas. Me voy a jugar a la consola de Cameron.

—Casi cuela. ¡Los deberes, David!

—Jo, Robert y Sean están jugando...

Una de las enfermeras que había contratado Cameron entró en ese momento con la merienda y David estiró el cuello para ver lo que había en la bandeja. Como era manzana, un yogurt y un zumo chasqueó la lengua. —¿Por qué siempre merienda lo mismo? A mi hermana le gusta la crema de cacahuete.

La mujer que tenía la edad de Lori y era madre de tres niños levantó una ceja. —Pero tu hermana no se mueve. Hay que controlarle más la dieta para que cuando le quiten la armadura no tenga diez kilos más.

David lo pensó. —Bah, está muy delgada. No se notarían.

—Enano tienes que salir. Katie tiene que ayudarme —dijo sonriendo. David se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Vale. Te quiero. —Salió corriendo antes de gritar —¡Ya estoy de vuelta! ¡Quiero un mando!

—Cameron nos va a terminar echando —dijo Lori cerrando la puerta y perdiendo la sonrisa al ver que su hija se había puesto pálida—. Cielo, ¿qué ocurre?

Katie a toda prisa apartó la sábana que la cubría mostrando sus piernas y su brazo escayolado. En la mano derecha tenía varios dedos rotos pero el brazo se había librado. De manera profesional susurró —¿Dónde te duele?

—Abajo. La sonda. —Cerró los ojos como si ya no pudiera más y Lori

se acercó de inmediato acariciándole la frente.

—Mierda, tengo que volver a ponerla —dijo la enfermera haciéndola gemir.

—¿Es necesario? —preguntó su madre preocupada—. Lleva semanas con ella y...

—Para colocar la echata tiene que forzar la cadera y no es lo mejor en este caso.

Lori apretó los labios y la besó en la mejilla. —Solo queda una semana. Con todo lo que has pasado esto no es nada. —Besó la cicatriz que tenía en la sien y se incorporó forzando una sonrisa. —¿Sabes qué? En cuanto puedas nos iremos de vacaciones toda la familia. Cameron ya lo está organizando. En yate.

—Es estupendo —dijo antes de gemir de dolor cuando la enfermera le metió la sonda.

—¿Quieres que ponga la tele mientras meriendas? —preguntó Katie.

—No, gracias.

Las mujeres se miraron preocupadas y Katie le dio la merienda poco a poco. No pudo comer ni la mitad. La enfermera le puso la medicación y le hizo un gesto a Lori para que saliera. —¿Qué ocurre? —preguntó su madre preocupada—. Lleva unos días muy triste cuando los niños no están delante.

—Está agotada. Lo he visto antes. No ve los resultados y empieza a deprimirse porque tiene la sensación de que el dolor y todo lo demás no va a acabar nunca.

—¿Qué podemos hacer?

Katie apretó los labios. —Necesita algo que la motive.

—Pero es que no puede hacer nada y...

—¿Y un amigo o alguien que no la haya visitado?

Lori entrecerró los ojos. —Solo necesitamos alguien que la motive, ¿no? No tiene por qué ser amigo.

—Bueno, no vaya a traerme a alguien que me la hunda más.

La madre de Sybil sonrió maliciosa. —No, qué va... Si le va a encantar la visita.

Capítulo 8

—¿Es una broma?

Cameron, Denise y Lori que acababan de invadir su despacho interrumpiendo una reunión negaron con la cabeza. —Y tiene que ser ya. Que mi niña se está deprimiendo.

John no salía de su asombro. —A ver si lo he entendido bien. ¿Queréis que vaya a ver a Sybil, que ha pasado por un puto infierno, para provocarla?

Lori sonrió de oreja a oreja. —¡Exacto! Lo has pillado.

—¡Vosotros no estáis bien de la cabeza! —exclamó levantándose.

—Mira tío, todavía le queda una semana de escayolas y después sí que vivirá un infierno de rehabilitación. Ahora necesita fuerzas y tú se las vas a dar.

—¿Cómo? —preguntó sin salir de su asombro por lo que le proponían.

Los tres se miraron los unos a los otros. —Queremos que vayas a visitarla y te comportes como lo que ella cree que eres. Un borde —dijo Denise reprimiendo la risa.

—Mira, olvidadme.

—Ah, no. Esta es tu penitencia —dijo Lori poniendo las manos en su escritorio—. Tú que estabas loco por mi hija, le hiciste creer que pasabas de ella. ¡Si vas ahora de caballero andante no se lo tragará, porque no te ha visto el careto en cinco puñeteras semanas! —le gritó a la cara—. ¡Así que irás a verla y la motivarás como tú sabes para que salga adelante! —Le cogió por la corbata acercándole a su rostro. —¡Y más te vale que no le hagas daño porque si no te corto los huevos! ¿Me has entendido? —gritó desgañitada.

—Pues no mucho, la verdad —dijo como si nada.

Cameron bufó. —Vete a visitarla, pero no le demuestres lo que sientes por ella. Eso es todo. Háblale de trabajo.

—¡Estarás de coña! —dijo ofendido—. ¡Hasta yo tengo un mínimo de sensibilidad!

—Pero ella no lo sabe. ¿O sí?

Gruñó levantándose de nuevo y caminó hasta el ventanal volviéndose hacia ellos nervioso. Era evidente que se moría por verla y esa era la excusa que necesitaba. Cameron sonrió cruzándose de brazos.

—¿Seguro que es necesario?

—Recomendación médica. No te digo más —dijo Denise divertida.

—Ah, pues si es así... Voy después del trabajo.

Sybil forzó una sonrisa a su hermano Robert, que dejó el libro que le estaba leyendo. —Lo siento, mamá lo hace mejor.

—No es eso. Lees estupendamente, pero estoy cansada.

—¿Llamo a Katie?

—No, gracias. Voy a dormir un rato.

—Últimamente duermes mucho. —Su hermano se levantó dejando el libro sobre la mesilla de noche. —¿Estás bien?

No sabía qué responder a esa pregunta y levantó una de sus cejas rubias haciéndole reír. —Vale, lo pillo. Ya verás, en nada de tiempo volverás a ser la de siempre.

Le parecía algo imposible pero no quería disgustarle. Robert la besó en la frente. —Descansa.

—Deja ganar a David de vez en cuando.

—Tiene que aprender a perder. Tú le dejas ganar y yo le gano. Esto va así.

Sonrió mientras salía de la habitación y suspiró mirando el techo donde su familia le había pegado varias fotografías de todos a los que conocía. Bueno de todos no. Faltaba una y apretó los labios cerrando los ojos.

La puerta se abrió y Sybil abrió los ojos para mirar hacia allí, parpadeando de la impresión cuando vio en la puerta a John vestido con un traje azul. Dios, estaba guapísimo y durante una décima de segundo se preguntó si era un sueño hasta que él se acercó a su cama. Frunció el ceño sobre su cara mirándola a los ojos. —¿Me reconoces? —¡Estaba allí! Asombrada asintió. —¿Y puedes hablar?

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Sí, ya veo que puedes hablar. Pues visitarte —dijo como si nada sentándose en la cama a su lado. Frunció el ceño al chocar con algo duro y con el puño cerrado dio dos golpecitos sobre la escayola de su brazo. —Vaya, ¿estás escayolada de arriba abajo?

—¡No!

—Ah.

Miró su torso cubierto por la sábana y a Sybil se le cortó el aliento. —
¡Ni te atrevas!

La miro a la cara y a la cabeza. —Tienes pelo.

—¿Y por qué no iba a tenerlo?

—Creía que tenías algo en la cabeza.

—Mi cabeza está muy bien, gracias. Fue una triquiñuela de la policía.

—Ah, para fingir tu muerte.

—Exacto.

John chasqueó la lengua como si le importara un pito. —Y bueno, ¿cuánto vas a estar así?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa —respondió ofendido—. Cuanto más tardes en regresar al trabajo...

Ese hombre no estaba muy bien de la cabeza. —¡Unos mafiosos casi me matan!

—Ya. Pero si te espabilaras un poco... La fiesta de Navidad fue una mierda.

—¿Perdón?

—La dejaste a la mitad. Y lo del garaje no fue buena idea. Tuvimos que ir con abrigos.

—¡Deje encargados unos calefactores!

—Ah, pues no llegaron.

—¿Y a mí qué me importa?

—No, si yo te informo... —Cogió el libro. —¿Cómo lees?

Sybil se había quedado en silencio pensando en que nadie le informaba de nada. Pero John no tendría problema en soltarle la verdad a bocajarro.

—¿Sybil?

Le miró a los ojos. —¿Qué ha ocurrido con los Duncan?

John se tensó dejando el libro sobre la mesilla. —¿Qué sabes?

—Que les detuvieron. Me lo dijo Rodolfo para que me quedara tranquila, pero no quieren contarme nada más. Se hacen los tontos. Y Rodolfo ya no se pasa por aquí.

—Pues por algo será. Que no te lo cuenten, quiero decir. ¿No has pensado en eso? —preguntó con ironía.

Entrecerró los ojos con ganas de matarle. —O lo sueltas o...

Sonrió divertido. —¿O?

Levantó el brazo golpeándole en el hombro con la escayola. La miró sorprendido. —Nena, ¿se te está yendo la cabeza? ¡Eso duele! —Le golpeó de nuevo y John le cogió el brazo colocándolo sobre la cama. —¡No voy a decirte una mierda!

Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas de la frustración y John negó con la cabeza. —Ni se te ocurra llorar.

—Vete.

—Échame si puedes.

—Muy gracioso. —Una lágrima corrió por su mejilla y él juró por lo bajo extendiendo la mano para coger un tissue de la caja.

—Están en la cárcel, ¿de acuerdo?

Lo miró sorprendida. —¿En la cárcel?

—En una cárcel de máxima seguridad en Tennesse. Y no saldrán nunca. De eso se ha encargado el FBI que les ha implicado en unos cuantos delitos. Entre otros un par de asesinatos allí que fueron muy mediáticos. No tienes que preocuparte por ellos, nena. Ni siquiera saben que estás viva. Rodolfo cerró el caso como si nada. El fiscal cerró el pico porque no quería luchar contra los federales por el caso. Todo está bien.

—¿Cadena perpetua?

—Sí —siseó John como si no fuera suficiente—. No volverán a hacerte daño, te lo juro.

Suspiró del alivio mirando hacia arriba. —¿Qué has hecho con la empresa? No la venderías, ¿verdad?

—La he ampliado.

Sonrió porque eso era muy propio de John. Nunca cedía. Le miró a los ojos y él carraspeó levantándose de la cama. No, estaba claro que nunca cedía. —¿Qué ocurrió con Manuel?

Se pasó la mano por el cuello. —Le mataron.

—Le amenazaron para que me recogiera, ¿verdad?

—No lo sabemos, nena. Pero no tenía ingresos de más en sus cuentas.

Ella asintió mirando el techo. —Me caía bien. Su familia...

—Joder, ¿en serio te preocupas por un tío que casi provoca que te maten?

—Sí, me preocupo. Creo que era un buen hombre que solo estaba asustado.

John apretó los labios. —Me he encargado de su esposa y de sus hijos. No saben nada de lo que ocurrió. Rodolfo no quiso decírselo para que no se asustaran. Han recibido un buen dinero como si fuera por parte del seguro.

Tomó aire mirando las fotografías y él miró hacia arriba. Se sentó a su lado viendo a un montón de gente. Incluso estaba Angelica. Pero él no estaba. —El psicólogo me ha dicho que así vería lo que me espera fuera —susurró ella—. Son mis amigos y mi familia. Lo que me espera después de esta mierda.

—Ah, pues... —Salió de la habitación y Sybil miró hacia la puerta confundida. John regresó con un periódico en la mano y recortó la primera página. Cogió la cinta adhesiva que había sobre la mesilla y recortó varios trozos antes de coger una silla, acercarla a la cama y subirse en ella. Sybil levantó una ceja cuando se apartó. Una foto de John ante la puerta de la empresa anunciaba que había hecho una opa hostil contra los Kennedy. Abrió los ojos como platos. —Esto es lo que te espera al salir.

—¿Qué has hecho?

—Tenías razón. Intentaban joderme. Y no me tomo muy bien esas cosas. Y suerte han tenido de no acabar en la cárcel. —Miró el techo satisfecho. —Joder, qué bien salgo en esa foto. Se me van a rifar.

Ella giró la cabeza mirándole como si le hubieran salido cuernos. Sería capullo. John sonrió. —Bueno, yo me largo. Tengo cosas que hacer.

—¿No me digas? ¿Alguna cena de negocios?

—Algo así.

Algo así. Sus dientes rechinaron mientras sus ojos lanzaban puñales. John fue hacia la puerta y ésta se abrió. Katie entraba con la bandeja de su merienda. Cogió un pedazo de manzana y le dio un mordisco. —¿Era para mí!

—Comételo todo. Estás muy flaca.

Jadeó indignada y John salió de la habitación suspirando del alivio como si hubiera hecho un maratón. Lori y Cameron sonrieron levantando los pulgares. Menos mal que no había metido la pata. —Muy bien, muy bien —susurró Lori cogiéndole del brazo.

—¡Mamá! ¡Quiero un sándwich de mantequilla de cacahuete! ¡Y patatas fritas! ¡Estoy harta de fruta!

Lori le miró emocionada. —Gracias, gracias. —Corrió hacia el pasillo. —Cielo, no puedes comer esas cosas.

—¡Y una Coca-Cola!

John estaba a punto de regresar a la habitación al oírla protestar. —Tú ya has hecho bastante —dijo Cameron tirando de él hacia el salón.

—¿Seguro? Puedo...

—Mañana vuelves.

—¿Debería?

—Por supuesto. —Denise reprimió la risa y Cameron la advirtió con la mirada. —Mañana le das otra dosis.

Abrió la puerta de su piso y John se resistía a irse. —¿Nos tomamos una cerveza?

—Mejor que no. Si te oye desde su habitación, podría mosquearse.

—Sí, claro. Hasta mañana.

Le dio una palmada en la espalda. —Hasta mañana. Y gracias.

Cerró la puerta ante sus narices y Denise hizo una mueca. —Cariño...

—Poco a poco, cielo. Todavía está delicada. Dejemos que se conozcan realmente.

—Tienes razón. Hay tiempo. —Le dio un beso en los labios y él acarició su vientre.

—¿Cómo vas?

—Perfecta.

—Creo que antes de que nazca tendremos boda.

—¿Tú crees? Cariño, tu hermana ha pasado por mucho.

—Lo sé. Pero... joder, se merecen ser felices, ¿no?

—¿Cómo nosotros?

—Como nosotros.

Gruñó a su enfermera cuando le llevó el desayuno y ésta jadeó indignada. —¡Oye niña, no te pases que te restrinjo las visitas!

Se puso como un tomate. —No tiene gracia. —Lori se echó a reír desde la puerta. —Buenos días, mamá.

—Buenos días, cielo. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Está gruñona. —Sonrió guiñándole un ojo sin que la viera Sybil.

—Ah no, pues eso no puede ser. Venga, a desayunar.

—Mamá puedes dormir en casa. Los chicos te echarán de menos. Y papá.

—Están encantados de que esté aquí, te lo aseguro. Hacen lo que les da la gana. Ayer por la noche llamé a Robert y estaba discutiendo con David que

se estaba comiendo un helado.

—¿Ves? Necesitan mano firme, mamá. Y yo ya estoy bien.

Katie le metió la cucharada de cereales en la boca mientras su madre miraba de arriba abajo su maltratado cuerpo. —Mejor espero un poquito. Ya pondré orden el mes que viene.

Escucharon que llamaban a la puerta principal y Lori escuchó decir a Denise —¡Ya voy yo!

—¿Está en casa? ¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana. Esta noche has dormido mucho.

—Es que me duele mucho menos —dijo con la boca llena con mucho apetito—. ¿Y quién está en la empresa?

—Cameron se fue hace horas y tiene secretarias nuevas. No son como nosotras, pero se apañará.

—Mamá... —dijo preocupada.

—No pienses en ello, ¿me oyes?

—¿En qué no tiene que pensar?

Sybil se atragantó con los cereales intentando toser y Katie chilló tirando el cuenco a la bandeja. —¡Ayudadme a incorporarla!

John pálido se acercó en dos zancadas metiendo un brazo tras su

espalda con cuidado para incorporarla.

Al fin consiguió respirar y todos suspiraron del alivio. John le acarició la espalda desnuda y con delicadeza le subió la sábana para cubrir sus pechos que habían quedado al descubierto. —Ya podemos tumbarla —dijo la enfermera suavemente.

Sybil con los ojos cerrados respiró del alivio. —Lo siento.

—¿Qué sientes, cielo? —preguntó su madre aún con el susto en el cuerpo.

Abrió los ojos. —Pegaros estos sustos.

—Es parte de la recuperación. No lo haces a propósito —dijo John preocupado—. ¿O sí?

—¡Claro que no!

—Pues entonces no digas tonterías. —Se sentó a su lado como si tuviera todo el derecho del mundo.

Lori reprimió la risa y dijo —Katie, ¿vamos a por otro cuenco?

Sybil frunció el ceño. —¿Tenéis que ir las dos?

—Es que quiero comentarle algo que me ha salido en la espalda —dijo su madre saliendo de la habitación.

—Deben pensar que soy tonta —dijo por lo bajo haciendo que John levantara una ceja.

—¿Y por qué crees que quieren dejarnos solos?

—Para que limemos asperezas. Como no has venido a verme en semanas, ahora tienes que pagar. ¿O no? Esto es cosa de Cameron.

—Pues no.

—¿Por qué vienes a verme?

—Pues si te digo la verdad tenía un desayuno de trabajo aquí cerca y he venido pensando que Cameron estaba contigo.

—Ah. Así que has venido a gorronear otro desayuno.

—Más o menos.

Sería capullo. —Pues la cocina está al otro lado del salón.

—Lo sé. La doncella ya me lo está preparando. —Gruñó mirando el techo, pero hasta allí estaba ahora y con una sonrisa que robaba el aliento. —
¿Te aburres?

—Bastante. —Le miró a los ojos. —¿Por qué?

—No, por nada.

—Es que tú eres muy capaz de ponerme a trabajar.

—No me des ideas... —La miró malicioso y Sybil sonrió sin poder evitarlo.

—Total para el caso que me hacías.

John perdió la sonrisa. —Puede que no creas que eras valiosa en el trabajo, pero en el poco tiempo que estuviste sí que te hice caso en muchas cosas.

—Lo sé. Angelica me dijo lo de los Emiratos árabes.

—Y tu informe de los Kennedy me reveló muchas cosas.

Le miró extrañada. —¿Me estás haciendo la pelota?

—¿Estás loca?

—¿Y por qué nunca me dijiste que hacía un buen trabajo?

John gruñó. —¿Para que te me tiraras encima? Bastante te animabas sola.

Se puso como un tomate. —Capullo.

—Sí, preciosa... pero si no te llego a frenar, me violabas en el coche.

Jadeó indignada. —¡Te aseguro que eso no pasaría de nuevo! ¡Imbécil!
¡Y me animó Denise!

A John se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—¡Fue Denise la que me dijo que me lanzara en el restaurante! ¡Qué te pusiera celoso! ¡Decía que si nunca me dabas las gracias, es que te sentías atraído por mí o algo así! ¡Y que si te ponías celoso, que te pusiste, tenía que besarte en el coche!

—¿No me digas? —preguntó con ganas de matar a alguien—. Así que Denise te ánimo. ¿Y Cameron no lo sabía?

Confundida preguntó —¿Cómo?

—¿Qué nos han tomado el pelo, Sybil! —Furioso se levantó y fue hasta el salón donde Denise colgaba el teléfono en ese momento forzando una sonrisa. —Todo fue idea vuestra, ¿verdad?

—No tengo ni idea de qué hablas. ¡Lori!

La señaló con el dedo. —Tú te empeñaste en que trabajara conmigo. ¡Todo fue idea tuya!

—Sí, ¿y?

—¿Y tú la animaste a que me besara! —gritó alterado—. ¡Mientras tú estabas en el baño con ella, tu marido me decía que me cortaría los huevos si me acercaba a Sybil! ¡Lo planeasteis todo para tomarme el pelo porque me metí en vuestra relación!

Lori salió de la cocina con una bandeja en la mano y pasó de largo haciéndose la loca. John la miró asombrado. —¿Tú también estabas en el asunto?

La madre de Sybil se detuvo a regañadientes y le miró forzando una sonrisa. —Bah, era una bromilla de nada.

—¿Una bromilla de nada? —Se volvió hacia Denise que parecía muy

arrepentida. —¡Todo lo que hice en su momento fue para ayudaros! ¡No para burlarme de vosotros!

—Lo sabemos, y estamos muy arrepentidos. —Denise se apretó las manos. —Pero es que no teníamos muchos datos.

—¿Datos?

—Claro, como que a ti te gustaba tanto y que a ella le gustabas más o menos de la misma manera. Que te resistirías y que a ella le pasara... eso. — Se cruzó de brazos mirándole indignada. —La verdad es que menuda fuerza de voluntad tienes, porque para resistirte a Sybil...

—¡Lo dice la que era casi virgen cuando se casó!

Jadeó indignada. —¿Y tú cómo sabes eso?

Lori se puso como un tomate. —Uy, en la boda bebí mucho champán. Voy a llevarle los cereales que se enfrían y...

John la señaló con el dedo. —¡Dejadnos en paz!

Denise levantó la barbilla. —Puede.

—¿Cómo que puede? —gritó a los cuatro vientos.

—¡A mí no me grites! ¡Si no fuera por mí y por Lori no la hubieras visto más después de la boda!

Entrecerró los ojos. —Explícame eso.

Denise suspiró sentándose en el sofá. —El día antes de la boda Lori me llamó llorando. Había visto unos folletos en la habitación de Sybil e información sobre qué hacer cuando se es cooperante. Se puso de los nervios solo de pensar que su hija podía pasar peligro. —Sonrió con tristeza. —¿No es irónico? —John asintió sentándose ante ella. —Entonces hiciste el brindis en mi boda. Yo tenía la espinita de que te metieras en nuestra relación y vi como ella chasqueaba la lengua como si no pudiera soportarte. Se me ocurrió una idea. Decirle que Cameron esperaba mucho de ella y ofrecerle mi trabajo contigo. Lo hablé con Lori durante el baile y de pronto vimos cómo te miraba. Tú bailabas con otra, creía que no la veía nadie, así que no se cortó en devorarte con los ojos. Simulaba que no te soportaba porque no le hacías caso.

John sonrió. —Lo sé.

—Entonces Lori se quería echar atrás, pero yo le dije que ni hablar. Que de todas maneras el plan tendría éxito. Ella se quedaría y que si de paso os enamorabais, pues mucho mejor.

—¿Entonces por qué frenarme?

—Eso fue idea de Cameron. No podrías resistirte a la relación, pero así sabrías que la querías antes de dar el paso. Si os acostabais, era porque tenías que quererla. Pero después ocurrió lo de su desaparición...

La puerta principal se abrió y Cameron entró a toda prisa. —¿Qué? ¿Qué pasa?

John sonrió levantándose antes de pegarle un puñetazo a Cameron que le tiró sobre el sofá. Denise chilló levantándose para acercarse a su marido.

—Ahora escuchadme bien. ¡No volváis a meter las narices en lo nuestro! —gritó furioso antes de ir hacia la habitación de Sybil.

Cameron sonrió desde el sofá antes de mover la barbilla de un lado a otro. —No ha ido mal.

Denise soltó una risita. —Pues no. Podía haber sido mucho peor. Podría haber aniquilado tu empresa. —Chasqueó la lengua. —Ya sabes cómo es con las venganzas, así que debe quererte muchísimo, cielo. Hemos salido muy bien librados.

Capítulo 9

John entró en la habitación donde Lori estaba escuchando descaradamente mientras Sybil intentaba incorporarse sin ningún fruto—. ¿Nos puedes dejar solos? ¿O también quieres escuchar esto?

Levantó la barbilla. —Tiene que desayunar.

—¿Qué ocurre? Mierda, este piso es tan grande que no se escucha bien. ¿Discutías con Denise?

Él tomó aire mirándola fijamente y Sybil le observó con desconfianza. —¿Qué te pasa? ¿Estás teniendo una de esas crisis del ejecutivo? —Lori le metió la cucharada en la boca sin perder palabra y Sybil masticó rápidamente. —¿Por qué decías que nos habían tomado el pelo? —Lori le metió otra cucharada.

—¡La vas a ahogar!

—Oye, he dado de comer a cuatro hijos. ¡Sé de sobra lo que hago!

—¿No me digas? ¿Siempre?

—Estás cabreado porque no luchaste por ella. No nos echas a nosotros

la culpa.

John palideció mirando los ojos azules de Lori que enseguida se arrepintió de sus palabras. Iba a decir algo cuando éste levantó una mano interrumpiéndola. —Tienes razón. No te disculpes.

—John, ¿qué pasa? —preguntó Sybil sin entender nada.

Él cogió sus dedos que sobresalían de la escayola y a Sybil se le cortó el aliento cuando la miró a los ojos. —Sé que seguramente piensas que estoy algo loco, pero ahí va. Sybil, ¿quieres casarte conmigo?

Dejó caer la mandíbula del asombro mientras su corazón daba un vuelco. —¿Me estás pidiendo matrimonio sin que nos hayamos acostado, sin una cita siquiera y escayolada de pies a cabeza?

Él carraspeó. —Es que me ha pillado desprevenido.

—¡Pues imagínate a mí! —gritó asombrada antes de mirar a su madre que sonreía de oreja a oreja—. ¡Di algo!

—No, cielo. Eres tú la que tienes que decir que sí o que no. Yo ahí no me meto.

Sybil le miró a los ojos y siseó —Fuera.

—¿Eso es que no? ¿O que lo vas a pensar y que vuelva luego?

—¡Largo de mi vida!

—Eso ha sido más claro. Pero nena, piensa que hemos pasado por

mucho y...

—¿Pero por qué has pasado tú si puede saberse? —gritó a los cuatro vientos.

—Oye, que a mí todo esto también me ha afectado.

—¿Pues no sé por qué? ¡Porque la última vez que me dirigiste la palabra, me dijiste que era totalmente prescindible! ¡Y las cinco semanas que no apareciste por aquí me demostraron que hablabas en serio!

—¿Que le dijiste qué? —preguntó Lori con ganas de matarle.

—¡Estaba cabreado! Intentaba seducirme.

—Uy, perdona... —dijo Sybil indignada—. Tranquilo que la próxima vez seduciré a otro.

—Muy graciosa. Vale, no te lo has tomado bien. Lo entiendo. Han sido muchas cosas. Pero es que todo ha salido a la luz y es un alivio. —Sybil no entendía una palabra. —Me he precipitado.

—¡Y tanto!

—Claro, antes tengo que demostrarte que te quiero. —Sonrió encantado de la vida mientras Sybil no se lo podía creer sintiendo que su corazón se le iba a salir del pecho. Él se agachó y le dio un beso en los labios. —Vuelvo luego y empiezo. No hay problema. Descansa un poco.

Atónita vio que se largaba y giró la cabeza para mirar a su madre que

soltó una risita. —Te quiere.

—¡Es mentira, mamá!

—Sí, sí que te quiere. Está como Cameron cuando intentaba arreglarlo con Denise.

Frunció el ceño sintiendo que su corazón retumbaba en su pecho, pero no quiso confiarse. —¿Tú crees?

—Claro que sí. Ahora vamos a ponerte guapa que tienes una cita.

—No tengo una cita. ¡Y no podría ponerme guapa en la vida con todo esto!

Su hermano entró en su habitación. —¿Qué coño haces tú aquí? Vas a llevar la empresa a la ruina. —Entrecerró los ojos. —¿Y qué te ha pasado en la mejilla?

—Como no te lo ha dicho él, vamos a hablar.

—¿Hablar? —Lori le metió la cucharada en la boca. —No quiero más, mamá.

—Tienes que comer. Tienes que recuperar fuerzas. Las vas a necesitar.

Cameron sonrió y les miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Qué pasa aquí? Todos estáis rarísimos.

—Pues cuando acabe, creerás que nos falta un tornillo.

Sybil parpadeó gimiendo antes de cerrar los ojos. —Dejadme sola.

—Cielo, ¿no quieres hablar de esto?

—¡No hay nada de qué hablar, mamá! ¡Me has manipulado de nuevo!

Lori jadeó indignada. —Yo nunca te he manipulado. —La fulminó con la mirada. —Solo te guío por el camino correcto.

—Si pudiera levantarme de la cama...

—Sybil no te enfades —dijo Cameron acercándose preocupado—. ¡Lo hicimos por vosotros!

—¡Ahora estaría en Senegal o en Angola o en donde fuera y no aquí tirada con el corazón roto y con un capullo que ahora dice que quiere casarse conmigo! Capullo que antes no quería ni verme, por cierto.

Denise gimió desde la puerta. —Pero te quiere.

—¿Qué va a quererme? ¿Acaso Cameron pasaría cinco semanas sin verte en un caso así? —Su hermano apretó los labios. —¿Hubiera rechazado que le besaras por conservar la amistad con John? Le hubiera hecho un corte de manga y te hubiera dado un beso que te fundiría los plomos.

—Pues se resistió lo suyo, te lo aseguro.

Los tres asintieron y ella les miró atónita. —Pero si no podéis dejar de meteros mano.

Denise se sonrojó. —Oye maja, que lo dices como si fuéramos monos salidos. —Sybil hizo una mueca y ella jadeó indignada.

Sybil se mordió el labio inferior. —¿Vosotros creéis que...?

—¿Te quiere? —preguntó Cameron dulcemente cogiéndola de la mano —. Te aseguro que sí.

—No puedo creerlo. Pensaba que no le importaba nada.

—Eso es responsabilidad mía. Lo siento.

Negó con la cabeza. Sentía mil emociones en ese momento y no pensaba precipitarse. —Como ha dicho mi madre no luchó por mí. ¿Podéis dejarme sola, por favor?

—Hija...

—Quiero estar sola.

Los tres se miraron antes de salir de la habitación. Suspiró mirando el techo y sus ojos fueron hasta el recorte de periódico que John había colocado allí.

—Si me quisiera, hubiera venido —susurró aún sin creerse todo lo que le habían contado—. Si me quisiera no habría podido evitarlo para asegurarse de que estaba bien.

La sonrisa de John en la foto la tensó y más aún cuando vio la fecha de la parte superior de la hoja. Tenía tres días. Ni siquiera la había visto ese día y sonreía como si fuera el rey del mundo. No parecía nada afectado porque el amor de su vida estuviera tirada en una cama escayolada hasta las orejas. No, no lo parecía en absoluto.

Algo incorporada en la cama, Katie le estaba inyectando en la barriga cuando la puerta se abrió y John entró en la habitación sonriendo de oreja a oreja con un ramo enorme de rosas rojas.

—¿No sabes llamar?

—Lo siento, nena. Es que estaba impaciente por verte. —Se acercó a darle un beso en los labios, pero ella apartó la cara. Él apretó los labios antes de besarla en la mejilla. —¿Cómo estás?

—¿Y a ti qué te importa?

—Al parecer no estás de buen humor. —Le puso delante las rosas. —
¿Te gustan?

Estornudó con fuerza y Katie chilló apartando el ramo de flores. —
¿Eres alérgica?

—No, solo quiere fastidiarme

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Sybil indignada.

—Porque en la boda no soltabas el ramo de novia, nena.

Se sonrojó con fuerza y levantó la barbilla lo que pudo. —Pues deben ser esas rosas.

—Muy bien, no te las traeré más.

—Mejor. ¿Qué quieres?

—Verte —respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

—Pues yo no quiero verte a ti.

—Ya, pero como no puedes impedirme que venga, te fastidias. ¿Has estado tan tocapelotas todo el día?

Katie disimuló una risita y ella la fulminó con la mirada. —¡Quiero cenar!

—Ah, no. De eso me encargo yo. —John sonrió y le subió algo la sábana sobre el pecho sonrojándola por lo que sintió cuando rozó su piel. En ese momento se levantó y abrió la puerta. Dos camareros empujaban dos carritos con cubertería de plata y candelabros con las velas encendidas. Sin poder creérselo en ese momento empezó a escucharse música de violín. Le pusieron delante la mesa que usaba para comer y antes de darse cuenta apareció ante ella una hamburguesa enorme con patatas fritas. Estaba claro que la conocía bien. Él se sentó ante su mesa y el camarero apartó la tapa. Con

curiosidad vio lo que comería él. Raviolis. Se le hizo la boca agua porque hacía semanas que no comía algo así. John levantó una ceja. —¿Quieres probarlos?

—Sí.

Él reprimió la risa pinchando un ravioli y acercó el tenedor a su boca. —Ten cuidado, nena. Está caliente.

Gimió porque estaba delicioso. Antes de darse cuenta Katie le había cambiado el plato a John por la hamburguesa. —Ya que tengo que soportar esto, comerá lo que es más sano. Y no quiero una palabra en contra.

—Lo siento —dijo él divertido cogiendo la hamburguesa con ambas manos.

—¡No!

—¡Ni una palabra!

Le miró con rencor mientras le daba un buen mordisco. Ya le extrañaba a ella que le pusieran hamburguesa. —Katie, quiero un zumo.

—Oh, ahora te lo traigo. Tanto restaurante de lujo y no traen algo decente para beber. ¿Una cerveza, John?

Él asintió masticando. —Gracias, Katie.

En cuanto se fue, John le acercó la hamburguesa y Sybil le dio un buen mordisco. Sonrió masticando con los labios llenos de ketchup y él la miró

como si quisiera devorarla. Perdió la sonrisa poco a poco algo incómoda y agachó la vista tragando. —Gracias.

—Joder nena, no me des las gracias. —La cogió por la nuca y atrapó sus labios besándola como si quisiera fundirse con ella. Cuando se separó acarició su naricilla con la suya. —¿Quieres otro mordisco?

—¿Qué?

Alguien carraspeó tras ellos y John se enderezó. —Hablaba de otro tipo de mordisco —le explicó a la enfermera.

La mujer se sonrojó con fuerza y Sybil reprimió una risita. Él pinchó un ravioli metiéndoselo en la boca antes de sentarse de nuevo y dar un trago a su cerveza sin dejar de mirarla.

—¿Cuándo te quitan eso?

—La semana que viene.

—¿Y después rehabilitación? —Asintió masticando. Estaban buenísimos. Se comería tres platos como ese. —Me imagino que será larga.

Ella perdió algo la sonrisa antes de hacer una mueca. —No lo sé. Cada cuerpo es distinto.

John asintió dejando la cerveza sobre la mesa. —Me han hablado de un sitio en Suiza...

Volvió la cabeza hacia él de golpe. —No voy a separarme de mi

familia. Y ni se te ocurra comentárselo a Cameron.

—Bien. Nena, era una sugerencia. Están especializados en este tipo de casos.

—¿Qué casos? ¿Mujeres a las que les rompen los huesos a golpes?

—No —respondió muy tenso—. Es una clínica especializada en traumatología.

—Aquí también hay buenos especialistas. Es Nueva York. Y tenemos los mejores loqueros del mundo. ¿Era lo siguiente que ibas a sugerir?

—No. Ya sé que viene una psicóloga a verte dos veces por semana.

—Parece que ahora te interesa mucho mi recuperación cuando hace solo tres días te importaba una mierda. Ya me lo han contado todo, ¿sabes?

John enderezó la espalda. —¿No me digas?

—Claro que sí. ¡Tú evitaste decirme lo que pasaba en el salón, pero no soy idiota!

—¿Y qué es eso que sabes que te ha molestado tanto? ¡Porque fui muy claro contigo!

Entrecerró los ojos sintiendo que le faltaba el aliento. —Así que no te importo.

—¡No! ¡Ahí te mentí! ¿Pero qué querías que te dijera? ¡Tenía que alejarte antes de meter la pata hasta el fondo! ¡Ahora a cenar!

Katie le metió el tenedor en la boca de inmediato y ella la miró con rencor. Había perdido el apetito del todo.

—¿Puedes dejarnos solos unos minutos, por favor? —preguntó John muy tenso levantándose y apartando la mesa.

Masticando negó con la cabeza, pero Katie no le hizo ni caso como siempre. Gruñó antes de tragar los raviolis y volvió a gruñir cuando se sentó a su lado apartando su mesa para cogerle la mano. —Nena, me hubiera acostado contigo en la boda. —Se sonrojó de gusto sin poder evitarlo hasta que recordó que se llevó a otra. —No me acosté con ella. Ya sé hasta lo que piensas, joder. Eres transparente. Nena, no me he acostado con nadie desde que te vi por primera vez.

—¿De verdad? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él se acercó para besarla suavemente en los labios. —De verdad. Te quiero y quiero estar contigo. Deseo que seas mi esposa y la madre de mis hijos. —Su voz se enronqueció. —Y me muero por hacerte el amor.

Casi no se lo podía creer, pero parecía totalmente sincero. El vacío que desde hacía semanas estaba instalado en su pecho desapareció y eso le dio esperanzas de que pudieran tener un futuro juntos. Le estaba ofreciendo lo que más quería en la vida, que era despertarse a su lado cada día, formar una familia con él. Emocionada susurró —Quiero tener hijos ya.

A John se le cortó el aliento. —Tienes que recuperarte del todo.

—En cuanto me den el visto bueno, tendremos hijos. Prométemelo.

—Te lo prometo, nena. Si el médico te da el visto bueno no habrá problema. Pero ahora tienes que comer para recuperarte. —Acercó la mesa y pinchó otro ravioli metiéndoselo en la boca mientras se miraban a los ojos.

—¿De verdad este violinista tiene que estar aquí? —gritó Denise exasperada. John y Sybil se echaron a reír y más aún cuando se abrió la puerta. —¿Podemos limitar las citas con música dentro de la habitación?

—Haré lo que pueda.

Su cuñada vio la hamburguesa a medio comer y cogió el plato saliendo de la habitación a toda prisa. —¡Y trae más comida, rácano! Como te pareces a tu amigo.

—¿Te ha llamado rácano? —preguntó con los ojos como platos.

—Serán las hormonas.

—¡Ja, las hormonas! —exclamó su cuñada desde el otro lado con la boca llena—. ¿Dónde está el anillo? ¿Eh?

Sybil levantó una ceja y John sonrió metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. —Quería dártelo cuando te quitaran todo esto, preciosa. Pero esa cotilla me ha dejado en evidencia. —Levantó su mano poniéndole el anillo en el anular. —Todavía no me has dicho que sí, pero haré

todo lo posible para que lo hagas algún día.

Emocionada susurró mirando el precioso diamante en talla brillante montado en platino —Y yo espero decirte que sí algún día. Pero necesito tiempo.

—Lo entiendo, preciosa. —Besó suavemente su labio inferior. —Pero no me hagas esperar mucho porque me muero por amarte.

Movió los dedos después de que le quitaran los hierros. —Dios, qué alivio.

—Pues todavía ni he empezado —dijo su traumatólogo divertido levantando un aparato en el que empezó a girar una especie de disco de acero haciendo un ruido espantoso—. ¿Preparada?

—Con esa cara de chiflado que pone... no —susurró con los ojos como platos mientras él se echaba a reír. Asustada miró a su madre que le cogió la mano.

—Mamá, ¿dónde está John?

—Debe haber mucho tráfico, cielo. Tiene que estar al llegar.

El traumatólogo se posicionó para empezar a rajar la escayola del brazo. —¡Detenga ese chisme! —gritó empezando a asustarse.

El hombre apagó el aparato. —Tranquila Sybil, todo va bien.

—No quiero. ¡No quiero hacerlo así!

Medio histérica quiso sentarse y su madre la abrazó. —No pasa nada, cielo.

—¿Dónde está John? ¿Y Cameron?

En ese momento se abrió la puerta y John sonrió. —Siento llegar tarde.

—¿Dónde estabas? —gritó histérica.

Preocupado se acercó a ella y Lori se apartó. —Ya estoy aquí, preciosa. —Se agachó sobre ella y susurró —No pasa nada.

—Ese ruido... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No quiero hacerlo.

Él acarició su mejilla. —Todo está bien. Estoy aquí.

Cogió la mano que estaba sobre su mejilla. —Sí, estás aquí —susurró como si no se lo creyera.

—Y lo estaré siempre, nena. Eso no lo dudes. —Miró al traumatólogo y asintió sonriéndole. —¿Sabes que hoy Angelica me ha llevado el café frío? Nena, tienes que volver porque tú siempre me lo llevas en su punto.

Jadeó indignada. —¿Quieres que vuelva para que te lleve el café? ¡Vaya, muchas gracias! Estamos en el siglo veintiuno, ¿sabes? Las mujeres estamos emancipadas. ¡Hacemos muchas cosas mejores que llevar café!

Cirujanas, científicas, abogadas... ¡Somos mejores estudiantes! Está demostrado... —John sonrió mientras su madre les observaba fascinada. —Y por cierto, soy tu asistente. No tengo que llevarte el café, ni oír tus quejas ni preparar fiestas de empresa.

—Sí, nena. Fiestas de empresa sí. Aunque no se te dan muy bien.

—¡A mí se me da todo bien! Ya verás el año que viene, te vas a enterar.

—Estoy deseando verlo.

—Seguro que no entendieron mis instrucciones.

—Será eso.

—¿Me estás dando la razón como a los locos?

—No, qué va. Ni se me ocurriría porque me pillarías.

—Sí que te pillaría.

Escucharon un crujido y ella miró su brazo. Asustada ni lo movió y miró a John de nuevo. —Vamos preciosa, estoy aquí.

—¿Y si algo no ha quedado bien?

—Lo solucionaremos si es que ocurre. Pero no tengas miedo de lo que aún no ha pasado, preciosa. Odiaría que vivieras con miedo. Mueve el brazo para mí.

Tomó aire y lentamente dejó que el médico sacara su brazo de la escayola. John apretó los labios al ver lo pálido que estaba. —Vamos allá. — El doctor dobló su codo sujetando su antebrazo y Sybil gimió de dolor. El hombre sonrió. —Muy bien. En unos días estará perfecto.

John sonrió. —¿Ves, nena? No tienes por qué tener miedo.

Le miró a los ojos asustada y él odiaba verla así. Durante todo el proceso estuvo hablando con ella para entretenerla y cuando le quitaron las escayolas el doctor quiso que se levantara. Como estaba desnuda el doctor salió unos minutos para que su madre le pusiera el chándal que le había llevado.

—Espera fuera —dijo algo sonrojada.

Levantó una ceja incrédulo. —¿Es broma?

—¡No, no es broma!

—¡Nena, si lo voy a ver antes o después!

—¡Pero no ahora! ¡Sal cagando leches de aquí que me estás poniendo de los nervios!

Lori reprimió la risa mientras su yerno salía. —Eso cielo, pon los puntos sobre las ies.

—Lo que me faltaba, que me viera en pelotas con esta pinta. —Se apoyó en el brazo sano para sentarse apartando la sábana que la cubría y gimió

mirándose las piernas. No tenían muy buen aspecto llenas de cicatrices. Agachó la mirada sin poder evitarlo.

—Eh... —Su madre le acarició la espalda. —¿Por qué lloras?

—No lloro, estoy viva.

—Exacto. Sigues aquí y vas a casarte con el hombre de tu vida. Es motivo de celebración, cielo. No quiero que estés triste porque nadie, ni unos cabrones asesinos pueden contigo.

Le metió la camiseta por la cabeza y la ayudó a meter los brazos como cuando era niña, cubriendo la horrible cicatriz que recorría su vientre llegando hasta entre sus pechos. Sybil la miró a los ojos. —Él no lo sabe. No la ha visto nunca.

—No le importará.

—¿No? —preguntó emocionada—. ¿Él que solo quiere la perfección?

Lori apretó los labios. —La perfección no existe.

Sybil se mantuvo callada mientras le subía los pantalones y preocupada por su hija fue hasta la puerta donde John entró de inmediato seguido del doctor. Al ver su rostro pálido le cogió la mano. —¿Te duele, preciosa?

Que la llamara preciosa justo en ese momento le sentó como una patada en el estómago, así que agachó la mirada disimulando su disgusto. —

Estoy bien.

—Vamos a ver cómo se comportan esas piernas. ¿Qué tal si primero doblas las rodillas sobre la camilla?

Capítulo 10

Cuando llegaron al piso de Cameron, John la sacó del ascensor empujando la silla de ruedas que le obligaban a usar porque decían que debía ir poco a poco. Había tenido lesiones muy graves y estaba débil. No podría salir corriendo de inmediato. Si es que llegaba a correr. Apoyó el codo sobre el brazo de la silla y bufó sin darse cuenta.

John y Lori se miraron de reojo antes de que su madre fuera a abrir la puerta. Su apuesto y perfecto prometido la metió en el salón y un montón de gente salió de detrás de los sofás. Sybil se sobresaltó cuando gritaron — ¡Sorpresa!

Sus hermanos corrieron hacia ella llevando unos regalos en la mano. —¡Felicidades!

—¿Felicidades por qué?

—Es tu cumpleaños, tonta —dijo David poniéndole el regalo sobre los muslos.

Palideció porque ni se había acordado. —Ya te han quitado la armadura. ¿Te sientes ligera? —preguntó Sean antes de besarla en la mejilla.

—Mucho —dijo sin que le salieran las palabras mientras todos la rodeaban.

Empezaron a hacerle preguntas a la vez y sin poder evitarlo empezó a agobiarse. Miraba de un lado a otro mientras las preguntas no cesaban y su respiración se agitó. La cara de David apareció ante ella. —¿Qué te pasa?

—Sybil, ¿estás bien? —preguntó Cameron con el ceño fruncido.

—Nena...

—¡Hija, respira! —Lori la cogió de la mano.

—Apartaos. —Katie apareció ante ella y la cogió por las mejillas mirándola a los ojos. —Estás teniendo un ataque de pánico. No pasa nada. Ahora respira hondo. —La enfermera lo hizo ante ella y con los ojos llenos de lágrimas intentó imitarla. Katie sonrió tranquilizándola. —Muy bien. Todo está bien. —Respiró varias veces con ella mientras John se pasaba la mano por la boca angustiado por como sufría. —Nada puede hacerte daño. Nada. ¿Me oyes? Estás bien. Sigue respirando. —Robert cogió por la cintura a su mujer que intentaba no llorar. —Ahora vamos a descansar un poco. Ha sido un día duro, ya abriremos los regalos más tarde. —Apartó el regalo de sus piernas dándoselo al niño. —¿De acuerdo?

David asintió mirándola asustado. Sybil se echó a llorar cubriéndose el rostro con las manos y todos la miraron angustiados. John se acercó a ella y

la cogió en brazos pegándola a él. —No pasa nada, nena. —La besó en la sien llevándola hacia la habitación. No pesaba nada y la tumbó con sumo cuidado apartando su cabello de la cara antes de apartar sus manos. —Han sido demasiadas emociones en un solo día. Culpa nuestra.

—Siempre lo estropeo todo.

—Shusss, eso no es cierto.

Le observó en silencio y sorprendiéndole se volvió de costado dándole la espalda. John apretó los labios. —Sybil...

—Quiero dormir. —Se tapó la cara con la mano. —Solo quiero dormir.

Katie asintió y John que no quería dejarla así no le hizo ni caso tumbándose tras ella y abrazándola. La enfermera sonrió saliendo de la habitación. Él miró su espalda unos minutos sin saber qué hacer, pero al escucharla retener el llanto la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Vete.

—No pienso moverme de aquí hasta que estés bien.

—Nunca estaré bien.

La cogió por el hombro y la volvió. —No digas eso. Volverás a ser la de antes, ya verás.

Ella se levantó la camiseta furiosa y John palideció mirando la cicatriz

aún sonrojada. —¡Nunca volveré a ser la de antes! ¡Jamás! ¡Así que si es de esa de la que te has enamorado, vete por donde has venido porque esa Sybil no volverá nunca! ¡Aunque dudo que la quisieras alguna vez porque alguien que quiere no se comporta como tú! —gritó rabiosa sentándose—. ¿Por qué no desapareces de mi vida de una puta vez? ¡No entiendo qué haces aquí!

La cogió por los hombros. —¿No lo entiendes?

—¡No! —le gritó a la cara—. ¡Y no quiero entenderlo! ¡No te quiero a mi lado! No te quiero, ¿me oyes? ¡No te he querido nunca! Solo has sido un hombre que se ha comportado como un cabrón conmigo. ¿Cómo crees que ahora voy a quererte? —Se quitó el anillo tirándolo al otro lado de la habitación. —¡Esto no significa nada! ¡Fue un momento de debilidad! —John perdió todo el color de la cara y más cuando le empujó por los hombros. — ¡Vete de mi vida!

—No me voy a ir a ningún sitio, nena.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Sí que lo harás. Cuando te des cuenta de que esto no va a ningún sitio.

—¿Quieres que te diga hacia dónde va? ¡Va hacia el altar! Me importa una mierda que tengas una pataleta por razones que no quieres explicarme. ¡Eres mi mujer! ¡Y nos vamos a casar para tener un montón de mocosos chillones como tus hermanos!

Jadeó indignada. —¡Mis hermanos no son chillones!

La cogió por la nuca atrapando su boca y Sybil gimió intentando apartarse, pero con la otra mano la cogió por la cintura pegándola a él. La abrazó de tal manera mientras la adoraba con su boca que Sybil se estremeció entre sus brazos sintiéndose protegida. Desde que había vuelto de la muerte, era la primera vez que se sentía así y levantó su brazo acariciando su cuello, respondiendo a su beso al entrelazar sus lenguas. John apartó su rostro para mirarla a la cara y como tenía los ojos cerrados besó su labio inferior una y otra vez susurrando —Te quiero, nena. No sé lo que pasa por esa cabecita tuya, pero haré lo que haga falta para que te des cuenta.

Sybil abrió los ojos. —Tengo miedo.

John apretó las mandíbulas. —Lo sé. —La abrazó a él. —Lo sé, cielo, pero te juro que nada te hará daño de nuevo. Te lo juro por lo más sagrado.

—¿Ni tú?

Él cerró los ojos. —Ni yo. No sabes cómo siento haberte hecho daño en el pasado, pero no volverá a pasar.

—No me falles, John. Por favor, no me falles.

El ruego de su prometida pasó ante su mente en ese momento mientras

miraba los ojos verdes de Rodolfo sentado ante él en su escritorio. —No tiene gracia, amigo.

El suegro de Cameron asintió. —No, no la tiene. Te lo digo a ti en lugar de a Cameron porque vas a casarte con Sybil. Cuando me llamó el agente Stanton del FBI preguntando por el estado de Sybil, me olía que algo no iba bien. Pero tengo amigos y enseguida me enteré de lo que ocurría. Están libres. Su abogado ha presentado un recurso y les han soltado bajo fianza.

John juró por lo bajo levantándose de su asiento. —¡Dijiste que no saldrían de la cárcel! ¡Qué estarían allí de por vida!

—Y era lo que preveía, pero uno de los testigos ha dicho que mintió porque le obligaron y les han soltado porque el resto de los testigos no son muy de fiar.

—Les han amenazado a todos y ahora necesitan a Sybil porque sí es un testigo de fiar, ¿verdad? ¡Y una mierda! ¡A mi mujer no van a exponerla de esta manera! ¿Saben que sigue viva?

—No. Precisamente eso es lo que le da ventaja al FBI.

—Gracias por la información —dijo cogiendo el teléfono.

Rodolfo se levantó mirándole fijamente. —¿Qué vas a hacer, John?

—Lo que tenía que haber hecho cuando me enteré de quienes eran. ¿Seguro que quieres saberlo? Josep sube a mi despacho —dijo al auricular

antes de colgar.

—Ten cuidado, John. Que no dejen pistas. El FBI puede tirarse sobre ti por arrebatarte de las manos un caso en el que han invertido años de trabajo.

Levantó una ceja. —¿Lo apruebas?

—Yo sí vi a Sybil en el hospital. Si alguien le hiciera eso a uno de los míos no lo contaba. Eso te lo juro por lo más sagrado.

—Pues Sybil es uno de los míos. Tranquilo. Conozco a un tipo que es muy de fiar por la cifra adecuada.

Rodolfo asintió. —Perfecto. Un profesional, supongo.

—Uno de los mejores. —Sus ojos se oscurecieron de la rabia. —Y por una prima extra van a pagar con creces todo lo que han hecho. Será el dinero mejor invertido de mi vida.

John llegó al piso de Cameron y sonrió dando el abrigo a la doncella escuchando la risa de Sybil en el salón. —Hoy está muy contenta, señor Follman. Y ha comido muy bien.

—Gracias Betsy.

Entró en el salón y se detuvo en seco al verla tirada en el suelo con una mano en un círculo rojo y el pie en el azul mientras su hermano intentaba pasar

el brazo por encima de ella para poner la mano en uno amarillo. Betsy rió por lo bajo pasando a su lado. La verdad es que era un buen ejercicio, incluso parecía que estaba en buena forma. Sonriendo se acercó a ella y puso las manos en jarras. Su prometida miró hacia arriba y sonrió. —Voy ganando.

—Eso ya lo veo.

—¡Jo, menudo culo más gordo que tienes! —protestó David haciéndola jadear de la indignación.

—Oye enano, tu hermana tiene un culo perfecto.

Sybil sonrió. —Gracias cariño.

—Nena, ¿crees que tardarás mucho? —preguntó con voz ronca mirándole el trasero—. Es que ya te veo en muy buena forma y...

—¿Estáis hablando de sexo? —preguntó Sean desde el sofá antes de pasar la hoja del libro de ciencias.

—No —respondieron los dos a la vez. Sybil le fulminó con la mirada—. Quiere hablar de la rehabilitación.

—Sí, claro —dijo Robert saliendo de la cocina con tres sándwich en un plato.

—¡Comida! —gritó David abandonando el juego.

Sybil se dejó caer sobre el plástico y suspiró del alivio. —Menos mal.

John se agachó y la cogió en brazos caminando hacia la habitación. —

Hora de acostarse un rato.

—Hoy has venido pronto —dijo mirándole con amor y acariciando su cuello—. ¿Estás haciendo pellas, señor Follman?

—Algo así. —La besó suavemente en los labios antes de profundizar el beso mientras la dejaba en la cama.

Ella suspiró cuando se levantó y sonrió con picardía. —Cierra la puerta.

John se echó a reír. —Nena...

—Tú has sacado el tema del sexo.

—Tengo una reunión.

—Mierda de reuniones. —Le miró enfurruñada.

Se sentó a su lado. —¿Qué tal si esta noche salimos por ahí?

Le miró ilusionada. —¿De verdad? ¿Y dormimos en tu casa? —Bajó la voz. —Aquí no hay intimidad.

—Seguramente Cameron pensará lo mismo. —Acarició un mechón de su pelo. —Nena, ya va siendo hora de que te mudes a mi piso.

—¿A tu piso? —Se lo pensó un momento y la verdad es que tenía razón. Ya llevaban allí dos meses y debía estar de ellos hasta el gorro. —Sí, tienes razón.

La miró sorprendido. —¿No vas a discutir?

—No.

—Perfecto. Entonces te mudas esta tarde.

—¿Ya? ¿Y Katie?

—No la necesitas.

—¿Y mi madre?

—La necesitas, pero mejor que regrese a su casa. Tendrás un chófer que te llevará a la rehabilitación a diario.

Al escuchar la palabra chófer palideció. —Mejor voy en metro.

—Ni hablar. —La cogió por la barbilla con delicadeza. —Cielo, después de lo que ha pasado, vamos a llevar seguridad.

—John...

—No pienso arriesgarme a que te vuelva a pasar algo así. Yo también tengo guardaespaldas por recomendación de Rodolfo. Y Cameron está pensando en ponérselo a Denise.

—¿De verdad?

—Mucha gente de nuestro nivel de negocios lo lleva. Lo has visto mil veces en las cenas. El mundo cada vez es más peligroso y debemos protegernos. No te darás ni cuenta, te lo aseguro. Es como una persona que te

acompaña.

La verdad es que así se sentía un poco más segura, pero no quería muletas emocionales para llevar una vida normal. —Dijiste que no querías que viviera con miedo.

—Precisamente para que no vivas con miedo te he buscado una profesional con un curriculum impresionante. Es como cuando pones una alarma en tu casa, cielo. Da tranquilidad.

—Está bien.

Él la besó suavemente en los labios. —Joder, tengo que irme. —Apoyó su frente en la suya. —Estoy deseando que duermas a mi lado.

—Y yo.

—Esta noche, nena. —La besó de nuevo y se levantó. —Llegaré a casa a las seis. ¿De acuerdo? Pídele la llave al portero.

Iba hacia la puerta cuando ella preguntó —Cariño, ¿cuándo vuelvo al trabajo?

Él se volvió levantando una de sus cejas morenas y Sybil le miró con desconfianza. —¿Quién cubre mi puesto? —Le miró con horror. —¿No será Meagan?

—Preciosa he pasado mucho tiempo fuera de la oficina y necesitaba ayuda.

—¡No! —gritó indignada—. Ella no... ¡Dijiste que estabas deseando que volviera!

—Y volverás. Meagan lo ocupa de manera temporal. He sido muy claro con ella.

Entonces se dio cuenta de que no sabía lo que se había dicho en la empresa sobre su desaparición. —¿Saben que...?

—Creen que has tenido un accidente de coche. Rodolfo solo nos interrogó a Angelica y a mí y pude controlar los daños. Así no tendrás que dar explicaciones.

Suspiró del alivio. —Menos mal. —De repente frunció el ceño. — Quiero volver.

—Después del viaje con la familia y la boda, hablamos de eso.

—¡Todavía falta un mes, John!

—Nena, no vas a volver para irte inmediatamente de vacaciones.

Gruñó porque tenía razón. —Pero después vuelvo.

Su prometido reprimió la risa. —Perfecto. Hasta esta noche.

—Vale.

—Preciosa cuando quieras puedes decirme que me quieres.

—Vale.

John gruñó poniendo los ojos en blanco mientras Sybil sonreía satisfecha estirándose en la cama.

Cameron se acercó a él en el club y se sentó a su lado en silencio mientras su amigo colgaba el teléfono. El camarero se acercó en el acto. —Un whisky. Doble.

—Enseguida, señor Birkenshaw.

En cuanto se alejó preguntó —¿Está hecho?

John asintió con un golpe seco de cabeza cogiendo el whisky y elevándolo en un brindis. —Por su falta de salud.

Cameron sonrió. —Pues perfecto. No pareces contento.

—Me hubiera encantado hacerlo yo mismo, te lo aseguro. Esto no da ninguna satisfacción.

—Sí que la da. La seguridad de mi hermana me da toda la satisfacción del mundo.

John suspiró. —Sí, ahora está segura. —Miró el líquido ambarino antes de beber todo el contenido del vaso.

—¿Qué te preocupa?

—No confía en mí. Y no me extraña nada.

—Estás demostrándole que la quieres. Después de todo lo que ha ocurrido, es normal que proteja su corazón, ¿no crees? Mi mujer también tardó un poco en confiar en mí. Eso por no hablar de que a Sybil casi la matan a golpes. Debes tener paciencia. Además, has avanzado mucho, ¿no? Se está mudando a tu casa.

—Sí, pero noto que no se entrega.

Cameron reprimió la risa cuando el camarero dejó el whisky ante él.

—Tú lo que quieres es sexo.

—Pues no estaría de más. Entre su familia y tú no tenemos intimidad.

—La tendrás esta noche.

—¿Tú crees? —preguntó irónico—. ¿Cuánto te apuestas a que Lori se muda con ella?

Cameron se echó a reír. —No me extrañaría nada. ¿Quieres que hable con Lori?

—¡Quiero que mi mujer hable con ella!

—Es que tu suegra es difícil de convencer.

—Pues ya va siendo hora de que vuelva a su casa. Dice que no se mete en lo nuestro, pero siempre está ahí.

—Quéjate tú. Robert es un santo comparado con Rodolfo. A veces me

mira de una manera que me pone los pelos de punta. —John se echó a reír. — Y su mujer es peor que Lori, te lo aseguro. No veas la que quiere montar para el nacimiento del bebé. Por cierto, eres el padrino. Más te vale que hagas bien tu papel o te saca los ojos. Son muy religiosos.

—¿Sabes el sexo?

Cameron sonrió asintiendo. —Pero ella no lo quiere saber hasta el parto. Así que cierro el pico no sea que alguien meta la pata y le fastidie la sorpresa.

—¿Llevará tacones y se maquillará dentro de veinte años?

—Si fuera por mí no se pondría tacones en la vida que hay mucho buitre suelto.

John se echó a reír a carcajadas. —Amigo, felicidades. Sé que era lo que querías.

—Es que son mucho más listas que nosotros. ¿No crees? Mira nuestras mujeres. Se dieron cuenta de a quien amaban mucho antes que nosotros.

Su amigo perdió la sonrisa poco a poco. —Pues espero que me lo demuestre de alguna manera porque se me están empezando a poner por corbata, te lo aseguro.

—Ten paciencia. Ese es mi mejor consejo.

Entró en casa y sonrió al escuchar una música suave. Cerró la puerta tirando las llaves sobre el cuenco del aparador. —Nena, ya estoy en casa.

La puerta abatible de la cocina se abrió de repente y dejó caer el maletín al suelo.

Sybil con su cabello rubio ondulado con preciosas ondas y maquillada, estaba vestida únicamente en ropa interior de encaje en color gris perla. — Llegas pronto y...

—Ah, ¿qué no es una invitación?

Se puso como un tomate. —He ido a la peluquería. —Como si eso lo aclarara todo pasó ante él como si nada y fue hasta la habitación. La siguió atónito y sin poder evitarlo le miró el trasero. Se llevó la mano a la corbata mirando una pequeña cicatriz que tenía en la nalga derecha y tiró del nudo con fuerza. Entró en la habitación y vio un vestido rosa sobre la cama que ella cogió poniéndoselo delante. —¿Te gusta?

—Mucho —dijo con voz ronca.

Sybil sintió que se le alteraba el corazón quedándose medio hipnotizada por su mirada que decía que quería comérsela entera allí mismo. —Me da que no voy a ponérmelo —dijo sin aliento.

Él se quitó la chaqueta negando con la cabeza. —No, preciosa... de

hecho te vas a quitar cosas.

Sybil sonrió dejando caer el vestido al suelo. —¿No deberíamos cerrar la puerta? Por si nos oye mi madre.

John se detuvo en seco. —¿Tu madre está en casa? —Sybil se echó a reír y se subió a la cama caminando a cuatro patas hasta las almohadas mientras él casi se arrancaba la camisa. —Muy graciosa, nena.

A ella se le secó la boca al ver su pecho y recordó aquel día en el baño. —Entraste en el baño a propósito, ¿verdad? Cerraste la llave del agua.

John apoyó una rodilla en la cama y pasó un brazo a cada lado de su cuerpo. —Es que me moría por ver esas piernas. —Besó su cuello haciéndola gemir. —Siempre me han excitado mucho. —Su mano llegó a su muslo y susurró con voz ronca —Nena, tienes las piernas más sexis del mundo. —Sus labios bajaron por su cuello lentamente tomándose su tiempo. —Voy a comerte entera, preciosa. —Sybil sintió que un rayo la traspasaba y solo por una frase. No quería imaginarse lo que sería un orgasmo. Los labios de John llegaron al encaje de su sujetador y mordisqueó su pezón a través de la tela haciéndola gritar de placer arqueando la espalda. Le escuchó gruñir apartando la copa de golpe para dejar su pezón al descubierto y se lo metió en la boca chupando con fuerza antes de lamerlo muy suavemente estremeciéndola de arriba abajo. Besó la piel que lo rodeaba de manera tan exquisita que sintió que todo su interior se tensaba necesitando más. Sin darse cuenta clavó las uñas en su

cuello y él levantó la cabeza metiéndose su endurecido pezón de nuevo en la boca. Sybil gritó arqueando la espalda con fuerza mientras apretaba su sexo contra el muslo de John que estaba entre sus piernas. Su prometido movió el muslo haciéndola suspirar de placer. Un placer exquisito. —Preciosa, vas a correrte mucho esta noche. —Se agachó besando su vientre mientras ella se recuperaba volviendo a la realidad y cuando abrió los ojos miró hacia abajo sonrojándose cuando se dio cuenta de que estaba desnuda y que John arrodillado ante ella abría sus piernas mirándola con deseo. Y jamás se sintió más deseada que en ese momento. Entró en ella de una sola estocada y Sybil se retorció de placer sintiendo que se quedaba sin aliento. Él la cogió por el trasero pegándola a su sexo y sintió su roce al salir de su cuerpo. Temiendo que la abandonara, apretó su interior no queriendo perderle y gimió mientras John gruñía antes de entrar en su ser con fuerza de nuevo. En cada embestida el placer era más embriagador y en cada una de ellas Sybil quería más hasta que gritó de necesidad. John se tumbó sobre su cuerpo y aceleró sus envites hasta que con un último y contundente empujón ambos se perdieron en el paraíso.

Sybil medio dormida gimió volviéndose en la cama dándole la espalda. —Nena, tienes rehabilitación —susurró John a su lado acariciándole

el trasero.

—Ya he hecho mucho ejercicio.

Su prometido rió por lo bajo. —No sé si tu fisio pensará que es el ejercicio adecuado.

Le miró sobre su hombro. —Claro que cuenta.

—¿Seguro?

—Llámale y pregunta. Estoy cansada.

—Mueve el culo, pesada.

Jadeó volviéndose. —¿Me has llamado pesada?

—Te estás acostumbrando a no dar palo al agua.

Se levantó de la cama y Sybil miró su duro trasero. Se lo había mirado mucho esa noche. Incluso se lo había acariciado bastante, pero no se había dado cuenta de que se lo había arañado. Tendría que cortarse las uñas.

Recordando la conversación que estaban teniendo protestó —¡Tendrás cara! ¡Es culpa tuya! No me has dejado pegar ojo.

—No te oí protestar en ninguno de tus orgasmos y fueron bastantes. Nena... —Se volvió desde la puerta del baño resistiendo la risa. —Me has sorprendido muchísimo, te lo aseguro. Debo hacerlo muy bien para... —La almohada que le golpeó en la cara le hizo reír. —Tendrás mala leche.

Sybil se levantó de la cama y John gritó cuando se tambaleó hacia la derecha. Consiguió cogerla antes de caer al suelo y pálida cerró los ojos. —
¿Nena?

Tardó en hablar porque todo le daba vueltas y sintió como la tumbaba en la cama. —¿Qué me pasa?

—Nada, preciosa —dijo asustado—. Te has mareado un poco, eso es todo.

Sybil le escuchó pedir una ambulancia y asustada abrió los ojos. —
¿John?

Él se sentó a su lado y se puso una camiseta blanca. Se intentó incorporar y vio que se había puesto unos vaqueros, pero tuvo que tumbarse de nuevo porque todo le dio vueltas. —Enseguida llegan, preciosa. —La cubrió con una sábana y besó su frente. —Enseguida llegan.

Capítulo 11

Cameron empujó la puerta de urgencias pálido y vio a John sentado en una silla con los codos apoyados en las rodillas mirando al suelo. —¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Se ha mareado al levantarse.

Su amigo apretó su hombro. —Seguro que no es nada. No he querido llamar a Lori para no preocuparla.

—Joder. Todo iba tan bien.

—Seguro que no es nada.

John se levantó al ver salir al médico que la había sacado de la ambulancia. —¿Está bien?

—Pues sí. Estamos haciendo pruebas para asegurarnos, pero todo indica una bajada de tensión.

Cameron le fulminó con la mirada y John carraspeó. —¿Y eso por qué se puede producir?

—Bueno, me ha dicho que no había comido nada desde ayer al

mediodía. —El médico reprimió la risa. —Eso unido a lo que me ha contado la paciente de unas sesiones de sexo intensas durante toda la noche, puede haberla afectado, por supuesto. Pero seguiremos con las pruebas por si las moscas después de saber su historial médico.

John se sonrojó con fuerza. —Será chivata.

—¡John!

—El sexo es muy bueno para el organismo, dígaselo doctor.

—Te voy a partir la boca. ¿Sabes el susto que me has dado?

—Calma —dijo el doctor divertido—. Tendrán que esperar unas horas para saber los resultados.

—¿Podemos verla? —preguntaron a la vez antes de fulminarse con la mirada.

—No, ahora está durmiendo. Al parecer estaba agotada.

John cerró los ojos esperando lo que se le avecinaba.

—Te juro que en este momento te estrangularía. ¡Una noche contigo y acabamos en urgencias!

—Creo que puedes irte.

—¡Sí, claro! —Cameron se sentó en la silla dispuesto a esperar y él se sentó a su lado. —De verdad es que eres gilipollas.

—Gracias. Solo te quedas para tocarme los huevos, ¿verdad?

Cameron le miró furioso. —¡Sí!

—Lo suponía.

En ese momento le sonó el teléfono y John descolgó al ver que era de la oficina. —Angelica anula mis citas que estoy en el hospital. —Frunció el ceño escuchando lo que le decían y se tensó. —¿Del FBI has dicho?

Cameron se enderezó a su lado. —¿Quieren verme? No, Sybil está bien. No pasa nada. Una revisión —mintió mirando a su amigo a los ojos. Cameron asintió—. Sí, voy enseguida. Se queda su familia con ella. Diles que llegaré cuanto antes. —Colgó el teléfono y apretó los labios.

—¿Van a interrogarte?

—No lo sé.

—La noticia ya ha salido en la prensa de allí. —Le miró sorprendido. —Una matanza, tío. Lo he visto por internet. Se cargó a catorce de la banda. —Le guiñó un ojo. —Es todo un Rambo, el cabrón.

—Se dedica a eso. —Se levantó del asiento. —¿Te encargas tú?

—Por supuesto. Y no digas ni pío. Tú no sabes nada de nada. Ni Rodolfo habló contigo, ¿me oyes?

John sonrió. —Tranquilo, de mí no sacarán nada. Te llamo luego.

—Sí, pero desde una cabina. Los móviles exponen demasiado.

Salió del hospital a toda prisa y como no tenía coche, pidió un taxi levantando el brazo. —Joder, solo me faltaba esto.

Cuando entró en su despacho, Angelica se levantó de su asiento. —Se ha quedado en tu despacho —dijo asustada—. No he podido impedirlo.

—No pasa nada. —Abrió la puerta para ver como un hombre con barba de tres días, vestido con vaqueros y una camiseta de los Rolling, reía sentado en la esquina de su escritorio ligando descaradamente con Meagan. Era el tío que había salido del coche el día en que seguían a los Duncan. —¿De verdad? —preguntó riendo antes de mirarle con sus ojos grises—. Ya ha llegado el jefe.

Meagan se volvió. —Oh, qué bien. Os dejo solos.

John apretó los labios cuando vio su identificación colgada del pecho. —Podría ser más discreto, ¿no cree? Nadie aquí sabe lo que le ocurrió a mi prometida.

—Su prometida. —Volvió a sentarse como si tuviera todo el derecho del mundo. —Tranquilo, su prometida está muy a salvo como seguramente ya sabe.

Le miró fríamente. —He dejado a Sybil en el hospital para una

revisión. ¿Va a ir al grano o tengo que adivinar a qué se debe su presencia aquí?

—Mejor me presento. Soy el agente especial Carl Stanton. Ya nos hemos visto antes, ¿recuerda?

—Tengo buena memoria.

—La va a necesitar.

—Nos alejamos para que ustedes hicieran su trabajo. Si hubiera sido su novia, hubiera hecho cualquier cosa por descubrir al culpable, ¿o no?

—Por supuesto. De hecho y extraoficialmente, si a mi novia le hubieran hecho lo que le hicieron a la suya, puede que contratara a un especialista que solucionara el problema. Pero claro, yo no tengo los millones que tiene usted y tendría que hacerlo con mis propias manos.

—No sé de qué mierda me está hablando, pero me da la sensación por su tono que tendré que llamar a mi abogado.

Stanton se echó a reír poniéndose en pie. —No hará falta, amigo. He venido a felicitarle. —Se acercó a él y susurró —Hay que tener huevos para arriesgarte con que algo salga mal y encontrarse un día con que tu mujer está colgada del balcón con las tripas fuera, que es lo que hubiera pasado si hubieras metido la pata. ¿Y sabes por qué sé que fuiste tú? Por la mirada de frustración ese día cuando te detuve. Pude ver en tus ojos que querías

matarlos. Bravo Follman. Nos has ahorrado al país un montón de pasta manteniendo a todos esos cabrones en la cárcel. —Le miró a los ojos. —¿Tu mujer está mejor? —John asintió muy tenso. —Me alegro mucho. —Le dio una palmada en el hombro antes de ir hacia la puerta. —Oh, se me olvidaba. —Se volvió señalando la puerta de comunicación que llevaba al despacho de Meagan. —Cuidado con esa. Ha intentado sonsacarme y conozco a las mujeres. La odia. En el informe de Rodolfo decía que a quien ya sabemos la habían amenazado con un anónimo. Eso me pareció raro. No recuerdo la frase, pero no era propia de ellos. Suelen ser más contundentes y no la amenazarían cuando querían pillarla. Eso la hubiera puesto en guardia. —A John se le cortó el aliento. —Además no eran amenazas con la misma tipología de papel y estilo. Algo totalmente raro si las hace la misma persona. No. La suya se hizo desde aquí. Yo le preguntaría a esa rubita. Tengo la sensación de que tiene muy mala leche y por como acaba de hablarte, quiere bajarte la bragueta. —Abrió la puerta y sonrió de medio lado. —Si algún día me necesitáis, pedirle el número a Rodolfo.

—Gracias. Pero espero no verle nunca más.

—Opino lo mismo, amigo.

John se quedó allí de pie cuando él abandonó el despacho y sin darse cuenta miró hacia la puerta del despacho de Meagan. Había una sombra de lo que parecían dos piernas tras la puerta y juró por lo bajo acercándose para

abrir de golpe con la intención de pedir explicaciones, pero se detuvo en el último momento sonriendo con malicia. Se acababa de dar cuenta que su mujercita no era una víctima. No lo había sido nunca. Trabajando con él reprimió su carácter por no defraudar a nadie, seguramente. Pero solo había que recordar las veces en las que su hermano había tenido que sacarla de líos en el pasado por sus convicciones, para darse cuenta de que era una persona que luchaba por lo que quería. Y si le quería a él... Dio un paso atrás divertido y salió por la puerta. —Me voy, Angelica. ¿Has anulado las citas?

Su secretaria miró hacia la puerta cerrada de Meagan y asintió antes de susurrar —¿Y esa?

Por su tono despectivo se dio cuenta de que no le tenía mucho aprecio. Apoyó las manos en su escritorio acercándose para mirarla a los ojos. —Esa tiene los días contados. Pero se encargará de ella mi mujer. ¿Qué te parece el plan?

Angelica sonrió como si le hubiera dado la alegría de su vida. —Estoy deseando verlo.

—Y yo.

Sybil sentada en su camilla se cruzó de brazos. —Que estoy bien, de

verdad. Está asustando a mi familia.

El doctor Soriano asintió mirando sus análisis. —Sí, todo está muy bien. Excepto esa bajada de tensión todo va perfecto. Algo increíble con todo lo que ha sufrido tu cuerpo.

—¿Entonces puedo irme? Me llevo la bata, ¿vale? Mi novio me ha traído en pelotas.

—Muy bien. Pero...

Sybil ya había saltado de la camilla y había abierto la cortina. —Ciao.

—¡Sybil! ¡Tengo que darte los papeles del alta!

Ella levantó una ceja. —¿Para qué?

Sin salir de su asombro vio que se largaba descalza. —Espera, la política del hospital...

Nada, que no le hacía ni caso. Puso los ojos en blanco viendo como salía por la puerta abatible antes de escuchar un rugido —¿Qué haces aquí?

Soriano corrió saliendo a la sala de espera y vio como John Follman la cogía en brazos.

—¿Se le ha escapado, doctor? —preguntó su prometido muy serio.

—Puede llevársela.

—¿A casa?

—Sí, pero...

—Estoy muy bien. Dígaselo doctor... —Le fulminó con la mirada. —

Dígaselo.

—Está muy bien.

Sonrió a John. —¿Ves?

—Sí, pero...

Cameron entrecerró los ojos. —Hable sin miedo, doctor.

—El doctor no tiene nada que decir, ¿verdad que no?

—Pues sí que tengo. No sé si lo han hablado, pero me ha dicho la paciente...

—Me llamo Sybil.

—Nena, déjale hablar. Me voy a terminar enterando.

Gruñó cruzándose de brazos. —Vale, hable y termine de una vez.

—Gracias. Pues la paciente me ha dicho que no toma anticonceptivos y puesto que está en su momento más fértil del mes me preguntaba si había sido de manera consciente o inconsciente.

John se sonrojó con fuerza mirando de reojo a Cameron que le miró como si fuera a arrancarle la cabeza en cualquier momento. —¿Y eso por qué es importante?

—Pues es importante porque estamos en una campaña de prevención del embarazo no deseado y de los beneficios de usar preservativo para impedir contagiarse de enfermedades de transmisión sexual.

—¿Ves cómo no teníamos que quedarnos? —siseó Sybil—. Yo quiero quedarme embarazada. ¡Y mi hombre está muy sano!

—Se lo aseguro. Me hice unos análisis hace seis meses.

—Y desde entonces no...

—¡No! —contestaron los dos a la vez.

El doctor sonrió. —Pues perfecto.

—¿Quieres dejar embarazada a mi hermana sin casarte, chaval? —preguntó Cameron cogiéndole por el hombro. —Tío, todo lo que tenemos que hablar.

—Cameron no te metas. Es cosa nuestra. —Sonrió a su prometido. — Tendremos unos niños preciosos.

—Tú no serás como mi padre, ¿verdad? —preguntó furioso—. ¡A esta no le haces un bombo sin pasar por el altar!

—¡Oye, que yo no estuve mareando a mi mujer tres años antes de darme cuenta de que era mía!

Miró sorprendida a su hermano. —¿De verdad pasaste de Denise tres años? No me cuentas nada.

Alguien carraspeó y se volvieron a mirar al médico que dijo incómodo
—¿Pueden esperar un momento a los papeles del alta?

—¡No! —respondieron los tres a la vez antes de ir hacia la puerta.

—Mira que compararme con tu padre —dijo John muy molesto—. ¡Yo quiero casarme!

—Claro que sí, cariño. La que te doy largas soy yo.

—¡Exacto!

Cameron abrió la puerta del coche. —¡Hermano, no podías aparcar aquí!

—Tenía prisa. —John la dejó en el asiento de atrás y se acercó a él para sisearle —Ya puedes ir buscando un cura.

—Estoy en ello, ¿vale? —Se sentó al lado de su novia que sonriendo le cogió la mano. —Preciosa, sobre la fecha de boda...

—Después del crucero. —Soltó una risita. —Así estaré morenita. Me muero por ir de crucero.

Cameron cerró la puerta del coche y ya sentado tras el volante dijo como si nada —Pues que bien. Porque nos vamos este sábado.

—¿El sábado? —preguntaron sorprendidos—. ¡Si nos íbamos el mes que viene!

—Y os casaréis en el barco. Vaya que sí.

Ella le miró ilusionada. —¿En el barco?

John giró la cabeza hacia Sybil como un resorte. —¿Te gusta la idea?

—Es muy romántico. —Ilusionada se abrazó a su brazo. —Cariño, en un barco. Y toda la familia estará allí. No puede ser tan perfecto.

—Ah, entonces nos vamos el sábado. Ya descargaré la agenda.

Cameron sonrió incorporándose al tráfico. —Perfecto.

Sonrió a su prometida que parecía estar muy contenta. —¿Te alegras?

—Mucho. No sé. Me hace ilusión una boda en el barco.

Lo había dicho como si pudiera casarse con cualquiera con tal de vivir la experiencia y frunció el ceño. —Una boda en el barco conmigo.

—Claro —dijo como si nada.

John gruñó mirando al frente. Era dura de pelar, eso estaba claro. Entonces el miedo empezó a atenazarle. ¿Y si no era capaz de amarle? ¿Y si su rencor por lo que le hizo en el pasado no le permitía entregarle su corazón? No le había dicho que le quería y empezaba a preocuparse de veras. ¿Y si nunca llegaba a amarle como él a ella? Acarició la mano que rodeaba su brazo sin poder evitarlo, necesitando tocarla. Se dio cuenta de que él le había demostrado mil veces que la amaba, pero ella no lo había hecho nunca. Decía que necesitaba tiempo y le daría todo el del mundo si con eso conseguía que le quisiera.

Capítulo 12

—Nena, ¿tienes las maletas preparadas? —escuchó gritar a John desde el salón—. El coche ya está aquí.

Como no respondía, se acercó hasta la habitación para verla sentada sobre la cama con el portátil sobre sus muslos. —Sybil si estás respondiendo un correo de tus amigos cooperantes, déjalo para después de las vacaciones, ¿quieres? —Miró las maletas al lado de la puerta y asintió. —Venga, nos vamos.

Su prometida no se movió del sitio y John frunció el ceño. —Preciosa, el avión nos espera.

Levantó la vista hasta él y se preocupó al ver que tenía sus preciosos ojos azules llenos de lágrimas. —¿Qué ocurre?

—Están muertos.

John se tensó sentándose a su lado y vio las imágenes de un canal de noticias, que mostraba como metían los cadáveres cubiertos por fundas de plástico dentro de un furgón.

—Sí, nena. Están muertos.

Una lágrima corrió por su mejilla y él juró por lo bajo apartando el ordenador para coger sus manos. —No quiero que pienses más en ellos.

—Dicen que ha sido por venganza. Otro cártel seguramente.

—Les odiaba mucha gente. Seguro que no les faltaban enemigos.

Sybil le miró a los ojos y él desvió la mirada sin poder evitarlo. Ella le abrazó por el cuello con fuerza y susurró —Gracias, mi vida.

La abrazó a él queriendo que se sintiera segura. —¿Gracias por qué?

—Por darme la tranquilidad de que esos cerdos nunca más se volverán a cruzar en nuestras vidas. Sé que nunca me lo dirías, pero te conozco. A ti no te jode nadie, ¿recuerdas? —John sonrió acariciando su espalda y de pronto ella se levantó sonriendo de oreja a oreja. —¿Nos vamos de vacaciones?

Extrañado por su cambio de actitud asintió y la vio ir hasta las maletas. —Nena déjalas, las lleva el portero.

—Ah, esta vida de rica es la leche —dijo cogiendo su bolso y estirando la mano —. ¿Nos vamos?

Se acercó y cogió su mano tirando de ella hacia su cuerpo. —¿Seguro que estás bien?

—Perfecta —respondió radiante—. Nunca he estado mejor que en este momento. —Besó suavemente sus labios. —Dímelo.

—Te quiero, nena. Más que a nada.

Le miró a los ojos. —Pues vamos a casarnos, señor Follman.

Él sonrió tirando de ella fuera de la habitación. —¿Te mareas en los barcos?

—¡Qué va!

Sybil corrió a la borda del barco y echó hasta la primera papilla. — Dios, qué malita estoy.

John se acercó a ella de inmediato para cogerla por la cintura temiendo que se cayera por la borda. —Nena, y eso que no te mareabas.

—Menuda boda que nos estás dando, hija —dijo Lori exasperada al lado del capitán, mientras todos los demás estaban sentados en sillas mirándola con cara de asco. —¡Es la tercera vez que vomitas!

—Uff, qué mala me estoy poniendo —dijo Denise llevándose la mano a su abultado vientre.

—¿No estarás de parto? —dijo Cameron con horror—. ¡Estamos en medio de la nada y quedan meses para salir de cuentas!

—Qué va... —Se inclinó de lado vomitando sobre su marido y todos exclamaron del asco.

—Creo que se suspende la boda —dijo el capitán a toda prisa teniendo

una arcada.

Todos salieron pitando y Cameron cogió en brazos a su esposa. —
¡Joder, que alguien llame a un médico!

Sybil se sujetó a la camisa de John y susurró entre pálida y verde —
Sácame de aquí.

—No, no preciosa —dijo cogiéndola en brazos—. Solo llevamos aquí
mediodía. Ya ha pasado. Te tomas otra pastillita que te dé el capitán y asunto
solucionado. Además, ya viene el médico.

—Me muero. —Quejumbrosa dejó descansar su mejilla en su hombro.

—No lo digas ni en broma. —Bajó las escaleras con cuidado y la
metió en su enorme camarote. —Nena, está claro que los barcos no son lo
tuyo.

Ella cerró los ojos suspirando e hizo varias respiraciones profundas.
Él le dio un vaso de agua y un par de pastillas que se tomó sin preguntar.
Suspiró tumbándose de nuevo y John se sentó a su lado. —Menuda novia que
te has buscado.

—Para lo que te queda de novia...

Ella sonrió con la mano en el vientre y cerró los ojos. —Todavía
puedes arrepentirte.

—Jamás.

Minutos después John creyó que se había dormido y se levantó para quitarle los zapatos. Cuando se sentó de nuevo a su lado, Sybil de repente abrió los ojos. —¡Ya!

—¿Ya?

—¡Se me han quitado! —Se sentó de golpe golpeándose con su cara.
—¡Auch!

—¡Joder! —John se levantó con la mano en la nariz.

Asombrada chilló —¡Estás sangrando!

Él se miró la mano y juró por lo bajo. —Da igual. ¿Tú estás bien? —
Asintió con los ojos como platos porque parecía desesperado. —Perfecto. —
La cogió con la otra mano y tiró de ella fuera del camarote. —¿Dónde está el capitán? ¡Al final hay boda!

Sybil soltó una risita y cogió una copa de champán de la que pasaba. Su novio se la cogió de la mano antes de que pudiera beber. —Mejor tómate un zumo.

—¡Es mi boda!

—¡Nena, acabas de soltar hasta la primera papilla! —dijo muy nervioso dándole un zumo.

Después de bebérselo mirándole a los ojos, ella cogió una servilleta y se la pasó por debajo de la nariz. —¿Sabes de lo que me he dado cuenta hoy?

—¿Aparte de que odias los barcos?

—Me he dado cuenta de que eres el hombre perfecto para ser mi marido.

—Eso ya te lo había dicho yo. O algo parecido. —Miró a su alrededor. —¿Dónde se ha metido todo el mundo? ¡Capitán, quiero casarme!

Sybil sonrió con amor. —Eres perfecto para mí porque me amas tanto que has arriesgado toda tu vida por algo que me hacía daño. —A John se le cortó el aliento. —Eres perfecto para ser mi esposo porque la primera vez que te vi hiciste que mi corazón volara y deseé ser la mujer que compartiera tu cama, tu corazón y tu vida. Eres buen amigo y mejor amante. Serás un padre maravilloso y estoy deseando ser tu esposa para compartir la increíble vida que tendremos juntos porque te amo... Te amo. Te amo tanto que siento no estar contigo todas las horas del día. Así que por eso en cuanto regresemos empiezo a trabajar. Para no perderte de vista.

Él se echó a reír abrazándola sintiéndose el hombre más feliz de la tierra. —Oh cielo, creía que no me lo dirías nunca.

—Es que eres muy impaciente.

John pletórico la besó demostrándole todo lo que la amaba. —Me has hecho muy feliz —susurró contra sus labios—. Aunque no sé de qué me extraño porque nunca he sido más feliz que estando a tu lado.

Le miró con amor. —¿Incluso cuando aparentabas que no me tragabas?

—Incluso entonces. Solo verte me alegraba la vista.

—Pues disimulas de fábula.

John se echó a reír. —Me alegra que te hayas dado cuenta. Eso me viene genial en el negocio, te lo aseguro.

Sybil llevó la mano a sus partes y apretó con fuerza haciéndole gemir. —¿Pero a que mi amorcito no va a volver a disimular conmigo por la cuenta que le trae?

—Ni se me ocurriría —dijo con la voz congestionada.

—Perfecto. —Le soltó y le plantó un beso en los morros. —Te quiero. —Se volvió gritando —¿Dónde está el capitán? ¡Quiero casarme! ¡Mi hombre tiene prisa!

Fueron unas vacaciones maravillosas y una luna de miel perfecta donde hablaron de mil cosas y John se sinceró totalmente con ella respecto a lo que había sentido la primera vez que la vio. Esperaba ver a una especie de hermanita pequeña y se quedó impresionado porque en realidad se moría por estar con ella. Entendió su punto de vista y le amó todavía más si eso era posible. Aunque también tuvo ganas de pegarle cuatro gritos, pero se le pasó

porque sabía que su relación con Cameron le importaba mucho y más cuando le contó lo solo que se había sentido cuando habían muerto sus padres. — Nunca más estarás solo —susurró ella tumbada sobre él acariciando su cuello con ternura.

John acarició su espalda. —¿Y tú cómo te sentiste, nena?

Ella apoyó la barbilla en su pecho para mirar sus ojos. —¿Cómo me sentí?

—Respecto a tu padre. Tu verdadero padre.

Apretó los labios pensando en ello. —Durante años creí que recapacitaría. Que iría a buscarme después del colegio y que me llevaría a tomar un helado. Que me diría que su mujer había impedido su relación conmigo por celos, pero que a partir de ese día... A partir de ese día todo sería distinto.

—Pero ese día no llegó nunca.

—No. El día en que murió lloré tanto... y lloré de frustración. Cuando me levanté al día siguiente, allí estaba mi padre como todos los días haciéndome el desayuno tarareando mientras hacía unos gofres con cara de Mickey. Ese día me di cuenta de que Garret jamás había sido importante y me avergoncé por haber querido una relación con él. Por eso nunca me importó que no me dejara nada en el testamento. Ni me importó no decir quién era mi

verdadero padre, porque le debía respeto a quien me había criado.

—¿Nunca le dijiste nada a nadie? A una amiga...

—Cuando tenía cinco años se lo dije a una niña en un cumpleaños y mi madre se disgustó tanto que jamás se lo volví a decir a nadie. Recuerdo que me sentó ante ella e intentó explicármelo. Yo le decía que tenía dos papás, que mi papá también era el padre de Cameron. —Su marido apretó los labios sintiendo su dolor. —Pero al final me lo tuvo que contar todo. Que había firmado un contrato y que no podía hablar de él. Que si lo hacía nos lo quitarían todo. Me asusté tanto que no volví a hablar de Garret con nadie que no fuera mi madre o Cameron.

—¿Lo entendiste? Eras muy pequeña.

—Al principio no muy bien, pero mi madre estaba tan asustada porque se enterará alguien... No sé, los niños son muy perspicaces.

—Lo siento, preciosa.

Sonrió con pena. —Tú nunca harías algo así.

—No. Asumiría las consecuencias. ¿Sabes? Cameron me pareció muy valiente enfrentándose a sus padres. Cualquiera con doce años que se entere de que su padre ha sido infiel a su madre con su secretaria y que esta está embarazada hubiera mirado hacia otro lado.

—Si lo hubiera hecho no te habría conocido.

—Tenemos que darle las gracias de nuevo.

Sonrió apoyándose sobre su pecho y se sentó a horcajadas sobre él mirando sus ojos. —Pensé en ti.

—¿Cuándo preciosa?

—Cuando me golpeaban pensé en ti. —A John se le cortó el aliento. —Pensé en las personas que más quería y tú estabas allí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y John se sentó abrazándola con fuerza. —Vosotros me disteis fuerzas para seguir adelante.

—Mi amor...

—Pero lo conseguí y tenemos toda la vida, toda una nueva vida juntos. Y será para siempre.

—De eso puedes estar segura preciosa, porque tú eres mi mundo. Y te demostraré cada día que te amo por encima de todo.

Entró en la oficina radiante y Angelica chilló al verla, rodeando el escritorio para abrazarla. —Te veo genial. Estás preciosa. ¡Y morena!

—Me encuentro muy bien. ¿Y por aquí? ¿Cómo va todo?

—Como siempre. Excepto por esa estúpida que ocupa tu puesto.

—Sí, algo me ha contado mi marido. Se cree que el puesto es suyo, ¿verdad?

—Totalmente.

—Vamos a sacarla de su error.

—Esto es genial.

Abrió la puerta de su despacho y entró con paso firme con sus tacones de quince centímetros mostrando su traje blanco de chaqueta. Meagan entrecerró los ojos viendo cómo se acercaba. —Gracias por guardarme el puesto. Puedes irte. —Dejó su bolso de Chanel regalo de su marido sobre la mesa y sonrió. —He vuelto.

—Eso ya lo veo, pero si el señor Follman no me dice que debo irme, aquí me quedo.

—Es lo que tenemos las esposas, que metemos las narices donde nadie nos llama. —Meagan palideció demostrando que había sido ella la que había escrito la nota. —Así que me quedaré yo como su ayudante. No vaya a ser que te confundas y creas que vas a acabar en su cama. ¿No fue eso lo que me dijiste, mona? Pues fíjate, está en mi cama y este puesto sigue siendo mío. —Puso las manos sobre la mesa amenazante. —Y a mí nadie me llama puta, puta. Tú puedes llamarme señora Follman. Ahora levanta ese culo de mi silla.

La puerta de comunicación se abrió y John apoyó el hombro en el

marco mirándola fijamente. —Nena, ¿en serio lo vas a dejar así? Te creía con más carácter. Intentó seducirme varias veces.

—¿No me digas? —preguntó con ganas de matar a alguien—. Tienes toda la razón. Debo ser más contundente. —Rodeó el escritorio y agarró a aquella zorra del pelo tirando de ella hasta arrastrarla al medio del despacho. —¡Ahora fuera de mi empresa!

—¿Mi empresa, cielo?

—Cariño estamos casados. Lo tuyo es mío.

Él encogió de hombros como si le diera igual y Meagan les miró asombrada toda despeluzada. —¿Está loca? ¡Pienso demandaros!

John se echó a reír. —Yo no he visto nada. ¿Y tú Angelica?

—Me he quedado ciega de repente. —Se cruzó de brazos mirando a Meagan con malicia. —No soy tu secretaria, guapa. No deberías aprovecharte de tus compañeros.

—¿Hacía eso? —Iba a agarrarla de nuevo cuando Meagan chilló levantándose a toda prisa para correr fuera del despacho.

Los tres se echaron a reír y John se acercó para cogerla de la cintura pegándola a él. —Preciosa, has estado maravillosa.

Angelica salió del despacho cerrando la puerta discretamente y Sybil se volvió hacia él acariciando su pecho. —Te ha gustado, ¿eh? Pues esto te va

a encantar —dijo con picardía.

John se echó a reír. —¿En serio? Si esta noche no hemos pegado ojo.

—¿Te estás quejando?

—No, por Dios.

Besó suavemente sus labios y Sybil acarició con la lengua su labio inferior haciéndole gemir, cuando se abrió la puerta de golpe dando paso a Cameron. Se separaron de un salto como si estuvieran haciendo algo mal y su hermano gruñó. —¿Todavía de luna de miel? ¿No creéis que tuvimos bastante en el barco?

—Estás tú para hablar. —Sybil puso los brazos en jarras. —¿Qué haces aquí? En serio, vas a llevar a tu empresa a la quiebra pirando tanto.

Su hermano tomó aire y Sybil perdió la sonrisa. —¿Qué ocurre Cameron?

—Necesito consejo.

—¿Nuestro? —preguntaron los dos a la vez sorprendidos.

Volvió a gruñir. —Hasta ese punto estoy desesperado.

—Vale, suéltalo. —Se sentó tras su mesa sonriendo y entrelazando los dedos. —Tienes toda mi atención.

John levantó una ceja. —Nos lo está pidiendo a los dos.

—Bah, lo dice por quedar bien.

—Denise me ha dicho que no le diga el sexo del niño.

—¿Ves cómo me pregunta a mí?

Su marido divertido se sentó en la esquina del escritorio mientras su hermano continuaba. —¡Pero no hace más que preguntarme por él! Incluso me pone trampas para que se me escape y a medida que se va acercando la hora insiste más. Cuando le pregunto que si quiere que se lo diga, me dice que no mirándome como si estuviera chiflado, pero a la media hora me está enseñando ropita de bebé preguntándome si me gusta más rosa o azul.

—No se lo digas —contestaron a la vez.

Les miró sorprendido. —¿No?

—Está disfrutando del momento —explicó ella—. Si se lo dices, le revientas la diversión.

—¿Tú crees?

Ambos asintieron. —Si John me lo contara, le cortaría las pelotas.

—Tomo nota, cielo.

—Pero tú no lo harías —dijo mirándole con amor.

—Antes me sello la boca.

Le miró como si quisiera comérselo. —Pues sería una pena porque

hace maravillas.

—Oh por Dios, ¿queréis hacerme caso?

—Aguanta —dijo ella levantándose y acercándose a su hermano para cogerle por los hombros empujándole hacia la puerta—. Como le digas que es niña le arruinas la sorpresa.

Cameron se giró de golpe para fulminar a su amigo con la mirada. —
¡Se lo has dicho!

Su hermana le empujó por el pecho mientras John decía —Amigo, mi mujer debe ser mucho más persuasiva que la tuya.

—¡A ti te voy a contar yo algo en el futuro!

—Adiós hermanito. —Sonriendo le cerró la puerta en la cara y se volvió abriéndose la chaqueta del traje. —¿Por dónde íbamos?

—Preciosa... —dijo con voz ronca.

Ella se quitó la chaqueta mirándole con sensualidad dejándola caer al suelo, antes de levantarse la falda mostrando que no llevaba ropa interior. —
Veo que has venido preparada.

—Para ti siempre estoy preparada, mi amor.

John se acercó y apoyó una mano en la puerta mirando su rostro. —
¿Estás lista para mí? —Besó su labio inferior y Sybil mareándose con su aliento gimió queriendo besarle, pero él se apartó mirando sus ojos. —Joder,

nena... Me excitas con solo mirarme.

—Hazme el amor —susurró pegándose a él y abrazando su cuello.

—Bájame la cremallera.

A Sybil se le cortó el aliento y apartando sus brazos lentamente, bajó las manos por su pecho hasta llegar a su cinturón. Sin dejar de mirarse tiró de él para deslizarlo por la hebilla. Después de desabrochar el pantalón, su mano llegó a la cremallera pero antes de abrirla, pasó su mano por encima de su sexo haciéndole gruñir de placer. —Preciosa, estás jugando con fuego...

—¿No me digas? —susurró con deseo antes de bajar la cremallera de golpe y meter la mano en el interior de su calzoncillo, acariciando con pasión la dureza de su miembro—. Tú sí que estás preparado, cielo.

John la cogió por las nalgas sorprendiéndola y girándose la pegó a la pared atrapando su boca con un deseo abrasador. Sybil cerró los ojos acariciando sus hombros antes de gritar en su boca cuando la invadió con tal fuerza que le detuvo el corazón. John fuera de sí, entró en ella una y otra vez sin dejar de besarla. Sintiendo que se desmayaba de necesidad gritó queriendo más y John la cogió por el interior de las rodillas provocando que sus acometidas fueran más profundas, hasta que con un último impulso sintió que realmente moría de placer y no había mejor manera de morir que entre sus brazos.

Su marido la besó en la sien. —¿Estás bien, nena?

—Dios, me ha encantado. —La risa de su marido hizo que le mirara.

—Después de la comida repetimos.

—Me va a encantar trabajar contigo.

—Lo mismo digo, señor Follman.

Epílogo

—¡Cariño, ya estoy en casa! Mi guardaespaldas es una auténtica tirana. ¡Despídela! No, es mentira, la adoro. Cariño, ¿has firmado el cheque para la fundación de las Rosas? —No debía estar en casa, así que corrió hacia la cocina para abrir la nevera y sacar una botella de agua pequeña. Después de salir a correr estaba empapada. Se la bebió en un suspiro e iba a tirar la botella cuando frunció el ceño mirando la papelera. Se agachó para coger un envase y se le cortó el aliento al ver que era un complemento alimenticio. Frunció el ceño y le dio la vuelta a la caja llevándose la mano al pecho para leer que era un complemento para acelerar la movilidad y la calidad de los espermatozoides. —¿Pero qué...?

Asombrada revisó la basura y sacó un sobrecito rasgado. Debía diluirse con agua. ¿Cuánto tiempo llevaba tomando aquello?

Cuando la cogieron por la cintura se volvió sobresaltada y él hizo una mueca. —Lo siento nena, ¿te he asustado? Joder, no me di cuenta y...

—¿Qué es esto, John?

Él miró lo que tenía en las manos y apretó los labios. —Pues...

—¿Por qué necesitas tomar esto? —preguntó preocupada—. ¿Estás enfermo?

—No, claro que no.

—Cariño, ¿has ido al médico y te ha dicho que hay algún problema? ¿Por qué no me lo has contado?

Él tomó aire por la nariz antes de cogerla de la mano y llevarla fuera de la cocina. —Siéntate, cielo.

Se sentó a su lado mirando sus ojos verdes.

—Ya llevamos seis meses casados y no te quedabas embarazada, así que fui a consultarlo.

—Pero es muy pronto.

—Eso me dijo el médico, pero me impacientó verte con la niña y ver como lo deseabas para nosotros. —Él miró sus manos. —Nena, te juro que no hay nada que quiera más que hacerte feliz. —Sus ojos se llenaron de lágrimas porque parecía realmente preocupado. —Sabía que tú estabas bien por las pruebas que te practicaron después de lo que te pasó, así que tenía que ser yo. Por mi insistencia el doctor me hizo unas pruebas y aparentemente todo va bien. Pero debido a nuestra actividad sexual, que es intensa... —Sybil sonrió mientras una lágrima caía por su mejilla. —Bueno, que podrían moverse más y me recomendó que tomara eso, que hiciera ejercicio y que redujera el

consumo de alcohol. —Se le quedó mirando durante unos segundos. —Pero te juro que lo conseguiremos, no debes preocuparte por esto. Y si es necesario...

Ella besó sus labios y le abrazó con fuerza. —No sé cómo lo haces, pero cada vez que creo que no puedes superarte en demostrarme lo que me quieres, haces algo que me sorprende. —John la abrazó con fuerza y ella lloró contra su cuello emocionándose por lo que ese hombre le hacía sentir cada minuto de cada día. —¿Hasta dónde vas a llegar?

—Hasta donde haga falta para hacerte feliz.

Sybil se apartó sorprendida. —Me haces muy feliz. Te esfuerzas cada día por hacerme feliz y te aseguro que lo consigues. Debo ser la esposa más consentida del mundo.

John se echó a reír. —No lo creo. Esa es Denise.

—No...

Se levantó del sofá y cogió el álbum que estaba bajo el mueble del televisor sonrojándole. —Nena, ¿qué haces? Joder, puedo explicarlo.

—No hace falta. Lo entendí por lo que me contaste en la luna de miel. Necesitabas una familia y yo formaba parte de ella como Cameron. Sé que lo miras de vez en cuando, te he visto y me encanta observarte.

John entrecerró los ojos. —¿Quieres que lo mire ahora?

—Por favor.

Su marido sonrió y lo cogió. Se sentó a su lado y él pasó el brazo sobre sus hombros abriendo la primera hoja. Sybil era un bebé que solo llevaba un pañal puesto y miraba a la cámara con los ojos azules como platos como si estuviera sorprendida. —Esta es la primera que robé. No creas, me costó lo mío. Tuve que metérmela debajo del jersey y Cameron casi me pilló. Estabas preciosa.

—Sí, era mona.

John la miró como si estuviera loca. —¡Opinábamos que eras la niña más guapa del universo!

—Hala, ahí os pasasteis un poco. Siguiente...

Su marido sonrió pasando la hoja. Ahí debía tener como cinco años y se comía un caramelo gigante con toda la boca embadurnada de naranja. —Eran mis favoritos.

—Eras todo ojos y rizos rubios. Por cierto, ¿dónde se quedaron los rizos?

—Ni idea. Se fueron poco a poco.

—Una pena.

Sybil sonrió pasando la hoja por él y fueron comentando cada foto hasta llegar al día de la boda de Cameron. Recostada sobre él la besó en la sien. —El día del shock.

Soltó una risita mirándole a los ojos. —También fue un shock para mí, te lo aseguro.

—Estabas preciosa. —La besó en los labios e iba a cerrar el álbum cuando ella se lo impidió.

—No, espera... Hay más.

John frunció el ceño dando la vuelta a la hoja y sonrió al ver una foto de ellos el día de su boda. La abrazaba por la espalda y Sybil miraba hacia él enamorada. —He continuado el álbum —susurró ella—. Y espero pegar a este álbum muchas fotos más de la maravillosa vida que nos espera juntos. — John dio la vuelta a la hoja y vio una ecografía—. ¿Ves por qué digo que me consientes en todo? Me la hicieron hace tres días. Quería darte una sorpresa cuando repasaras el álbum, pero creo que debes saberlo ya para que dejes de hacer tonterías porque estás perfecto.

John se echó a reír sin dejar de mirar la ecografía fascinado. —Te amo, nena. Te amo muchísimo.

—Lo sé, mi vida. —Acarició su mejilla mirándole con picardía. —Y yo a ti. Te lo demostraría, pero debería ducharme.

John la cogió en brazos haciéndola reír. —¿Te acompaño?

—Siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- ViloX (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10-Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)

- 12-El amor no se compra
- 13-Peligroso amor
- 14-Una bala al corazón
- 15-Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16-Te casarás conmigo
- 17-Huir del amor (Serie oficina)
- 18-Insufrible amor
- 19-A tu lado puedo ser feliz
- 20-No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21-No me amas como quiero (Serie época)
- 22-Amor por destino
- 23-Para siempre, mi amor.
- 24-No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25-Mi mariposa (Fantasía)
- 26-Esa no soy yo
- 27-Confía en el amor
- 28-Te odiaré toda la vida
- 29-Juramento de amor (Serie época)
- 30-Otra vida contigo
- 31-Dejaré de esconderme
- 32-La culpa es tuya

- 33-Mi torturador (Serie oficina)
- 34-Me faltabas tú
- 35-Negociemos (Serie oficina)
- 36-El heredero (Serie época)
- 37-Un amor que sorprende
- 38-La caza (Fantasía)
- 39-A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40-No busco marido
- 41-Diseña mi amor
- 42-Tú eres mi estrella
- 43-No te dejaría escapar
- 44-No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45-¿Nunca? Jamás
- 46-Busca la felicidad
- 47-Cuéntame más (Serie Australia)
- 48-La joya del Yukón
- 49-Confía en mí (Serie época)
- 50-Mi matrioska
- 51-Nadie nos separará jamás
- 52-Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53-Mi acosadora

- 54-La portavoz
- 55-Mi refugio
- 56-Todo por la familia
- 57-Te avergüenzas de mí
- 58-Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59-¿Qué haría sin ti?
- 60-Sólo mía
- 61-Madre de mentira
- 62-Entrega certificada
- 63-Tú me haces feliz (Serie época)
- 64-Lo nuestro es único
- 65-La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66-Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67-Por una mentira
- 68-Vuelve
- 69-La Reina de mi corazón
- 70-No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71-Estaré ahí
- 72-Dime que me perdonas
- 73-Me das la felicidad
- 74-Firma aquí

- 75-Vilox II (Fantasía)
- 76-Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77-Una noticia estupenda.
- 78-Lucharé por los dos.
- 79-Lady Johanna. (Serie Época)
- 80-Podrías hacerlo mejor.
- 81-Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82-Todo por ti.
- 83-Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84-Sin mentiras
- 85-No más secretos (Serie fantasía)
- 86-El hombre perfecto
- 87-Mi sombra (Serie medieval)
- 88-Vuelves loco mi corazón
- 89-Me lo has dado todo
- 90-Por encima de todo
- 91-Lady Corianne (Serie época)
- 92-Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93-Róbame el corazón
- 94-Lo sé, mi amor
- 95-Barreras del pasado

- 96-Cada día más
- 97-Miedo a perderte
- 98-No te merezco (Serie época)
- 99-Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño

- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca

5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. La consentida de la Reina
7. Lady Emily
8. Condenada por tu amor
9. Juramento de amor
10. Una moneda por tu corazón
11. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

